

Bombardier en Alfaville

Segismundo Bombardier





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Bombardier en *Alfaville*

Una novela de

Segismundo Bombardier

Bombardier en Alphaville es una historia basada en retazos de realidad (no siempre autobiográficos, el autor nunca ha estado en Canadá) cosidos con episodios inventados para conseguir un tapiz convincente y natural. Es la trayectoria de un joven español de clase media conservadora, titulado perito industrial, parecido a mí, por eso lleva mi apellido, que da una serie de saltos geográficos en busca de... vaya usted a saber qué, probablemente una vida mejor. Y cree encontrarla en Montreal, gracias a su formación técnica y a su inclinación artística, que adquirió por accidente en Francia.

La peripecia empieza en la Isla de Wight, durante el II Festival de ese nombre, en 1969. Sigue en Lille, Francia, en 1973, donde conoce a familiares exiliados comunistas acérrimos con un ancla católica de la que no son conscientes. Pasa a Montreal en 1974, donde construye su vida entre turbulentos intelectuales y serenos artesanos. Le perdemos de vista en 1984, después de dos visitas a España, que atravesaba a trancas y barrancas la transición del Franquismo a la Democracia. Bombardier, nada interesado por la política, es observador singular de los cambios que se producen en su familia y sus compatriotas. Los ve desde lejos, al otro lado del océano, y desde cerca en sus visitas. También es observador perplejo del enredo de

la provincia de Quebec por separarse de Canadá.

*Se podría decir que **Bombardier en Alphaville** es una novela sobre la Transición desde el punto de vista de un marciano versado en la historia de la Humanidad, pero que se ha mezclado poco con ella, mejor dicho, con la parte de la Humanidad constituida por la “clase política” y las otras que comparten el poder y los privilegios con ella.*

1969 Azucena en la Isla de Wight

Hasta mediados de agosto Londres había sido para Bombardier una escuela de vida. ¡Albricias! Un lugar en el mundo donde cada hora del día deparaba una lección fascinante.

El aula era la ciudad entera, cualquier calle, cualquier jardín, el laberinto del transporte subterráneo. Pero la mayor densidad pedagógica se acumulaba en Picadilly Circus.

El 22 de julio de 1969 una multitud desmelenada rugió de indignación cuando las pantallas de noticias colgadas en los edificios hablaron de España. Palabras deslizantes informaron una y otra vez de que Juan Carlos de Borbón acababa de ser ratificado Príncipe de Asturias por las Cortes franquistas.

Jóvenes melenudos, jóvenes astrosos, jóvenes bien vestidos y de pelo corto, jóvenes

anarquistas, jóvenes comunistas, jóvenes socialistas, jóvenes sin ocupación ni partido, y anónimos transeúntes manifestaron su disgusto. El escándalo duró media hora larga, cada vez que corrían las letras por la pantalla.

Dos días antes, Picadilly había recibido con júbilo la llegada del primer hombre a la Luna. MAN ON THE MOON!

La vida era vertiginosa.

La última semana de agosto de 1969, el circo de Picadilly se vació de peregrinos, de melencidos, de tipos andrajosos y de turistas adolescentes. Todo el mundo se echó a la carretera o se empaquetó en los acogedores trenes ingleses en dirección a Portsmouth, subieron a un ferry y cruzaron el estrecho hasta la isla de Wight.

“¡Vuelve Bob Dylan! ¡Vuelve Bob Dylan!” Era el santo y seña de peregrinos y turistas jóvenes. Una letanía que a Bombardier le inspiraba poco, porque en España, aparte de los

Beatles, casi toda la música pop foránea de aquella década llegaba de Francia y de Italia. A Bombardier le importaba un pimiento escuchar en directo a Dylan. Y menos todavía le emocionaba la expectativa de oír a Tom Paxton, a Richie Heavens, a Joe Cocker y a bastantes más que figuraban en el programa del Segundo Festival de la Isla de Wight. No tenía ni idea de quiénes eran.

Fue el gran final del verano prodigioso de Marcelino Granda Bombardier, Lino para amigos y familiares, joven de 19 años, alto y desgachado, de pelo negro y revuelto, nariz aguileña, ceño serio y pupilas tristes, protegidas por unas gafas opacas, sensibles a la luz. Una barba descuidada le cubría mentón y mejillas.

El corolario de la gran aventura estival de Bombardier fue una inundación de perplejidad sufrida en el escenario gris verdoso del bosquecillo que rodeaba el recinto del festival. Estaba sembrado de una multitud de jóvenes,

que por la noche yacían en capullos de colores, sacos de dormir dispersos en un lecho de hierba húmeda.

¿Por qué Azucena le había descubierto sus pechos, le había dejado acariciarlos, para de inmediato recolocarlos en el sujetador, abotonarse la camisa y salir del escondrijo de matorrales en el que se habían ocultado para manosearse? ¿Qué mensaje incomprensible revelaba este comportamiento? ¿Tenía algo que ver con la pareja que copulaba a escasos metros de ellos, tendidos sobre una gabardina? ¿O con las que se magreaban sin vergüenza en lugares no siempre discretos? ¿O con aquella chica delgada de pelo pajizo y rizado que se desnudó en mitad de la multitud de espectadores?

Azucena conocía a todos los participantes en aquel evento mágico, incluso a King Crimson, que a Bombardier le sonaba a marca de dentífrico. Azucena, además de enseñarle las tetas, le instruyó sobre las estrellas emergentes

de la música joven. Pero después de la experiencia de acariciar fruto vedado sin morderlo, Bombardier no tuvo humor para ponerse al día en algo que le traía al fresco. No había viajado en busca de novedades musicales miles de kilómetros en tren y en la cubierta de un ferry que se movía como una noria a punto de quebrarse. Su viaje a Londres, subvencionado por el SEU (Sindicato de Estudiantes Universitario), era una aventura liberadora, una manera de escapar del zoo de su destartada familia, y un medio de costearse un verano lleno de promesas imprecisas, pero que tenían mucho que ver con la pulsión erótica que torturaba su cuerpo. El precio fue pasar ocho horas al día fregando platos metido en una cocina que olía a grasa de res, con la que se freían las patatas cortadas por una máquina de acero.

Bombardier, que estudió francés en el bachillerato, había hecho en Londres pocos amigos que no fueran españoles. Algunos ratos,

quemando un cigarrillo en el patio de la basura aledaño a la cocina donde fregaba platos, intercambiaba penas con un suizo de su edad, que se quejaba de lo poco que se consumaba el sexo en los Alpes, “una o dos veces al año”, aseguraba. El chaval hacía una interpretación estadística de su propia experiencia. En Suiza, país puritano, se follaba poco, muy poco; las tías eran unas estrechas. En Francia se follaba más. ¿Y en Londres? En Londres el suizo tenía una novia circunstancial relativamente generosa.

¿Dónde podía encontrar Bombardier una novia circunstancial, aunque se dispensara poco? Después de acariciar los pechos de Azucena, pensó que acaso podría haber sido ella. Pero el calendario fatal les obligaba a separarse. El lunes 1 de septiembre, él volvía a la península vía Calais-París-Hendaye; ella se embarcaría en Portsmouth en un ferry a Santander.

Azucena hablaba un inglés que le permitía

entenderse con los locales, con quienes, sin embargo, se relacionaba poco. La sístole y la diástole social de aquel tumulto juvenil había rejuntado a un grupo de españoles y a un portugués. Azucena, la única chica, entre ibéricos se sentía más segura.

El mayor tendría 25 años. Se llamaba Pepín Barrado, un tipo nada alto y con planta de antropoide. Era el único que se había comprado entrada para los dos días del festival; algo chocante, porque conocía la música pop anglosajona menos que Bombardier, ni siquiera había oído hablar de Bob Dylan. Pero disponía de fondos. Trabajaba de perito en la fábrica Standard Eléctrica de Madrid, y pasaba en Inglaterra un mes de vacaciones. Vacaciones del trabajo y de la familia, porque, dijo, estaba casado, y también harto de follar. De las mujeres solo le interesaba el cariño, las caricias, trabar su mano y rozar su mejilla con los labios.

A Bombardier el argumento le parecía

fascinante, aunque no lo tomaba en serio. En serio tomó a Pepín a la salida de una reunión, a la que habían acudido sin saber muy bien por qué, en un piso de Londres, días antes del viaje a Wight. Resultó ser un acto informativo supuestamente organizado por Comisiones Obreras, en el que participó una joven y bella vasca, que explicó la naturaleza y los propósitos de ETA. La carga política de la reunión pesó poco en Bombardier, que tenía vagas noticias de lo que se estaba hablando. La retórica de la chavala le sonaba a discurso de cuento de hadas y brujas. Pero lo que le impresionó fue el atractivo sencillo de la oradora, de quien se enamoró de súbito. Si la condición para seducirla hubiera sido hacerse de ETA, se habría apuntado en aquel momento.

Apuntarse se apuntó, o le apuntaron. Al concluir la reunión la chica pidió a los concurrentes que dieran su nombre y su domicilio para enviarles información. Bombardier dictó sus datos sin reparar en lo

que esto significaba. Y al llegar el turno a Pepín, oyó de su boca un nombre desconocido. En la calle preguntó al tipo cual era su verdadera identidad. Pepín le dijo que la política era un juego muy peligroso en España. “Si yo fuera un policía español, ahora mismo tendría un buen puñado de pipiolos registrados”, dijo con media sonrisa. De pronto, Bombardier sintió una explosión de terror en la barriga.

Nunca recibió ningún correo de CCOO o de ETA en su casa del Parque de las Avenidas de Madrid. Pero cada vez que llegaba una carta de remite dudoso, rebrotaba en sus tripas aquel vacío explosivo. Llegó a pensar que era un cobarde. Y lo fundamentaba en que un valiente se habría ido de aquella casa de locos en la que vivía, pero que tan conveniente resultaba en sus necesidades primarias.

1973. Bombardier en Lille

Una chica metida en un abrigo gris,

cargada de una bolsa de viaje, se acercó a Bombardier desde la Rue Tourcoing, justo en la esquina con la Rue de l'Alma, en una zona deprimida de Roubaix, ciudad fronteriza entre Francia y Bélgica. Rubia, de ojos azules, alta, en un escenario de ladrillos renegridos. Pero no debía ser una valona.

S'il vous plait, monsieur dijo la muchacha descargándose el bolsón con una mueca de alivio. Pero se quedó muda buscando las palabras en un idioma que no debía de conocer. *Der Bahnhof? La station?*— pronunciada “statsion”, a la alemana.

Bombardier sintió compasión por la peregrina, perdida a saber cómo y por qué en aquel laberinto de fábricas sin futuro, y le indicó en francés y luego en inglés que solo tenía que seguir la rúa de l'Alma hasta desembocar en la estación de Roubaix. Imaginó que sería húngara, un capricho mental.

La miró alejarse cargada con su alforja, y

echó por la Rue de Tourcoing, hacia la Rue Voltaire. Allí se desvió hacia el Cour Messien, una manzana de viejas casitas obreras donde vivían sus tíos y él mismo desde el inicio del curso dos meses y medio antes.

Mientras caminaba, pensando en el cocido que le habría preparado la tía Carmela, rumió durante unos metros algo que le perturbaba. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina, y el frío húmedo calaba en los pocos peatones del barrio de Watreloss. ¿Se desplazaría a Madrid al empezar las vacaciones? A pesar de que el muchacho se había jurado no bajar hacia el Sur de vacaciones, la duda emergía una y otra vez.

¿Qué hacía Bombardier en Roubaix en 1973?

Marcelino Granda Bombardier, Lino, era hijo de don Manuel, un perito agrícola de Ponferrada, criado en cuarteles de la Guardia Civil, porque ese era el oficio del abuelo. Y sobre todo era hijo de doña Felicia, una

jienense de padre belga, dueña de un pequeño cortijo cerca de Beas de Segura, en la sierra de Cazorla de Jaén. Doña Felicia era una mujer de piel blanca moteada de pecas, pelo rubio sedoso y ojos de un azul turbulento que seducían como un conjuro. Por ejemplo, al dócil y trabajador Manuel Granda, moreno, de pelo ensortijado, con más apariencia andaluza que leonesa, que durante un tiempo ejerció en el servicio de Extensión Agraria de la zona, y fue fulminado por las pupilas tiernas y pacíficas de una mujer insatisfecha.

Doña Felicia reconoció tarde que su matrimonio fue un error de cálculo. Lo reconoció poco después de la boda, quizá tras el nacimiento del primer Bombardier, Lino, a quien sucedió otro varón, Carlos.

Como un tercer hijo no parido, un feto, una larva, convivía con la familia un secreto riguroso. Doña Felicia cargó con él como un fardo invisible, en un perpetuo estado de

achaques y desarreglos, que la hicieron famosa en la oficina del DNI de la calle de Almagro donde trabajaba.

Bombardier se tituló en no sé qué peritaje, eléctrico o mecánico, algo aplicable a la industria, entonces sin obstáculos medioambientales. Hizo las milicias universitarias en el campamento de Talarn, para suboficiales, en Lérida. Y quedó a la espera de destino laboral. Su padre intentó colocarlo en la administración del Estado. Fracasó. Tanteó varias diputaciones provinciales andaluzas. Volvió a fracasar. Bombardier estaba fatigado de tanta frustración y avergonzado del corto alcance de su padre. En esto, un familiar de tercer grado residente en Vizcaya le ofreció algo que, para empezar, no estaba mal.

Se puso de viaje. Una sorda angustia le acompañó, igual que una sombra. ¿Quién era Bombardier? ¿Qué quería ser en la vida? ¿A qué espacio social pertenecía? La posibilidad de

seguir los pasos de sus padres le aterraba.

A los quince días, su pariente le propuso hacerse cargo de la pequeña fábrica, así de golpe. Lino llamó a su padre, después de dudar un rato entre recurrir a él o a doña Felicia. El hombre le aconsejó que aplazara la decisión una semana. Le dijo, “Sin que se entere tu tío, ve al cuartel de la guardia civil y que te pongan al corriente. Menciona a tu abuelo.”

El abuelo paterno de Bombardier se había retirado del cuerpo como teniente coronel poco después del nacimiento del primer nieto, es decir, él. Quizá su padre sospechara que el industrial podía ser un granuja, pensó Bombardier decidido a solventar el enigma. Y granuja lo era, porque había ocultado a Bombardier que se escapaba de las Vascongadas y del chantaje de ETA.

Al comentar la aventura con su hermano pequeño, todavía estudiante, éste le reveló que se había afiliado al Partido Comunista, sección

universitaria, y que agitaba a las masas para que combatieran el franquismo. “¿Eres de Comisiones Obreras?” “Todavía, no. Luego, cuando empiece a trabajar.” “¡Pero eso es la ETA!” “¡Qué dices, ignorante! Si sé que vas a salir con esas no te digo nada.”

En tan oportuno momento surgió de las brumas de Valonia el tío Felipe. En realidad, un sobrino de la madre de doña Felicia, y por tanto primo suyo mucho mayor que ella, que vivía en Roubaix. Había huido al sur de Francia a primeros de febrero de 1939, con las tropas del general Yagüe y una caterva moruna pisándole los talones. El tío Felipe llegó a ser capitán de la Guardia de Asalto en Barcelona, donde intervino sin contemplaciones contra los cenetistas y los trotskistas. Si la República hubiera ganado la guerra, en 1973 sería un coronel retirado. En lugar de eso era un metalúrgico pensionista, que vivía con su mujer Carmela en una estrecha casita de dos pisos, adosada a muchas otras en la calle Voltaire, en

el Cour o corrala de Mesien, rodeado de familias de emigrados argelinos y marroquíes. Una ironía de la historia.

Al tío Felipe llegó la madre de Bombardier a través del tío Peri, el hermano de Felipe, que acababa de regresar a España después de treinta y cuatro años de exilio en Venezuela. Peri, en su juventud un pollo-pera gracioso e ilustrado, estaba casado con una de las secretarias de la Pasionaria, y salió de la península volando desde un aeródromo en Elda o Novelda, en compañía del Comité Ejecutivo del PCE.

Antes de su *rentrée* en la España de Franco, que había perdonado a casi todos los viejos republicanos, Peri pasó por Francia para abrazar a Felipe. Pretendía que un hijo suyo un poco balarrasa, diez años mayor que Bombardier, se matriculara en la Universidad Politécnica Católica de Lila.

En lugar del mal estudiante venezolano, fue Bombardier quien terminó inscribiéndose

en unos cursos de posgrado. Y mientras buscaba alojamiento en Lila, Lille en francés y Ryssel en flamenco, se quedó en casa de Felipe y de Carmela, dos viejos de vuelta de todos los conflictos sociales y matrimoniales (Felipe vivió con una francesa, hasta que en 1952 Carmela fue a buscarlo a Roubaix con el hijo de ambos, de catorce años), y de una generosidad y una franqueza desconocidas para Bombardier.

Así pues, el apolítico estudiante fue a parar a una casa donde “Mundo Obrero”, el periódico del PCE, pasaba semanas encima de un aparador, debajo de una imagen de la Virgen de Linarejos clavada a la pared, sin que nadie hiciera el menor caso a ambos objetos.

Doña Felicia le despidió perpleja en la estación de Chamartín, y le entregó un maletín con embutidos y un bidoncito de aceite de Beas para los comunistas. Le consolaba que su hijo mayor regresara a la patria de sus ancestros, porque Tourcoing (Francia) y Mouscron

(Bélgica) comparten calles, no muy lejos de la rue Voltaire de Wattrelos, y que volviera a introducir el francés, que ella hablaba pasablemente, en la familia.

Es el caso que el joven español, aquella tarde plomiza citada al principio del capítulo, comió callos en lugar del previsto cocido, preparó las clases del día siguiente y se fue a la cama, en el tabanco que Felipe y Carmela habían preparado para él en lo más alto del estrecho edificio. No era un lugar donde Bombardier, de la primera generación de niños mimados de España, estuviera acostumbrado a dormir. Pero se encontraba tan a gusto con los viejos comunistas, que no había hecho intento de buscar alojamiento en Lila.

Pronto, sin embargo, lo haría. Para irse a vivir (una fugaz aventura) con Pilar Peláez, una estudiante de Periodismo en la escuela de Lila, creada al efecto por intelectuales católicos a principios del siglo.

Pilar Peláez era hija de un asturiano y de una francesa de Dijon. Entendía el español con dificultad, y no lo hablaba. Había perdido el escaso hábito de escuchar a su padre, cuando el matrimonio se separó siendo ella niña. Pilar y Bombardier se conocieron en un *bistrot* para estudiantes, aunque al principio no se hicieron mucho caso. Fue Pilar la que empezó a arrimarse al chaval cuando supo que era español. Como tantos franceses, se había construido una idea épica y romántica del país de su padre.

Pilar tenía veintiún años, dos menos que Bombardier. De talla media, cuerpo bien formado, su melenita negra lisa enmarcaba un óvalo pálido de ojos verdosos; su piel era rosada y suave (algo que Bombardier tardó en experimentar). Su figura era un recorte del patrón de las películas de la *Nouvelle Vague*. Nada extraordinario, y de poco interés para el español.

No es que el chico tuviera su sensibilidad erótica cegada. Todo lo contrario, la lujuria de Bombardier, insatisfecha y efervescente, le distraía del estudio, y le inducía a ver la realidad a través de un prisma sucio.

Dos meses antes, la perspectiva de pasar un año en Francia había despertado en él fantasías estereotipadas y embriagadoras. Pero en el mes y medio que llevaba en Lila no había tenido oportunidad de apegarse a ningún círculo de jóvenes estudiantes autóctonos. La falta de amigos y de entretenimiento había retorcido aquella fantasía.

Paco, el hijo de Felipe y Carmela tenía once años más que él, y estaba casado con una belga que, según Carmela, no tardaría en ponerle los cuernos.

Los cuernos eran una obsesión en aquella familia de exiliados. Carmela los había sufrido con paciencia y fatalismo durante el primer exilio de Felipe. De no haber sido porque

tenían un hijo nacido en Barcelona en 1938 y criado en Madrid hasta 1952, Carmela jamás habría buscado a su marido en Francia, de donde él no podía volver porque se jugaba el cuello o la cárcel por rojo contumaz.

Felipe decía, “En Francia los cuernos son el deporte nacional”, quitándole importancia, algo que hacía refunfuñar a Carmela. Ella incluso sabía de moras que engañaban a sus celosos maridos, y desde luego, lo contrario, en mayor abundancia, con mujeres no musulmanas, claro.

Este tinglado de lujuria delirante, construido alrededor de Bombardier, le trastornaba, y se veía exiliado de él como un apátrida del sexo. Su tío Felipe lo era, en términos civiles, pues había rechazado siempre hacerse francés y jamás había pisado el consulado español en Lille.

El muchacho pasaba malos ratos cuando se entregaba al ocio o se dejaba vencer por él.

Por ejemplo, cuando acompañaba los sábados a Carmela a comprar al mercado, o cuando iba con Felipe de paseo turístico-informativo. Sus ojos se clavaban en las chicas metidas en abrigos que les venían grandes o pequeños, y pensaba cómo sería su vida si las circunstancias le unieran a una de ellas. ¿Otra edición del matrimonio Granda-Bombardier? Esta visión lúgubre de su futuro era una fantasía deprimente. El destino de los viejos exiliados, reunidos sin más ganas que las de terminar de criar juntos a un hijo común, le empujaba a la inercia pesimista en la misma dirección. La diferencia entre un matrimonio y otro era que Carmela no tenía la costumbre de reprochar casi nada a Felipe, y su convivencia era saludable.

También se fijaba en las chicas guapas, sobre todo en las estudiantes (en su curso de técnico de no sé qué no había ninguna). Con las francesas atractivas, la fantasía era un fuego de artificio que le agotaba, y de la que no se libraba ni con los ejercicios masturbatorios.

“¿Qué habrá que hacer para ligar en Francia?”, se preguntaba cuando le consumía la fiebre erótica. Se le escapaban todas las respuestas naturales y lógicas. Pensó en preguntar a Felipe, pero sentía una vergüenza insuperable.

La amistad de Pilar Peláez la acogió con indiferencia erótica y sentimental, por el origen español de la chica. Él lo que quería era perder la virginidad con una francesa de verdad. El peso de tal propósito era tan grande, que levantó una pantalla inconsciente entre él y la estudiante de Periodismo. A Pilar, que no se sentía atraída hacia el compatriota de su padre salvo para practicar su oxidado español, le ofendió esa indiferencia, que mermaba su amor propio, y empezó a tontear con él.

Esto levantó un poco el ánimo de Bombardier, que se creía el tipo menos atractivo del planeta, incapaz de despertar la atención, y menos aún el interés, de ninguna chica deseable. En los guateques de la adolescencia,

en un garaje alquilado en la colonia de San Vicente de Madrid, pertenecía a ese grupo amorfo ignorado por todas las chicas, menos por las que no esgrimían los codos en los bailes agarrados. Bombardier no era ni un cíclope ni un modelo del canon ático. Sus cualidades las había colocado él mismo en un punto *intermediocre*, y esto se reflejaba en su pobre donaire, en un rictus de suspicacia y una mirada huidiza en un rostro dominado por su nariz aguileña y su barba rastrera. Solo suscitaba atracción en las mujeres similares a él, infectadas de escepticismo, pozos de angustia sin psicoanalizar. Pero ni siquiera de esto Bombardier se daba cuenta.

Dos días después del encuentro de Bombardier con la chica del bolsón en la calle del Alma, Pilar se sentó a su lado en la mesa del *bistrot*. Tenía una noticia bomba. Para evaluarla, necesitaba de la colaboración del español. Pilar había recogido en su piso de estudiantes a una española con una historia espeluznante. Pero no

entendía bien los detalles más explosivos del enredo, y le pidió que le acompañara a su casa para escuchar a la mujer-noticia.

Mientras subían por una escalera sórdida, Bombardier experimentó, por primera vez en la compañía de Pilar, el vacío en el estómago que producen las fantasías sexuales más potentes. Se fijó en sus nalgas y le gustaron. Durante la ascensión de los cuatro pisos, la chica se volvió para decirle algo, y detectó su mirada. No saltó ninguna chispa.

La mujer-noticia fue una sorpresa para el improvisado intérprete. Resultó ser la muchacha que le había interpelado en Roubaix. Ella, sin embargo, no se acordaba de él. Había abordado a Pilar en la estación de Lila en solicitud de ayuda para comprar un billete hasta Córdoba, un destino que para el taquillero era un rompecabezas.

Se llamaba Jacoba Frías. Parecía de la misma edad que Pilar (resultó tener un año

menos). Venía de Colonia, donde estudiaba alemán, pero en ese momento procedía de Bruselas, de donde había huido, aterrorizada por haberse metido en un lío con ingredientes de terrorismo internacional, sin haberlo pretendido.

Cuando el tímido estudiante la escuchó hablar con su acento cordobés aceptó que, fuera fantasía o recreación de Pilar los datos que le había dado en el bistro, aquella chica con aspecto de cantante pop parisina era una española auténtica.

Jacoba Frías era de piel blanca, de pechos y silueta más clásica que moderna, con el pelo rubio atezado, largo y con rizos. Muy pálida de cara, con algunas pecas, tenía unos mofletes que habrían sido graciosos con algo de color. Su boca era fina y carnosa. La nariz recta terminaba en una puntita esférica. Sus ojos acuosos, de un azul turbador que destilaba inocencia, se clavaban en el interlocutor. Bombardier recordó

que había tenido la intuición de que era húngara. Qué falta de tino con las mujeres.

Una historia explosiva

Jacoba Frías llevaba la contabilidad y la correspondencia de una almazara propiedad de un abuelo suyo. También había una granja de cerdos en el cortijo. Eran dos negocios anacrónicos, que cierto tío (hermano de su difunto padre) estaba transformando en una empresa moderna y próspera. Además, intervenía el hermano mayor de Jacoba, que visitaba las grandes capitales en busca de mercado, y estaba preparando un desembarco en el germánico, que le parecía más serio que cualquier otro. Jacoba estudiaba alemán en Córdoba, y había sido enviada a una escuela en Colonia para que completara en un par de meses lo que en España le costaría varios años. Dejó en Andalucía a su novio, Orosio, un maestro chacinero, con quien tenía previsto

casarse en breve.

La imprecisión de esta brevedad es lo que había predispuesto a Jacoba a meterse en el lío del que acababa de escapar.

Jacoba había nacido en Linares, Jaén, de donde salió tras la muerte de su padre, recién cumplió la niña los cuatro años. Esto impresionó a Bombardier, originario de Beas de Segura, donde había vivido también en su infancia, hasta los seis años.

Jacoba dormía en una residencia de estudiantes extranjeros de Colonia, situada en el barrio de Deutz, en el lado este del Rin, extramuros de la antigua ciudad romana, *Colonia Claudia Ara Aggripinensium*. El día entero lo pasaba en clase, en la biblioteca haciendo los deberes, o asistiendo a conciertos, conferencias y exposiciones. Así predisponía su cabeza a la enrevesada cultura germánica de posguerra, sembrada de dolorosos exámenes de conciencia, de hierros oxidados y de pedruscos.

Al principio, Bombardier dirigió la mirada varias veces a Pilar, por si perdía el hilo, pero la periodista en ciernes le hizo señas de que dejara hablar a la andaluza, con un movimiento giratorio de la mano que podía significar “luego te pediré precisiones”.

El discurso de Jacoba era una narración tan fluida que parecía recitada de memoria. El intérprete se preguntaba por qué ni la voz ni el ánimo de la protagonista parecían afectados por el dramatismo de los hechos.

Como yo, de chicas tan guapas como yo, está llena Colonia, lo juro. Así que no sé a cuento de qué aquel sirio se fijó en mí. Némer Alcayum. Un tío bien “planta”, alto, de ojos azules, y un pelo claro muy recio. La cara la tenía de árabe, pero por el cuerpo podía ser sueco. Le conocí en una conferencia sobre la UNESCO. Era funcionario en París. Durante toda la conferencia no paró de mirarme, como si la hiciera para mí sola. Yo, que soy vanidosa, no

cabía en la silla, porque fantaseaba que era a mí a quien dedicaba sus palabras. Tenía las pupilas clavadas en mí. ¿Sabéis lo que es eso? Llegan a penetrarte. En lugar de asustarme, me crecí. En el turno de preguntas le hice una en inglés, una tontería, no me acuerdo qué era.

«Solo cuando acabó la charla me entró miedo. Me escabullí hacia la salida. Os doy mi palabra de que me estaba escapando. Y de pronto, Némer Alcayum se plantó delante de mí y me preguntó si me había interesado la conferencia. Eso y poco más. Luego me tendió la mano, se despidió y se puso a hablar con otra gente. Pero su mano dejó en la mía un calor especial. Me trastornó aquel hombre, me trastornó completamente.

«Volvimos a encontrarnos, claro. Al día siguiente me esperaba a la salida del aula, en la academia de alemán. Que no era una coincidencia estaba claro. Cómo se había enterado de lo que hacía yo es un misterio.

Bueno, un misterio, no. Pero no voy a adelantar acontecimientos, vaya. Me invitó a cenar. Me llevó a un restaurante exótico con vistas a un parque. Tenía un jardín con lucecitas, como si fuera Navidad.

«Ya sabéis a qué velocidad corren los acontecimientos cuando tienes dos meses para aprender algo en una ciudad que no es la tuya. Conoces a tanta gente y vives tantas cosas como en varios años de tu vida rutinaria. Yo estaba predispuesta a ello, sí. Quería aprovechar a fondo el tiempo que pasaba en Colonia. ¿Hay algo de malo en ello? Tengo veinte años. Mi novio me espera en Córdoba. Dentro de nada me casaré. En cinco años tendré dos hijos... ¿Me comprendéis?»

Bombardier y Pilar lo comprendían. También comprendió Bombardier que Pilar estaba grabando la confesión de la cordobesa en un radiocassete disimulado entre unos libros.

Me atreví a preguntarle por qué me

había mirado tanto durante la conferencia. “¿Ah sí? ¿Te miré? Pues eso era que tú me estabas llamando.” El tipo hablaba un español casi correcto, como si su padre hubiera estado en la Guardia Mora de Franco. La pasión fue fulminante. Me diréis que podía haberme acordado de mi novio. Pero se me borró de la memoria. Como si me hubiera transformado en otra persona. Era eso, había dejado de ser yo.

«Fue un idilio de fotonovela. Un hombre de cuarenta años con medio mundo a sus espaldas, una chavalilla de veinte, sin más vida que la de un pueblo andaluz. Cuando lo revivo ahora, pienso que él no hizo casi nada, que yo lo facilité todo. Porque me podía haber hecho la estrecha, o la timorata, ¿no? Ahora que, si yo me comporté así, todo fue obedeciéndole, hipnotizada por su mirada intensa. Es una excusa, ya lo sé. Pero es la única explicación que tengo. En esa mirada recibía yo una lección del mundo inesperada, fantástica. Hacer oídos sordos a las palabras de Némer era tan idiota

como negarse a recoger el premio gordo de la lotería de Navidad.

«Entonces empezó a decirme que yo había llegado a su vida como una bendición de Dios, que Dios me había enviado hasta él. Me dijo que su identidad estaba naufragando “en el piélago de la burocracia internacional”, no se me olvidará esa frase, era un hombre cultivado. Me habló de la falsa diferencia entre los pueblos, de la identidad final de todas las cosas, las vivas y las muertas. Y me contó que días atrás, una vieja armenia clarividente que trabajaba en la embajada siria en Bonn le había pronosticado un encuentro que transformaría su vida.

«Yo le sonreí, dándole a entender que no me viniera con cuentos de las *Mil y Una Noches*. Pero él interpretó mi sonrisa de otro modo. Entonces me volvió el miedo. Era un segundo aviso. Ser cobarde no ayuda a nada. Así que me lo sacudí como si fuera un moscardón.

«A partir de entonces, cada noche, al

retirarme a mi habitación en la residencia sufría mordiscos de pánico en el cerebro. No dormía hasta la madrugada. Pero me levantaba fresca, deseando verle.

«Al poco me dijo que si quería acompañarle a Berlín el fin de semana. Le dije que sí. De golpe me espanté e inventé una mentira absurda, que estaba viviendo un sueño inocuo y que no tardaría en despertar. Me lo creí, me dejé llevar. Hay veces que hay que dejarse llevar, ¿verdad? Era la segunda vez que subía a un avión. Me hizo un efecto narcótico, como si hubiera bebido un vaso de cazalla en ayunas. En cosa de una hora aterrizábamos en Berlín. Aquel aeropuerto era bien raro. Todo estaba limpio, como es costumbre en Alemania, pero los suelos no eran de mármol, ni había tiendas de *Duty Free*, ni mostradores con los colorines de las compañías aéreas. ¡Estábamos en Berlín Oriental! Nos recogió un tipo simpático en un cochazo negro.

«En la habitación espartana de un hotel llamado Berolina hicimos el amor por primera vez. Para ninguno de los dos era la primera vez. No hubo desasosiego ni dolor. Némer fue tan prudente y cariñoso, que la experiencia no me dejó ninguna huella melodramática, pero sí el susto de saber que daba un paso hacia un lugar del que me resultaría difícil regresar. O salir. Pero, ¿quién desea escapar del Paraíso? Me hace gracia, verdad, eso del Paraíso, porque yo estaba pasándomelo de maravilla en el fúnebre paraíso comunista.

«Al principio me llevaba a todas partes con él en el cochazo conducido por el chófer, un tío simpático que chapurreaba español. Salimos de la ciudad por una avenida ancha casi sin tráfico ni transeúntes, cruzada por tranvías muy viejos. A los lados había edificios gigantescos con las fachadas llenas de desconchones. Comimos en la terraza de un *Biergarten* a la orilla de un lago, acosados por una nube de avispas. Era un día de noviembre tan raro como mi propia aventura,

hacía calor. Llegó una excursión de chicos y chicas con camisetas azules. Me desconcertaron porque parecían de la OJE, la Organización Juvenil Española. Eran Pioneros de la OJE de allí, que se llama FDJ, la *Freien Deutsche Jugend*. Me lo contó el chófer.

«Luego continuamos por unos paisajes con suaves colinas verdes, tapizadas de abetos y abedules, y por campos sembrados de coles, remolachas y huertos de manzanos. Pasamos por villorrios con casas destartaladas y sucias, como si fueran a desmoronarse, muy distintos a esos pueblecitos del Rin que parecen bordados en la tierra. Fuimos a parar a una fábrica muy limpia de un lugar recóndito. Por la actitud de la gente que salió a nuestro encuentro comprendí que no les hacía ninguna gracia mi presencia. Némer les explicó algo en un idioma desconocido para mí, y quedaron satisfechos. Aquel hombre era un políglota. De vuelta al Berolina reconocí en el restaurante a una pareja de japoneses, pequeños y erguidos como una

monja y un fraile recién ordenados. Los había visto esa mañana en la misma mesa.

«Otra vez hicimos el amor. Y Némer siguió comportándose como el tipo más noble y tierno de la Tierra. El domingo me dejó sola por la mañana. Yo me di un paseo por Alexander Platz. Era un barrio desconcertante, con edificios modernos echados a perder por la falta de cuidado, el ferrocarril elevado sin reparar desde el final de la guerra, carteles de propaganda sobre los éxitos del socialismo que nadie podía tomar en serio, el viejo Ayuntamiento Rojo en estado lastimoso, y al fondo de una calle ancha, frente a un cubo de hierro y cristal recién construido y feo como una jaula, la cúpula perforada de la catedral. El único edificio bien conservado era la torre de la televisión, un palo ancho de hormigón que atraviesa una esfera colosal. Estaba recién hecho. Ver desde lo alto los dos Berlines cortados por el Muro me produjo escalofríos.

«Cuando Némer volvió, me dijo que tenía que disculparle, que nos quedaríamos una noche más, porque el lunes por la mañana tenía un compromiso ineludible, que volveríamos a Colonia después de comer. Hacer el amor por tercera vez me confundió. Empezaba a conocer el cuerpo de Némer, a acostumbrarme a sus embestidas de minotauro afable. Me espantó pensar que aquello podía ser una rutina. A la mañana siguiente, al tirar Némer de un maletín que solía llevar siempre, arrastró al suelo un periódico que había recogido de la puerta. Al caer, salió de él una revista de colores. Némer se apresuró a recogerla de la desgastada moqueta. Me dio tiempo a ver en la portada algo que parecía un cañón o un arma de ese tipo. Le despedí desde el balcón. En la acera de enfrente vi a los dos monjes japoneses, quietos, como si estuvieran rezando».

Jacoba volvió a hacer una pausa. Miró a Pilar y a Bombardier. ¿Había llegado a un punto de inflexión y preparaba a su audiencia para

algo fuerte? Aquella cordobesa dominaba el arte dramático y parecía recrearse en ello. Bombardier sospechó que había descubierto la grabadora. Jacoba se sirvió un vaso de zumo de manzana gasificado, bebió un sorbo, y regresó a su relato.

Némer volvió puntualmente. Traía una cara distinta, la cara de un hombre sometido a una fuerte tensión o a un dolor intenso. Se metió en la ducha. Entonces llamaron a la puerta. No sé cómo pudo oírlo, pero salió envuelto en una toalla. “Abro yo. Espera aquí”. ¡Era una orden! Os aseguro que me hizo un efecto fulminante. Obedecí y en ese instante me sentí decepcionada. Habíamos traspasado los límites de la confianza. Nos habíamos confesado verdades como abismos. Nos habíamos amado. Habíamos borrado las distancias de edad. Nuestras expectativas a medio plazo se habían quedado congeladas. Todo era instantáneo, lo duradero se había evaporado. Pero obedecí. Obedecí porque detrás de la orden había algo

que iba más allá del recelo, había peligro. Lo más curioso es que en ese momento no sentí nada de miedo. Todavía me pasmo.

«Se secó, escondió el maletín detrás de una estantería que a mí me había parecido fija e inamovible, se vistió y salió de la habitación. Una sacudida en las tripas me dijo que él había previsto los posibles problemas. Seguí sin sentir miedo, lo juro por mi madre. Volvió en seguida. El que había llamado le había transmitido un mensaje rápido y a todas luces importante. Némer tenía que partir a toda prisa. Yo tenía que coger un taxi, ir al paso fronterizo de la estación de Friedrichstrasse, cruzar a Berlín oeste, coger otro taxi, ir a la Neue Nationalgalerie, y esperarle. Me dio cincuenta marcos orientales y cien occidentales. Me aseguró que por la tarde volaríamos a Colonia desde Tempelhof. No tenía que preocuparme. “Si no me quieres decir qué pasa, no me lo digas. Pero no me pidas que no me preocupe”. “No va a pasar nada. Soy una persona

importante, un funcionario internacional. A veces ocurren estas cosas. Imprevistos. Encrucijadas extrañas”. Pronunció “encrucijadas” con dificultad. Cuando salió de la habitación sentí que se me escapaba. Le besé con esa desesperación melodramática de las películas de espías. Porque en aquel momento yo estaba viviendo una película de espías. Dijo que le diera diez minutos para pagar la cuenta del hotel, y que luego me marchara.

«Me asomé a la ventana. Me hice la ilusión de que en la acera de la enorme avenida estarían los monjes japoneses, pero solo vi a un barrendero. Para qué hacen calles tan anchas, si no pasa nadie por ellas, me pregunté. Entonces pensé que lo que estaba viendo era un decorado, que pronto se escucharía una voz “¡Corten!”, y se encenderían las luces del plató. ¿Qué había en ese maletín?, se me ocurrió de pronto. Imaginé catálogos de armas, una agenda llena de direcciones, una pistola con silenciador. El timbre del teléfono me

sobresaltó. “Ya está todo arreglado, cariño. Puedes bajar. Hay un taxi esperándote.” Era la primera vez que me llamaba “cariño”.

«Obedecí al pie de la letra, según me había pedido. Salí bien de la extraña encrucijada. Aunque confieso que al tomar mi pasaporte el *Vopo* de frontera de Friedrichstrasse, una comisaría siniestra, y estudiarlo con atención, estuve a punto de, en fin, irme por las patas abajo.»

Pilar frunció la cara al escuchar una expresión para ella incomprensible. Pensó que quizá era una clave en la historia de Jacoba. Esta interpretó la extrañeza mal.

Un *Vopo* es un *Volkspolizei*, un guardia de la RDA. En Berlín Occidental no cogí ningún taxi. Necesitaba moverme, decidir por mi cuenta por dónde ir. Seguí en el S-Bahn hasta la estación de Zoo. Al pisar la calle me pareció que estaba en otro país, el que había abandonado en Colonia, y que se había perdido

durante mi vuelo hacia Berlín Oriental. Hice un poco de turismo por las calles que hay en torno a la iglesia desmochada del Kaiser Guillermo. Luego seguí a pie un itinerario a lo largo de un canal que, según indicaba el mapa de la oficina de turismo, me conducía a la Nueva Galería Nacional.

«Temí haberme perdido, porque no veía la Galería Nacional por ningún sitio, hasta que me di cuenta de que era un edificio muy chato, grande, de cristal, hundido en el suelo y tapado por los arboles, unos castaños impresionantes. Me quedé fuera. No podía encerrarme en ningún sitio. No hacía ningún frío, y me senté en un banco al borde del canal. Durante un rato miré al agua verdosa que fluía despacito, absorbida por su pereza. Mi cabeza oscilaba como un péndulo de tres movimientos, tres ideas obsesivas: haberme convertido sin remedio en el capricho de un gánster o un espía; haber servido, sin saberlo, de cobertura de un terrorista palestino que se hacía pasar por

sirio funcionario de la UNESCO; estar enamorada de un criminal malvado para todo el mundo menos para mí.

«Miré la hora en el reloj de muñeca. Eran casi las seis. Se había hecho de noche. Llevaba en danza desde las doce y media. Giré el cuerpo hacia la Galería Nacional. Me llevé un susto de muerte, porque a pocos pasos de mí estaba Némer Alcayum. Su rostro conservaba las huellas de la tensión anterior, que había empezado a disiparse. Un instinto, un resorte de autodefensa me hizo reunir de golpe los añicos dispersos de mi integridad. Os puede parecer literatura, pero la literatura se ha hecho para expresar sentimientos, ¿no? Fingí indiferencia. No podía fingir otra cosa. Némer me dijo que habíamos perdido el avión, que llevaba en la Galería Nacional desde las tres y media. El viaje a Colonia lo hicimos en tren, cruzando durante la noche el territorio de la República Democrática Alemana, como se atraviesa un país que existe a medias. Me desperté pasado

Magdeburgo, la última ciudad de la república socialista. Pensé que había amanecido, porque había mucha luz fuera. Eran focos potentísimos que iluminaban un cortafuegos en el bosque, con una valla articulada y muy alta en el medio, torretas de vigilancia con soldados armados y líneas de alambre de espino y zanjas. El tren se detuvo en una estación fantasmal. En los muros colgaban retratos de Lenin, de Marx, de Engels y una bandera de la RDA, que es la misma que la de la RFA, pero con un compás y un martillo enmarcados por un círculo de espigas. Al pasar al otro lado, la estación, también vacía, estaba iluminada por farolas acarameladas y no tenía banderas a la vista. Los andenes relucían, y en las paredes había máquinas de alimentos bebidas y chucherías que parecían poseer luz propia. El kiosko de los periódicos, cerrado, parecía un escaparate de boutique. Me recliné sobre el hombro de Némer y volví a cerrar los ojos.

«Cuando los volví a abrir no tenía ni

pajolera idea de dónde estaba, ni de dónde venía, si iba a mi casa en Villanueva de Córdoba en autobús o me había quedado dormida en el *Strassenbahn*. Al reconocirme en el tren que enfilaba la *Hauptbahnhof* de Colonia, volví a sentir pánico.

«Seguí viéndome con Némer de tarde en tarde, cuando se dejaba caer por Colonia. Yo obraba por instinto de conservación, para no turbarle, anhelando el final de mi curso de alemán que me distanciaría de él para siempre. Pero también porque le amaba, porque ni el peor de los desengaños arranca de cuajo las raíces del amor. Sufrí hasta la angustia. Dudaba si marcharme sin avisarle. Pero lo más prudente y lo menos desgarrador era dejar que la aventura se agotara de un modo natural, al expirar el curso. Entonces regresaría a Córdoba, donde me esperaba Orosio, mi novio, de quien recibía cartas regulares.

«Una tarde Némer apareció por la

academia, y descubrí en su rostro una preocupación que me trajo de golpe a la memoria el hotel Berolina, y me hizo un nudo en el estómago. Llevaba la última edición del *Bild* debajo del brazo. Le cogí el periódico en un gesto de intimidad. Lo desplegué, y de golpe entendí lo que había pasado en Berlín Oriental, o lo que pudo haber pasado. El diario anunciaba con titulares gigantescos la muerte de una terrorista japonesa y la detención de otro por la policía alemana, en una operación contra ciertos residuos de la banda Baader-Meinhof. “¡Los monjes japoneses!”, se me escapó de lo más hondo en un ronquido. Némer echó el periódico a un lado y me miró. En sus pupilas había turbación, pero no miedo. El miedo lo tenía yo, en el pecho y en la garganta.»

Jacoba volvió a llenar el vaso con el zumo gaseoso de manzana. Se lo bebió de un trago. Miró a Bombardier, y exagerando el acento cordobés dijo:

¿Esta niña cobra de alguien? Porque me da que tú no estás en el ajo, *verdá* niño. Y sacudió la cabeza en dirección a los libros que disimulaban el radiocassete.

A la aspirante a periodista se le encendió el rostro. Tomó el aparato y lo apagó.

Vuélvelo a poner en marcha replicó Jacoba, ahora sin acento . Ahora viene lo más interesante de la historia.

Pilar presionó las teclas del aparato y lo dejó más cerca de la narradora.

Némer se quedó conmigo hasta la una de la mañana. Recorrimos varios *Gaststätte* y acabamos en un café frecuentado por periodistas que hay en el Hansaring. No paró de argumentar aclaraciones, disculpas. Lo hacía con vehemencia racional. Aseguró que actuaba como intermediario del movimiento palestino, aprovechando su puesto de funcionario y su pasaporte sirio. No era ningún agente, me juró, sino una especie de enlace comercial. Su vida

no corría peligro, porque su trabajo era poco arriesgado, y además imprescindible para todas partes, incluso para los enemigos, que en cualquier instante podían ser amigos suyos. Que yo a su lado podía sentirme completamente segura, que la prueba estaba en el viaje a Berlín. Yo no entendía una palabra. Jamás me había interesado por el conflicto palestino, ni siquiera cuando adquiría tintes sangrientos en los noticiarios de la televisión. Para mí Palestina es una palabra que me evoca figuritas de un Belén.

«El hombre parecía desconsolado. “La búsqueda de la intensidad de la vida me desvía del deseo esencial de vivir en paz conmigo mismo, de ser un individuo oscuro”. Si no lo dijo así, fue algo muy parecido. Poseía una retórica maravillosa, de cuento oriental. A continuación confesó que se sentía arrebatado por el mito de Orfeo, que yo era su Eurídice, que yo le refrenaba sus tendencias a la ebriedad orgiástica, el deseo de ser un hombre poderoso e importante. Luego me he enterado del mito de

Orfeo, y os aseguro que no hay ningún parecido entre Eurídice y yo. Me suplicó que no le dejara, que le ayudara a salir del Infierno, que yo era pura, que le limpiara a él, que le volviera a la Tierra. Dijo cosas trascendentes que yo no entendí, porque no sé nada de mitología. Pero al escucharlas mi razón me susurraba que tenía que alejarme de aquel hombre en cuanto pudiera. Me propuso pasar la noche en un hotel. Yo me negué en redondo.

«Durante una semana no dio señales de vida. La última del curso, la pasé en un sin vivir. Temía verle aparecer y enzarzarse en esa retórica de las *Mil Una Noches*. No me equivoqué. El día del fin del curso acudió a la academia y se unió a la fiesta de despedida. Me suplicó que me fuera con él a París, y que le acompañara el año que viene a Nueva York, donde tiene un nuevo destino. Había en su mirada una fiebre desbordante. Me sentía fulminada por sus pupilas azules, amedrentada. Pensé, si acepto, me volveré una mujer fatal,

como sucede en las películas. Le dije que me iba a quedar una semana más en Colonia, que me dejara pensarlo. Le estaba dando largas. Yo lo tenía claro. Me pareció que se daba cuenta. Pero no insistió. Si este hombre está desesperado y encima loco por mí, y acepto su propuesta, mi futuro puede ser un infierno. Eso pensé. Y también que si me mentía y además se engañaba a sí mismo, unirme a él sería ponerme a vivir con una marioneta.

«Eso fue el viernes. He dejado pasar el fin de semana, y anteayer martes, cogí en Colonia un tren con destino a París. No para buscarle. Para pasear por la ciudad. No me puedo ir a casa sin conocer París. Y si pensáis que es una excusa, que una vez allí echaré a correr hacia el edificio de la UNESCO, os equivocáis. La prueba es que estoy aquí. Porque me tuve que bajar del tren en Bruselas, y luego de otro en Tourcoing. Porque he descubierto que me siguen. Esa es la segunda parte de esta historia. Pero ya estoy cansada de hablar.»

Pilar detuvo el radiocasete sin mirar ni a Jacoba ni a Bombardier. Eran las siete de la tarde.

Os invito a cenar dijo la andaluza, levantándose.

Lo hicimos en una casa de comidas argelina. Luego Jacoba se declaró dispuesta a seguir declarando. Bombardier le preguntó si le importaba que sus palabras también fueran grabadas.

Es que yo me tengo que ir, porque si no, pierdo el último tranvía a Roubaix. Las escucharé mañana.

Quédate en mi casa. Hay sitio se apresuró Pilar.

¿Y cómo aviso a mis tíos de que no voy a dormir, de que no me ha pasado nada? No tienen teléfono.

Te envidio, niño dijo Jacoba en un tono que desmentía el dramatismo de sus

palabras . Me gustaría estar en tu pellejo y tener ese tipo de problemas. La última parte de mi historia es que me persiguen.

¿Quién? saltó Pilar, la cazadora de noticias.

¿Tú quién crees? Jacoba se volvió a Bombardier . ¿A qué hora sale tu último tranvía?

A las once.

Tardo media hora en contar lo que falta. Luego me marchó. He visto que hay un tren a París a media noche.

Pagaron y subieron con diligencia las escaleras sórdidas del apartamento de Pilar, plagadas de olores de cocina magrebí. La humedad del Paso de Calais llegaba en oleadas, saturaba los escalones de madera y se pegaba a las suelas. Bombardier iba el último, detrás de la grupa estupenda de Jacoba. La imaginó pingüe, como los muslos de los carneros que

sacrificaban los aqueos en la playa de Troya para congraciarse con los dioses. Literatura fina.

Cogí en la *Hauptbahnhof* de Colonia un tren que venía de Varsovia con destino a París. Quizá el mismo en el que había viajado de Berlín a Colonia. Me instalé en un departamento ocupado a medias por varios jóvenes que parecían estudiantes polacos, y una mujer no muy mayor, pero vestida como las abuelitas alemanas, con abrigo oscuro y sombrero floreado. El tren arrancó, y eché una última mirada al barrio de Deutz, al otro lado del Rin, donde me refugiaba cada noche. Me sentí eso, una refugiada. Y quizá lo expresaba en el rostro, porque la señora alemana me preguntó si me encontraba bien, y si necesitaba ayuda. Saqué un cuadernito, y escribí esto extrajo el cuadernito de su mochila, lo abrió y leyó : “Silencio. Silencio. Pesar y silencio. En la boca, un sabor acre. Un turbio rencor en la conciencia. Fuera del mundo. En el centro de su vorágine. Las cosas se suceden a mi

alrededor y llegan a arrastrarme de los pelos por las vías del Deutsche Bahn. Vaciedad. Pesar. Silencio.” A veces escribo pensamientos que ni yo misma entiendo. Es absurdo, ¿no? Los pensamientos de una tienen que entenderse, si no no serían pensamientos.

Deben de ser sentimientos dijo Pilar. Su voz le sonó a Bombardier como un petardo. Pero no era falsa.

Jacoba levantó la vista del cuadernito y la miró con un asomo de agradecimiento.

Eso serán. Los estudiantes dormitaban. Pero la señora empezó a preguntarme las cosas que se supone que los mayores preguntan a los jóvenes desconocidos, con aire maternal y eso. Yo le conté que había terminado un curso de alemán. Ella dijo que se notaba, y me felicitó. Le dije que iba a París para hacer un poco de turismo, y que luego me marcharía a Córdoba, de vuelta a mi trabajo. Qué trabajo, quiso saber la señora. Su curiosidad empezó a parecerme

impertinente. Y de pronto, se me ocurrió que me estaba sonsacando, interrogando, que la habían enviado a vigilarme. Entonces se despidió de mí y se bajó en Aquisgrán. Me pregunté si me habría leído el pensamiento. En Lieja su lugar lo ocupó otra mujer sin disfraz de anciana, que parecía el relevo. Me habló en francés, y como yo le hice ver que no la entendía, dijo “*Deutsche? Holländerin? Engländerin? Spanierin?*” Sufrí un sobresalto. Se puso a hablar en un español de escuela de idiomas. Me dijo que era traductora en la Comunidad Europea. Trabajaba en Bruselas. Me interrogó en parecidos términos a la anterior. Empecé a ser menos explícita. Y también a asustarme. En Bruselas se apeó. En el andén se volvió para saludarme o para cerciorarse de que seguía en el departamento. La despedí con una sonrisa. Luego me levanté, cogí mis bártulos y eché a correr hacia el final del tren. Llegué cuando el convoy arrancaba. Abrí al puerta y salté al andén, casi vacío. La segunda

espía no estaba a la vista.

«Miré en el panel de horarios la salida del próximo tren a París. Esperé algo más de una hora en un banco de la estación, escudriñando alrededor mío. Descubrí un número inverosímil de personas sospechosas. Al sentarme en uno de los pocos huecos libres del vagón, me dejé vencer por el agotamiento, y me dormí. Era un tren que paraba en todas las estaciones. Despertaba en cada una de ellas. Poco antes de llegar a Tourcoing, di un salto. Estaba soñando que alguien intentaba raptarme. Verdad o alucinación, vi frente a mí a la falsa vieja alemana y a la traductora, charlando con indiferencia. Me levanté y me asomé al pasillo. Con el mayor disimulo que pude, extraje mi bolsa del maletero y me deslicé a una de las puertas. En cuanto el convoy se detuvo en Tourcoing, salté al andén. Pasé el día entero vagando por la ciudad. Me paraba en algún parque, o para comprar una bebida. Miraba constantemente a mi espalda. En algunos

momentos sentía pánico. No sé cómo, pasé de una ciudad a otra. Ni siquiera me di cuenta. Entonces encontré a un chico y le pregunté por la estación.»

Era yo intervino Bombardier, y al hacerlo, comprendió que podía desatar el recelo de Jacoba . Pero te juro que ni soy espía ni tengo interés en utilizar tu historia. Pilar tampoco es una espía, es estudiante de Periodismo. Que te cuente ella lo que se propone, si se propone algo.

Tu est méchant et imbécile, misérable et cocu sentenció Pilar.

Bombardier se levantó, se despidió de las chicas y salió del apartamento.

Se dispara la cotización de Bombardier

En el tranvía de Lila a Roubaix anduvo preguntándose por qué Pilar le consideraba cornudo. Llegó a casa de los tíos sin haber

resuelto el acertijo. Quizá era verdad que los franceses estaban obsesionados por el adulterio.

Al entrar se encontró a Felipe y a Carmela sentados en torno a la mesa del comedor, sobre la que había una bandeja de plástico con tres copas, con la estufa a tope en el rincón. Sonreían como niños traviesos. La mesa estaba cubierta por un mantel de lona plastificada con ilustraciones geométricas. Colgaban por las cuatro esquinas en pliegues rígidos, apuntando a las patas de la mesa, torneadas y curvas como extremidades de grifo. El periódico que solía comprar Felipe para estudiar las apuestas de las carreras de caballos, *Tiercé*, estaba plegado junto al “Mundo Obrero” a los pies de la Virgen de Linarejos.

Felipe se levantó y sacó del refrigerador una botella de champán. Por la rimbombante etiqueta se veía que era una marca cara, algo excepcional en una pareja de natural austera.

Ahora vamos a brindar por la noticia...

Aunque a mí me parece que el terrorismo no es el remedio... En otras cosas, no sé, pero en eso soy leninista, la línea del Partido.

Y al ver la cara de pasmarote de Bombardier arrugó un poco el entrecejo.

¿No te has enterado?

¿De qué?

Del atentado en Madrid.

¡Han matado a Franco!

¡Ojala! exclamó Carmela.

A cada cerdo le llega su San Martín pronunció Felipe en tono juicioso . Se han cargado a Carrero Blanco, el Presidente del gobierno.

¿Quién?

Bombardier estaba estupefacto.

La ETA dijo Felipe . Le han hecho volar desde la calle al techo de una iglesia, lo menos veinte metros.

¿Hoy no era el juicio de los sindicalistas de Comisiones Obreras? preguntó Bombardier, que no iba por la vida como un lelo.

Les han tenido que proteger de los *fachistas* dijo Felipe . Les van a caer una pila de años. Pobres camaradas.

¿La ETA y Comisiones obreras...? murmuró Bombardier.

Felipe captó el incómodo razonamiento de su sobrino.

No tienen nada que ver.

¿Nada?

Nada. El Partido está contra el terrorismo.

Bombardier le refirió entonces al episodio de Londres, cuando una activista de ETA echó un mitin a un grupo de viajeros españoles en una convocatoria de Comisiones Obreras.

Felipe le dijo que eso era imposible, que

sería un engaño, que los terroristas actúan así. Después de aclarar las cosas, Felipe dijo en tono sentencioso:

Tú no estás metido en política, ¿verdad, hijo?

Bombardier negó con la cabeza con una cara de perplejidad que subrayaba involuntariamente su inocencia.

Mi hermano, ese sí. Está en el PCE.

No te metas, hijo. Quédate al margen. La política es un privilegio de los cuadros. La base no pintamos nada. Mi hermano Peri me ha dicho que la España actual se parece a Francia, que ya no es la cuadra de hambrientos y desesperados del 36. Yo no la veré, porque hasta que no se muera Franco, no piso tierra española, y a lo mejor me muero yo antes. Pero si quieres tener un futuro tranquilo, no te metas en política. Es un consejo de alguien que ha servido a políticos. Acaban haciendo daño. Y a alguien le toca empuñar las pistolas... A mí me

tocó en Barcelona, y aunque volvería a hacerlo para salvar a la República, reconozco que se dio tormento a inocentes.

La noticia bomba convirtió a Bombardier en el chico de moda de los *bistrots* de estudiantes de Lila. De súbito empezó a tener amigos. Hasta Pilar Peláez le retiró la maldición y empezó a tratarle como si fuera una presa sexual. Pero se habían adelantado otras lagartas, como las llamaba Carmela, mientras Felipe le guiñaba los ojos y le decía que si alguna noche se tenía que quedar a dormir en Lila, que no hacía falta que avisara con antelación, que había que aprovechar la oportunidad cuando se presentara.

Bombardier aprendió a copular con tres maestras. Luego se daría cuenta de que eran principiantes algo más avanzadas que él. Acostarse con un español era para las francesas cobrarse una pieza de caza mayor. La violencia

que parecía a punto de desatarse al sur de los Pirineos se inyectaba en los jóvenes estudiantes españoles como un fluido erótico que trastornaba a las gabachas.

Tarde, le llegó el turno a Pilar, que rabiaba por no haber sido la desvirgadora e incluso se lo reprochaba al español. “Yo te lo habría hecho *cum laude*.” Bombardier no sabía si se refería a una postura, a ese acto que los chavales mencionan con una grosería y una risotada, o al amor propio de Pilar.

Los franceses, lejos de considerar el chollo de Bombardier un agravio, le hacían recomendaciones sobre las mejores cazadoras y cómo dejarse cazar. Al parecer, desde la muerte del Che en 1967, a los jóvenes latinoamericanos se los rifaban las francesas *engagées*. Luego de la “Révolution de Mai”, un furor uterino afectaba a las hembras galas cada vez que divisaban a un latino en dificultades. Se arrojaban sobre él como una madre, y le protegían hasta el

agotamiento. A algunos les transmitieron algo más que afecto y pasión.

El empeño de Pilar en aprovechar la grabación de Jacoba perdió por completo su atractivo noticioso, y derivó en un equipo de guionistas, dos *cameramen* y un iluminador que pretendían hacer un corto. Bombardier se invistió de productor. Y descubrió que el cine le gustaba.

La cinefilia le sirvió para conocer a una autoridad irresistible, un tal Jean Luc Godard. El equipo del corto sobre el agente palestino y su amante española dispuso que el modelo a seguir debía ser *Alphaville*. Vieron la película en comandita varias veces. Al quinto pase, el perplejo Bombardier se resignó a aceptar la interpretación de los compañeros, una crítica implacable del curso de la sociedad capitalista hacia un futuro vacío, desalmado, gris. En el primer visionado, la película cayó sobre Bombardier como un bloque de cemento, no se

amoldaba en absoluto a (lo que todavía no se llamaba) su imaginario, su visión ibérica del mundo. El protagonista era un tipo duro con cara de hormigón picado (Eddie Constantine sí le sonaba de otras películas policíacas), que circulaba por las calles tétricas de la ciudad de Alphaville haciendo fotos con flash, fumando como un carretero y soltando tiros. Le impresionó del inicio la invitación erótica de la impasible y apetitosa *seductrice d'ordre 3 Béatrice*, que se gana una bofetada por cumplir con su deber. La aseveración de la voz cavernosa de Alpha 60: “Siempre es así. No se entiende nada, y una noche uno acaba muriendo”, le pareció un resumen perfecto de la película.

Con ese grupo de culteranos campanudos aprendió que existían misterios cabalísticos como la semiótica, la ciencia de los signos. El cine era un lenguaje sin gramática que combinaba y organizaba imágenes, trazos gráficos, palabras y sonido. Cuando Bombardier intentaba darle a esas proposiciones un sentido

compatible con su burdo imaginario ibérico, se perdía en una nebulosa intelectual. La única forma de librarse de ella era recitar en público un catecismo metafísico. Lo aprendió, y se le abrieron todas las puertas custodiadas por los *intello* con o sin carnet. La realidad es demasiado compleja por la transmisión oral, decía el oráculo de Alphaville. Por eso había que reducirla a un semántico dogma que la convertía en leyenda.

Dieron tantas vueltas a la historia, que a finales de enero no quedaba nada de ella. La razón principal era la dificultad de transformar las confesiones de Jacoba en un film “polar”, es decir, policíaco, porque en la transcripción no aparecía ni un solo *flic*, ni un solo *espion*, únicamente sombras y sugerencias, y lo que necesitaban eran revelaciones contundentes, estereotipadas.

El discurso de la andaluza Jacoba mecanografiado en francés era un puñado de

hojas manoseado y lleno de notas apuntadas por distintas manos en varios colores. Un día, el español sugirió que lo tiraran a la papelera. Le respondieron que hiciera lo que le diera la gana. El grupo se había enfrascado ahora en un corto publicitario, una especie de práctica de estudios que podía facilitar dinero para hacer algo más serio. Bombardier había abandonado su carrera, y se había metido en otra sin matricularse. Pero la vida parecía sonreírle tanto, que hasta las neurosis eróticas de Pilar se le hacían llevaderas.

No obstante, su conciencia le avisó de que había llegado el momento de preocuparse. Cogió el manuscrito del guión y fue pegando los folios de colorines sobre un tablero. Empezó con un orden geométrico, y poco a poco, a medida que ocupaba la superficie, superponía las hojas. Se convirtió en un entretenimiento para concentrarse en la decisión que tenía que tomar. Ponerse al día en las clases perdidas le resultaba muy poco atractivo. Cambiar de

matrícula, imposible a esas alturas del curso. Pero se veía obligado a informar a sus padres, que eran quienes le subvencionaban la carrera en Francia, y pagaban un estipendio a los tíos comunistas por mantenerlo en su casita de Roubaix. Durante semanas aplazó la decisión. Al final pidió consejo a Felipe.

Fue durante un paseo que daban ambos en torno a los fosos de la ciudadela de Lila, un camino en forma de estrella llamado *La Voie des Combatants*.

Aquí hay enterrados una pila de *boches* dijo Felipe, señalando las pendientes de césped . Bueno, estaban, porque los sacaron después de la guerra. Eran bajas de atentados y sabotajes de la Resistencia. Yo trabajaba entonces para la *Wehrmacht* como mecánico con otros españoles. Alguna vez nos veíamos aquí después de uno de los entierros, nos poníamos en fila en lo alto de la pendiente, estirábamos el brazo derecho y gritábamos a la vez:

“¡Hijopuuutas!” Los alemanes no se enteraban, y encima creían que nos habíamos vuelto nazis.

Bombardier preguntó si no temían que algún alemán supiera español. Felipe explicó que en las guerras hay que desahogarse de algún modo, incluso a riesgo de la integridad.

La reacción de Felipe a la duda de Bombardier fue cogerle de los hombros y decirle:

Mira, hijo, si yo fuera tu padre te recomendaría que siguieras estudiando tu carrera, porque aquí hay trabajo, y no tardarían en *t'engager*. Pero si no te gusta y quieres probar otra cosa, búscate un *boulot* en cualquier sitio, *interimaire*, temporal, para poder vivir. Eso es lo más importante. No es bueno ser un holgazán. Y dedícate a hacer lo que te gusta. Lo hacen muchos estudiantes franceses. Te puedes quedar en casa todo el tiempo que quieras.

Gracias, Felipe. Tú lo has dicho antes. En las guerras hay que desahogarse de algún

modo, incluso a riesgo de la integridad.

Sí. Pero trabajando. Hay que trabajar.

París - Montreal

Bombardier se marchó a París con Pilar un fin de semana. Se lo planteó como prueba de resistencia. A la vuelta decidiría si seguía con ella o la dejaba.

No fue una decisión agónica. Se separaron al día siguiente de bajar del tren en la *Gare du Nord*.

Acabó en el Boulevard Saint Michel, al que llegó atraído por su fama rebelde. Le pareció un hormiguero tranquilo de jóvenes con barba y chicas monas. Entró en una librería y se compró un disco. Fue un gesto automático. “The New Age of Atlantic”, con canciones de Led Zeppelin, Yes, Buffalo Springfield, Dr John, Iron Buterfly y otros. ¿Por qué se había gastado unos francos en algo que no podría

escuchar porque Felipe no tenía *pickup*, y que además le importaba un bledo? Quizá para darse el gustazo de hacer creer a los *copains* que era un *connaissanceur* de la música pop, les hablaría incluso de que había escuchado a Bob Dylan en Wight. Años después este disco adquiriría categoría de talismán, encarnación de una fantasía: ser un hippy de California peregrino por el mundo.

Sin obligaciones, sin ningún lugar donde ir y forzado a buscar refugio en aquel invierno gélido y plomizo, Bombardier se metió en una exposición gigantesca sobre Quebec en el Grand Palais. La recorrió de cabo a rabo. La muestra era una exaltación de la identidad *québécoise* en un Canadá dominado por los anglosajones. Quedó fascinado por lo que decían que era Quebec. Le impresionaron en especial los ejemplos de actividad creativa y artística, muy artificiosamente colocados en el escenario de la revuelta estudiantil. Los últimos coletazos de la protesta contra el sistema

educativo canadiense seguían azotando Quebec. Pero de esto, ni Bombardier ni casi ninguno de los que acudían al Grand Palais tenía mucha idea. Se recordaba bien la exposición universal del 67, y la visita de Charles de Gaulle, que gritó desde el ayuntamiento de Montreal “Vive le Quebec Libre!”, para pasmo de todos y entusiasmo de los separatistas. Entre la condena y la vergüenza, se mencionaba la aparición, delirio y combustión interna del *Front National de Liberation Québécois*, que se había liquidado a sí mismo en 1970 con un secuestro y un asesinato al estilo palestino.

Para Bombardier, Quebec y sus circunstancias fueron un hallazgo detonante. En una de las salas llenas de expresiones plásticas vio algo que debía de ser “un cuadro”. Lo estudió perplejo. Era una exacta recreación del amasijo de papелotes que había ido pegando en el tablero, a base del guión anotado de la aventura de Jacoba. Si alguien había considerado aquello digno de un museo, a lo

mejor Bombardier era un artista y lo había ignorado hasta entonces. Regresó a Lila con el disco de Atlantic y una colección de libros sobre Quebec, que le regalaron en el Grand Palais.

Emocionado pero reticente, sacó del apartamento de Pilar el tablero engomado y se lo enseñó a tres *copains* del grupo de guionistas. El primero le dijo que era una imitación del estilo moderno, sin dar ni razones ni entrar en detalles. El segundo, que no se le ocurriera llevar eso a ninguna galería. Bombardier estuvo a punto de preguntarle por qué, pero vio algo en la mirada del interlocutor que le aconsejó silencio; se limitó a explicar, con el mismo desdén, que no tenía intención de competir con Picasso, muerto un año antes.

A la tercera fue la vencida: envolvió su pastiche y se marchó a casa del *cameraman* del abortado corto sobre la andaluza, un fotógrafo profesional. El tipo le confesó que no entendía de arte, pero que aquello se parecía a lo que

exhibían en el Centre Beaubourg de París. Acabaron hablando de la exposición en el Grand Palais, que el fotógrafo conocía de oídas.

¿Sabes pintar? preguntó el *copain*.

Nada de nada. Nunca se me ha ocurrido. Pero la exposición de Quebec ha detonado algo en mí.

Quieres decir *desencadenado* afinó el tipo, a quien *détonner* le parecía más destructivo que creativo . Aquí no tienes mucho que hacer. Francia es una sociedad muy burguesa. La Revolución de Mayo fracasó. ¿Por qué no te vuelves a España? Es una sociedad viva, está cambiando.

La vitalidad española era un tópico abominable para Bombardier. Y en cuanto a la transformación política de su país, no veía indicio y, además, le traía al fresco. Intentó hacer ver a su amigo que estaba equivocado sobre España, cosa que había detectado en multitud de franceses.

¿Y por qué no te vas a Quebec? Me han dicho que es una tierra de oportunidades para un europeo que no sea británico.

¿Quién te lo ha dicho?

El fotógrafo dio explicaciones que parecían fiables. Le ofreció incluso la dirección de un colega suyo en Montreal, bien situado en los medios profesionales.

¿Y qué hago yo en Quebec?

Matricúlate en una universidad. Estudia Bellas Artes. Hazte artista. ¿Por qué no?

No es mala idea replicó el español después de una breve reflexión . ¿Me enseñarías fotografía?

Bombardier solo conocía de Canadá la Policía Montada y que Paul Anka era de allí. Creía recordar haberle oído cantar en francés “Mis manos en tu cintura” o “Pon tu cabeza en mi hombro, baladas de guateque escuchadas en un garaje de la Colonia de San Vicente de

Madrid, donde acudía con compañeros del colegio Obispo Perelló. Era un ambiente tan oscuro y rebosante de desperdicios de erotismo, que las letras de Adamo se confundían con las de Paul Anka, y las de Gigiola Cinquetti con las de France Gall en los cerebros recalentados de unos patéticos conspiradores del sexo.

La proposición de Bombardier “desencadenó” una efusión generosa en el *copain*. Se comprometió a ayudar a un español corajudo, lo opuesto a él, un francés *petit-bourgeois*. Y cumplió su promesa. Mientras tanto, el español se puso al día en los estudios de la escuela técnica y sacó el posgrado. Le dieron un notable, algo que atribuyó a la generosidad de los franceses con los españoles exiliados. Probablemente él lo fuera sin saberlo.

A primeros de junio de 1974 cogió un avión en Orly y se plantó en el río San Lorenzo en cosa de ocho horas. Había estado ahorrando desde febrero, gracias a un trabajo en un

supermercado de Lila, y obtenido los visados precisos para un estudiante extranjero en Canadá. Llevaba algunas direcciones de *copains* canadienses relacionados con *copains* franceses. Y la del fotógrafo amigo del de Lille. Podía probar que sabía hacer fotografías y revelarlas.

Carmela odia a las francesas, pero a las moras, no decía el tío Felipe en un inesperado tono profesoral . Cuando llegó a Lila se tiró a los pelos de Michelle, una francesa con la que yo me entendía. La habría matado, porque le había quitado a su hombre. Qué fuerte, ¿verdad? A Bombardier le parecía que a Felipe se le estaba poniendo cara de autor de novelas baratas, en una terraza de Saint Germain des Prés, con una pluma estilográfica en la mano y un cigarrillo con boquilla entre los labios . Es el instinto español, la zarzuela. Las francesas no son así. Están acostumbradas al deporte nacional de los cuernos. No son

trágicas. Son pragmatistas, moldeables, ¿vale? Si Carmela no se hubiera presentado en Lila con mi hijo, yo habría tenido una vida tranquila con Michelle, porque yo me había afrancesado. Yo habría seguido enviando francos a España para la familia. Pero es posible que Michelle no hubiera aguantado, y me hubiese puesto los cuernos con otro. Yo no habría aceptado. Por eso la dejé cuando llegó Carmela. Además, estaba mi hijo. Felipe cogía del aparador el último número de *Mundo Obrero*, lo arrugaba y lo agitaba en el aire, delante de la estampa enmarcada de la Virgen de Linarejos . Con las mujeres hay que tener cuidado, chaval. Son muy pécoras. ¿A ti cómo te va con las francesas? Ten cuidado, eh, chaval, con la trampa de las mujeres. No se puede vivir sin ellas, *et néanmoins...* Mira, no te cases nunca, ¿vale? Ahora la cara de Felipe se transformaba en la de un párroco en retreta . Yo en Dios no creo, es una invención de los curas. En la Virgen de Linarejos, sí. A veces, *même* la rezo.

De golpe, Bombardier se quedó colgando en el aire, seguido de un violento zarandeo. Aterrorizado, se agarró a algo: uno de los brazos del asiento del avión. El piloto dijo algo de una turbulencia ártica, que sobrevolaban Terranova y que en algo más de dos horas aterrizarían en el aeropuerto Dorval de Montreal.

Diez minutos de turbulencias árticas dedicó Bombardier a un recuento de su reciente y efímera experiencia con las mujeres. Solo había llegado a convivir menos de dos semanas con Pilar Peláez. Razones del fracaso: bisoñez de la pareja, neurastenia de él, neurosis de ella. Su brevísima relación con las otras tres fue un programa urgente de capacitación erótica. Las chicas se le ofrecieron con generosidad espontánea, alimentada por la agitación política en España, detonante de la concupiscencia entre las estudiantes francesas.

Sus veinticuatro años de vida solo ocupaban seis líneas de experiencia erótica.

Comparada con... Pero era mejor no comparar, decidió en uno de los zarandeos del aeroplano.

En una de las discusiones con Pilar (empezó en español, pero siguió pronto en francés, porque los argumentos de la chica naufragaban en su escaso vocabulario) salió a relucir un tal Lacan. Bombardier tardó en darse cuenta de que no se trataba de una de las primeras conquistas de Pilar, sino de un *maître* psicólogo, algo así como el Freud francés. De Freud solo sabía el español que era un tipo peligroso que ponía en cuestión a la familia. Et *néanmoins* Bombardier no tenía una buena opinión de la familia, al menos de la suya, y con una bastaba. Más que un matrimonio, el de su padre y su madre parecía un combate de boxeo de infinitos *rounds*. La neurastenia de Bombardier tenía que ver con el escenario de su infancia y su formación juvenil, eso estaba claro. Pero de ahí a, en fin, todas las barbaridades del psicoanálisis... ¿Y qué tenía él contra el psicoanálisis, si no lo conocía? A este reproche

siguió un ametrallamiento terapéutico que le tuvo acobardado, hasta que decidió que si su vida con Pilar le obligaba a pelearse de continuo con ella, no había ninguna diferencia con la de papá y mamá. Sacó el tema, y Pilar se calmó, le abrazó y se puso a llorar sobre su hombro, porque ella también tenía una historia “traumática” (palabra que entró en el vocabulario corriente de Bombardier en ese momento). ¿Era esto el matrimonio?

Remitieron las turbulencias, y de nuevo se durmió el peregrino.

Esta vez soñó que llevaba muchos años en América, que de Quebec se trasladaba a Florida, de Florida a California, de California a Vancouver, y de nuevo a Quebec, donde aterrizaba con indumentaria de hippy de lujo. Y en todos estos lugares se casaba, salía huyendo, y al llegar al nuevo destino se volvía a casar sin haberse divorciado. “Tetratrígamo”. El tío Felipe le esperaba en la Plaza de Armas de

Montreal, a un lado de la basílica de Nuestra Señora, frente al Banco de Montreal. Era un escenario fijado en la memoria de Bombardier *en étudiant* planos y fotografías de la ciudad. Felipe le decía: “Mira que te lo advertí, chaval”, y se cachondeaba de él, “Igualico, igualico que el tontaina de su *agüelico*”. Pero Felipe estaba hablando en clave paterna. Felipe no era así. Era un tío serio y respetuoso, el padre que a Bombardier le había gustado tener, ¿por qué le ponía en ridículo, por qué? Por el maldito Lacan, por el maldito Lacan.

El comandante Lacan le pidió que se abrochara el cinturón de seguridad, porque en diez minutos aterrizarían en el aeropuerto Dorval de Montreal.

Bombardier se frotó los ojos y se asomó al trozo de ventanilla que dejaba libre la cabeza del pasajero sentado junto a él. Ni una nube sobre Montreal. Barrios y barrios de casitas bajas en tranquilizador orden geométrico. Varios ríos,

uno de ellos muy ancho, el San Lorenzo, sin duda. Bosques, prados, parques. Y a medida que se acercaban al suelo, automóviles rodando como insectos por las carreteras. Pedazo de automóviles.

¡Estamos en América! exclamó en español

El viajero de la ventanilla le miró con una sonrisa. Era francés, pero le había entendido.

El control de pasaportes fue escenario de un retrato en blanco y negro de Quebec ofrecido en exclusiva al recién llegado. Bombardier se había afeitado la barba y el bigote dos días antes de coger el avión. Fue un acto improvisado, que revelaba la determinación del joven de empezar otra vida en América. Pero en la fotografía del pasaporte lucía su descuidada pelambreira facial. El agente que tomó el cuadernito verde se dedicó a escudriñar su rostro, comparándolo con el de la fotografía. Insatisfecho o inseguro, se volvió hacia otro

agente que vigilaba la entrada al país, le enseñó el pasaporte y señaló con la vista al intranquilo viajero. El oficial de fronteras se embutió en la garita junto a su compañero. Por fin, el primero habló en inglés. Bombardier no entendió la pregunta que le hacía, porque era absurda, si el de la foto era él. Puso cara de perplejidad. Entonces el segundo agente le preguntó en francés si vivía en España, qué iba a hacer en Montreal y formalidades semejantes. Las respuestas debieron de ser satisfactorias. El agente francófono le devolvió el pasaporte, y le dio la bienvenida a Quebec. Hablar francés en Quebec era muy conveniente.

Lo primero que hizo en el mismo aeropuerto Montreal-Dorval fue escribir dos postales. Una para Felipe y Carmela, participándoles su feliz arribada. Y otra para sus padres, desprevenidos del viaje al Nuevo Continente, y no avisados del rumbo que la carrera de su retoño había ido tomando en la dulce Francia.

Papeles y kilobites

A lo largo de los años en Canadá, el emigrante franco-belga-español redactó multitud de cartas narrando sus peripecias americanas. Las primeras eran manuscritas, luego empezó a utilizar una máquina eléctrica, y a partir de 1983 un ordenador o mamotreto personal, un PC-IBM, que enviaba a una impresora los textos y también guardaba en unos discos flexibles o *floppy discs* de tres pulgadas y media y 264 *kilobites* de memoria. Las misivas manuscritas también las conservó, es decir, una fotocopia de ellas. Lo hizo con toda consciencia, para poder revisar, en su imprevisible senectud, el curso de su existencia. Bombardier era un tipo metódico. Cada vez que sustituía su obsoleto ordenador por otro *computer* más potente y efectivo, volcaba a la nueva memoria los documentos autobiográficos. Gracias a ese cuidado, hoy podemos seguir el

rastró de sus días en la antigua colonia francesa, luego británica, y en la actualidad provincia irredenta de la Monarquía Parlamentaria Federal de Canadá.

Las misivas de Bombardier

En mayo de 1975 Bombardier anticipaba a su hermano Carlos que estaba planeando un viaje de ida y vuelta a España, es decir, que NO se quedaría en su patria de nacimiento. Hasta entonces había mantenido una correspondencia concisa y protocolaria con su familia. La defensa de su independencia económica llegó a ser numantina, rechazando las ofertas maternas y paternas de estipendio. Una vez gastados los magros ahorros de sus trabajitos en Lille, tuvo que emplearse en otros de parecida naturaleza, impropios de un titulado medio. Un año después de su desembarco en América, Bombardier se había tragado toneladas de amor propio, pero empezaba a sentirse seguro.

Su hermano y joven comunista tardó en contestarle, y el plan se aplazó. Cuando recibió la postergada carta, Carlos le aconsejaba que se quedara en Quebec. En España el régimen franquista se había embarcado en un desquite sangriento de los atentados que se habían sucedido en los últimos meses. Detenían a un montón de gente (entre otros, al propio Carlos, que pasó un mes en la prisión de Carabanchel, atrapado por los *grises* en una protesta obrera en cierta iglesia de Vallecas, y salió con bien gracias a los contactos de doña Felicia en la Dirección General de Seguridad), estaban juzgando a militantes de ETA y del FRAP (*¿qué demonios era el FRAP?*), y todo tenía visos de ir a acabar en fusilamientos, el tío Paco chocheaba, el búnker se había atrincherado... Bueno, ¿y qué tal le había ido a él por América? Por cierto, Carlos iba a casarse en noviembre, pero nada de ceremonias ni convite. Su novia era Lluïsa, así con elle y diéresis sobre la “i”, una catalana que había conocido en unas vacaciones en Almería.

No merecía la pena que el hermano mayor se dejara caer por allí. Puro trámite.

Montreal, agosto de 1975

Querido Carlos:

Supongo que debo felicitarte por tu boda, ¿no? ¿Quién es esa catalana? ¿Una estudiante? ¿Una obrera? ¿Una chica del PCE?

Voy a resumirte mi primer año en el Nuevo Mundo, aunque Montreal tiene la mitad de Nuevo Mundo y la mitad de la Vieja y Dulce Francia.

Acabo de terminar mi segundo taller de fotografía en la Université de Montreal. Con esto y con los papeles que me habéis enviado podré matricularme el curso que viene en el “Baccalauréat”, que no es el Bachillerato, sino un primer ciclo universitario. Voy a hacer Bellas Artes. Mi título de peritaje industrial me vale solo para acceder aquí a la Université. Con él me limpio el culo. Bueno, no. Perdón. Exageración española. Aquí la gente acostumbra a ser menos folklórica, la emigración les ha hecho prácticos. A mí también.

Mi primer ejercicio de pragmatismo ha sido reconocer que el idioma es algo camaleónico. Me refiero al francés. El que aquí se habla agredió a mis oídos, a pesar de que en Francia había llegado a dominarlo, entre otras cosas gracias a los cuidados de nuestra afrancesada mamá a lo largo de mi bachillerato de verdad. Si ella me escuchara ahora hablar francés, me llenaría de reproches parecidos a los que me envía por correo en cada una de sus cartas.

Después de varios meses dando testimonio de cultura, decidí aceptar que si seguía insistiendo en pronunciar el francés como en las escuelas de Francia, me tomarían por un pedante. Me desesperaba escuchando a la gente hablar, me sonaba a un bordoneo de abejas. Entendía menos de las tres cuartas partes, porque hay expresiones que intercalan en inglés, y otras francesas que significan diferente que en Europa. Aquí “Bonjour” a veces quiere decir adiós. “Bon soir” suena “bonsuer”. Al dólar le llaman “piasse”, piastra. Y “Bein” quiere decir Bien. Es el “joul”, el dialecto quebequés.

“Joual” viene de “cheval”, caballo. Cómo y por qué, no me lo preguntes. Hasta que empecé a admitir lo camaleónico que puede ser un idioma, pensaba que si cedía a hablar “joual” me tomarían por un iletrado. Como si en España dijera “me s'ha caído el arradio al suelo” en una conversación con desconocidos. Pero no es igual, no lo es.

Me gano la vida más o menos en trabajos temporales, cafeterías, restaurantes, repartidor de paquetes... No se lo digas a los papás. Bueno, díselo si quieres. Ahora estoy esperando empezar a trabajar con un fotógrafo de monumentos y paisajes, a quien he conocido gracias a un colega de Lille.

Vivo en el municipio de Verdun, que en realidad es un barrio de Montreal, con otros estudiantes. Está a tomar por saco de la Uni, pero es más barato que un apartamento en el centro.

Cuando llegué pasé unas semanas duras de las que me abstuve de hablar para no crearos preocupaciones. Me moví como una peonza por la ciudad. Visité a gente cuyas direcciones me habían

dado los “copains” de Lila.

Mi último cartucho lo gasté el día que tenía que abandonar el albergue. A veces pensaba que me tendría que volver, no a España, desde luego, a Francia, a casa del tío Felipe, con el rabo entre las piernas. Me entraban unas pájaras...

Entonces di con Hubert Arnaud. Hubert es un carpintero concienzudo y filósofo autodidacta. Vive en la calle de la Juventud, en realidad Rue Lajeunesse, en el barrio de Jarri, que tiene línea de Metro al centro. Para que te hagas una idea de lo estratégico del sitio, la Rue Lajeunesse es paralela a la de Saint Denis, una de las más populares de Montreal, porque llega al mismo centro, cruzando barrios de curritos. Hubert me metió en su apartamento de dos plantas enanas donde vive con su familia, su mujer y una hija pequeña. Cuando me presenté en su casa no podía acordarme de quién me había dado su dirección, ni siquiera si era un conocido de Lila o de París. Y así se lo expliqué, preparado para que me diera con la puerta en las narices. Hubert tiene diez años más que yo. Se ha

convertido en mi mentor. Le debo mucho.

Esta historia puede parecer un golpe de suerte. Lo es. Pero es que los emigrantes van del porrazo al abrazo. Todos. Yo creía que mi caso era excepcional, que había dado con un chollo por casualidad. Pero, no. El primer año del emigrante es un peregrinaje en busca de la estabilidad. Reconozco que tuve suerte bien pronto.

Descripción de Montreal.

Para empezar, Montreal es una isla. Está limitada al Este por el caudaloso río San Lorenzo, y al Oeste por el río de los Prados, más estrecho, en realidad un brazo del primero. Dentro de esa isla hay varios municipios, el de la capital y, por ejemplo, el mío, Verdun, pero están todos juntos, y sin darte cuenta pasas de uno a otro como si fueran barrios.

Es una ciudad americana, colonial. Se extiende a lo largo y a lo ancho del río San Lorenzo, que no es el único, pero sí el más grande y llega hasta la capital, Quebec, trescientos kilómetros al

norte.

La primavera-verano (aquí se dice que el verano de verdad dura siete días) hace de Montreal un jardín, un Paraíso del que te echan de golpe en octubre. Sin moverte del sitio pasas del trópico (la humedad del verano es insoportable) al congelador. Durante muchos meses disfrutas de un cielo plano y duro, como un techo de granito por el día, y púrpura al atardecer.

Algunos rincones de la ciudad vieja son evocaciones de la Francia del siglo XVII. Vale, no he vivido en el siglo XVII, pero hay ilustraciones. Se ve que la planificaron, pero no tardó en expandirse a su aire. El resto de la ciudad son calles a tiralíneas cruzadas por otras de igual trazado. Lo que hace más americana a Montreal a mis ojos de españolito acomplexado son sus coches. Hay cantidad de “haigas” norteamericanos. Los autobuses urbanos también son modelos yanquis.

Al principio, a veces me recordaba más a algunas partes de Londres que a París. Calles

estrechas con edificios monumentales de piedra que fue blanca y lo sigue siendo en donde han hecho limpieza de fachadas. La mayoría de las casas son bajas, de tres pisos máximo, aunque los rascacielos empiezan a surgir como hongos en los solares céntricos. Por lo visto, la expansión hacia arriba empezó con la Exposición Universal del 67. Ahora, con los Juegos Olímpicos del año que viene, la ciudad parece una cantera, un “chantier”, perdón por el galicismo. Que se note que me voy afrancesando.

La población se expande por los suburbios, inacabables barrios de hotelitos familiares o de casitas pegadas unas a otras.

Aquí las cosas van muy rápido, al contrario que en España, donde hay atentados y huelgas, pero nunca pasa nada. Desde que De Gaulle gritó eso de “Vive le Quebec Libre!”, me dicen que ha cuajado la conciencia quebequesa. Hubo un periodo de violencia en los años sesenta, que las autoridades suprimieron de cuajo, con el ejército en las calles. Me refiero al Front de Libération Québécois. Pero aquí

no fusilaron a nadie. El carpintero Hubert, que nunca ha sido independentista, pero sí muy francófilo, asegura que el FLQ estuvo financiado por París, y que los activistas que pudieron huyeron y están refugiados en Francia. Esto me recuerda a lo que dicen de la ETA.

En Montreal se mezcla lo anglosajón con lo francés, aunque lo francés domina siempre que le dejan. El ochenta por ciento de los montrealenses son francófonos. Y el resultado es un caos estupendo, en el que caben los inmigrantes de otras procedencias. Hay un Quartier Latin, una Petite Italie, un Petit Maghreb... Los españoles somos pocos, no hacemos número para formar un barrio, aunque tenemos buena prensa.

Termino con una explicación. Por qué me he mudado al municipio de Verdun, que está en la otra punta de Montreal. Primero, porque he encontrado un lugar más cómodo, donde tengo incluso un laboratorio fotográfico en el sótano. Luego, porque convivo con un par de estudiantes anglófonos, y esto me ayuda con el inglés. Y tercero, y sobre todo, por

no meterme en un lío y crearle un problema al carpintero Hubert. Me refiero a su mujer, Loretta, una irlandesa rubia y menudita como un bombón envuelto en celofán dorado. No te digo más, porque solo pensar en ella me trastorna. Te pareceré un cretino, pero bien sabes que no soy como tú. Nunca he sabido ligar, y cuando lo he hecho ha sido de carambola y equivocándome. Con Loretta he pisado el freno a tiempo. No se me dan bien las mujeres. El tío Felipe me advirtió en un sueño que tuviera cuidado. Le estoy haciendo caso.

Acabo. Algo ventajoso para mí tiene el aplazamiento del viaje a España, además del ahorro. Al permanecer en Canadá, me acerco al límite prescrito para adquirir la ciudadanía canadiense. Acabo de obtener la carta de residencia, y con dos o tres años más me haré ciudadano de este país. Es una idea que me conmueve. Ser internacionalista de verdad.

Un abrazo de tu hermano

Cuando Bombardier se enteró de la muerte de Franco en noviembre, telefoneó a su casa. Era la segunda vez que lo hacía desde Montreal. Sus padres le aseguraron que las calles estaban tranquilas, pero que su hermano se había marchado con la novia a Portugal a dejar pasar unos días. “¿Necesitas algo? ¿Cuándo vendrás? ¿Te vas a quedar ahí mucho tiempo? Aquí está haciendo un tiempo de perros, un frío que no es normal. A tu padre le han hecho jefe de ventas, pero no está contento, mucha responsabilidad, ya sabes cómo es, no vale para algunas cosas... Pero, ¿por qué te fuiste? (Sollozo contenido.) ¿Qué te da Canadá que España no tenga?”

Bombardier decidió que no volvería a llamar a su casa si no era por alguna fuerza mayor, poderosa e indeseable. Las palabras de su madre eran puñaladas traperas.

Las cartas que él le dirigía estaban llenas de buenas noticias sobre su suerte, casi siempre

reales, y comentarios humorísticos sobre el *joual* o dialecto quebequés. Era la manera que tenía de conversar con ella de un tema común, pero neutro. Le contaba que compraba los comestibles en un *dépanneur*, que en el francés de doña Felicia era un mecánico de coches, que para el invierno se había comprado en la tienda del Ejército de Salvación un *capot d'puele* o *capot de poil* (“aquí llaman capote, casi en español, lo que en Francia es un *manteau*”) y un *tuque* también de piel, o gorro térmico. El otro tema comodín de las cartas de Bombardier a su madre era el clima, el invierno canadiense, del que los locales se quejaban de un modo rutinario, haciéndole frente con competencia y buen humor, y del que huían los más acomodados, que en lugar de ir a esquiar a la Columbia Británica se marchaban a los cayos de Florida.

1976. *Les instruits de Montréal*

El amigo a quien Bombardier envió una sucesión de cartas desde Quebec fue Pepín Barrado, aquel perito de la Standard Eléctrica de Madrid que conoció en Londres en 1969, y con quien intimó tras la vuelta a casa.

Montreal, agosto de 1976

Querido Pepín:

Te felicito por tu ascenso en tu trabajo, y por tu mudanza a esa urbanización de Getafe, que tan cerca te pilla de la “usina” de Standard en Villaverde. Te agradezco las fotos que me has enviado. Cuando me instale en una casa propia, la retrataré y te las enviaré. Me gana la vida con la fotografía. Aunque ahora estoy de vacaciones.

He pasado tres meses de infarto, currando como un cabroncete en las Olimpiadas de Montreal. Digo cabroncete y no cabrón porque en América (al menos en Canadá) el trabajo es algo serio y considerado. Te pagan lo que acuerdan contigo y por lo general no te dan disgustos.

En las Olimpiadas he trabajado por mi cuenta

como “freelancer”, ahí, autónomo. Y ahora, cuando me reponga de la paliza, volveré con Germain Lachance, el fotógrafo de paisajes y monumentos del que te hablé, un tío majo, un profesional de tres pares de narices con quien estoy aprendiendo un güevo.

Gracias a él me estoy relacionando con un personal alucinante. Es la “moelle”, el tuétano del movimiento “underground” Quebecois. Conocía yo esta movida solo de los libros que cogí en París de la expo sobre Quebec. La realidad supera a lo que cuentan de esta provincia canadiense rebelde. Como los “intello” franceses, los francocanadienses son una especie protegida, pero aquí mucho más. Los “intello” son algo así como los progres con carrera. Aquí les llaman “les instruits”, los instruidos. Sus creaciones plásticas y literarias y sus ensayos son cualquier cosa menos populares, pero la gente les aprecia y les aplaude, y ellos se sienten unos Che Guevara urbanos, unos libertadores de la cultura. Para entender esto tienes que conocer el resentimiento de los francófonos canadienses frente

a los anglófonos. Durante siglos han vivido en un fortín cultural. Pero después de la “Crise d'Octobre” (en otra ocasión te contaré qué fue la “Crise d'Octobre de 1970”, ahora mismo no puedo, sencillamente porque no la entiendo, mi adaptación no da más de sí), después de la crisis esa han decidido hacerse notar. Periodistas, artistas, sindicalistas y políticos de izquierdas han hecho piña, y se dedican a hacer proclamas. Digan lo que digan y hagan lo que hagan, lo suyos lo celebran .

Son retóricos muy bien formados en su “combat” contra la supremacía inglesa. A veces tengo la impresión de que se engañan a ellos mismos, entre otras cosas porque es más funcional ser revolucionario “engagé” cuando se es funcionario, y bastantes de ellos, lo son. Eso sí, me tratan muy bien. Los españoles jóvenes y con carrera (“instruits”) somos otra especie protegida en el mundo próspero y democrático, a cuenta del difunto Generalísimo, que en paz descanse para descanso de todos. Con ellos me siento como el agente Lemmy Caution de la película “Alphaville”. Después de matar al caudillo

von Braun huye en línea recta por un laberinto griego, donde se pierden incluso las mentes más privilegiadas.

Como te dije, me estoy labrando un jardincito donde no tardaré en sembrar todavía no sé qué árboles, de los que obtendré sabroso fruto a no mucho tardar. Esta es mi estrategia presente.

Confieso que estoy imitando tu forma de ver la vida, tu sentido práctico, tu suspicacia. He aprendido mucho de ti, desde aquel día en Londres en que la ETA me sacó como un idiota la dirección de mi casa de Madrid.

Pues bien, estos “instruits” de los que Germain Lachance, el fotógrafo que me emplea, forma parte, se dedican a la creación plástica. Me invitan a sus talleres, y me incitan a crear con ellos. A crear y a creer. Yo doy rienda suelta a la imaginación y a la falta de vergüenza, y hago cosas. Y les gustan. A primera vista parecen verdaderas birrias, pero no deben de serlo, a juzgar por cómo las reciben. Insisto en que la clave es la falta de vergüenza. Pero hay

una precisión. Vergüenza en francés es “honte”, y de eso no se trata. Se trata de “ne pas être gené”, “ne pas être embarrassé”. Yo al principio decía que me daba vergüenza soltar la imaginación, y ellos me corregían. Así que ya sabes, si quieres triunfar en la vida, no le tengas miedo a la vergüenza, no la confundas con la timidez, con que algo te dé corte. Tira palante. ¿Verdad que no parezco yo? Es lo que hace América, te cambia, y si no cambias, te fundes con el paisaje y te conviertes en un pino o en un arce rodeado de millones de pinos o de arces en los interminables bosques canadienses.

No creas que todo esto es fingido. Hay fe, sobre todo, fe, te lo acabo de decir. Germain, por su edad, tiene una perspectiva real, no basada en la creencia. Dice que los programas municipales y provinciales de los que nos beneficiamos tratan de integrar en el sistema socioeconómico una juventud contracultural, independentista, marxista y en paro. Estoy resumiendo pensamientos que desgrana conmigo, porque me tiene como a una especie de hijo. Y yo a él como a un padre. Se esfuerza en

revelarme la verdad oculta tras la palabrería, la retórica, y me anima a crear, pero sin tomarme en serio los discursos hechos para justificar las subvenciones que reciben. Me dice que no me fíe de las palabras ni de las promesas, que busque un punto sólido en el que apoyarme. Y el punto más sólido es una formación profesional impecable, escrupulosa.

El otro padre que tengo en Montreal es Hubert Arnaud, el carpintero que me acogió en su casa al llegar yo hace dos años. Bueno, más que padre es un hermano. Como te conté, es un filósofo autodidacta. Es un hombre alto y con una cabeza que no pasa inadvertida: grande, con una nariz desproporcionada, boca de labios prominentes, ojos no muy grandes y un poco tristes, y una melena densa y negra que cubre la bóveda del cráneo, pero descubre la frente. Se gana la vida haciendo muebles por encargo, y no da a basto. La mayoría de los encargos son de familias pudientes, casi todas francófonas y quebequesas. Constituyen la otra cara de la moneda de los “instruits” amigos de Germain.

Entre medias se encuentra al pueblo llano, yo, por ejemplo.

Hubert entiende el mundo desde un punto de vista moral, generoso, con esa solidaridad que no se basa en ninguna doctrina. Forma parte de ese tipo de hombres que llevan la etiqueta de “bueno” en su despejada frente. Está casado y tiene una hija pequeña y esperan a otro chico o chica. Su casa es una especie de refugio en el mar de la competencia y la ambición.

Los “instruits” proclaman sus convicciones anticapitalistas, entregan su trabajo a los vecinos de los barrios populares, y gestionan proyectos de participación ciudadana como “Vive la Rue Saint-Denis”, que se desarrolla en la calle de ese nombre, resistente a la especulación. Proclaman “la democracia cultural, la recuperación de las expresiones culturales populares, comunitarias, despreciadas y desconocidas, según una visión antropológica”. Es lo que dicen esos gestores de la participación ciudadana, náufragos en el océano de la competencia, pero con una ambición no tan

secreta de convertirse en figuras cotizadas.

En definitiva, tanto Hubert como los “instruits” trabajan para los mismos clientes. La diferencia es que los últimos no lo reconocen o lo admiten con vergüenza, mientras que Hubert no siente ni culpa ni remordimiento, y no necesita sesiones de sofá en la consulta de un psicoanalista. Aquí la gente recurre al psicoanalista como si fuera un fontanero, para desatascarse la mierda. Esto es América.

De todas estas cosas me voy dando cuenta poco a poco. ¡Lo que uno aprende en el extranjero! No sé qué sería de mi conciencia y de mi situación profesional en España. Por lo que tú, mi hermano y los periódicos de aquí cuentan, la dictadura se va deshaciendo. O sea que la gente activa y ambiciosa se tiene que meter en el laberinto de la política para prosperar. El problema es que en ese laberinto español no se tiene la perspectiva que yo, como extranjero, tengo en Canadá. Me permito ser protagonista y público a la vez. Escucho a unos y a otros, charlo con todo el mundo (lo mío me ha

costado, el francés quebequés o “joul” es endiablado), y extraigo conclusiones que me sorprenden a mí mismo, que siempre he sido un tarugo en letras.

Pero yo he mencionado a Hubert como excusa para hablar de su mujer, Loretta, hija de irlandeses católicos, rubia y menudita, como un bombón envuelto en celofán. Loretta Arnaud, de soltera Kelly.

Pepín, yo estoy enamorado de ella. Te lo confieso a ti como se lo confesé a Germain. Qué rabia me da que nos separen miles de kilómetros y un océano. Qué desesperación. Necesito más que nunca hablar con un amigo. No, Germain no es un amigo, es un padre. Esto es lo que me dijo después de pensárselo un rato, llenar una pipa de tabaco picado aromático, encenderla, servirse una copa de cognac, y mirarme a la cara: “¿Qué es el amor, Lino? ¿Acaso pueden llegar a quererse dos seres humanos? El deseo, sí. Y la compañía. Pero, ¿el amor?” Esto, dicho en francés, suena a sentencia filosófica, a palabras pronunciadas por René

Descartes. El caso es que Germain también tiene mujer e hijos, y al parecer alguna amante, según la tradición francesa testimoniada por mi tío Felipe. Estoy seguro de su afirmación no es una ocurrencia, sino una convicción. Pero a mí no me sirve de nada. Por eso necesito que me digas lo que te parece a ti este enamoramiento mío.

No. No me he acostado con Loretta. Primero porque me sentiría un cerdo, un traidor a la generosidad de Hubert. Segundo porque, ¿dónde y cómo iba a hacerlo? Es una madre muy ocupada con sus hija Marie, de tres años, y en estado de buena esperanza de otro retoño. Para acostarme con ella, tendría que actuar como un vulgar follador. Y eso ni lo soy ni lo quiero ser. Estoy enamorado de Loretta. Quiero hacer el amor con ella, no follar.

Follar puedo hacerlo sin demasiados quebraderos de cabeza. ¿Te acuerdas de nuestras cuitas en Londres? En siete años las costumbres han cambiado como un calcetín al que se da la vuelta. Entonces, follar era difícil incluso en Inglaterra.

Aquí, donde el catolicismo ejerce una influencia poderosa, la gente tiene un comportamiento con la libido más bien protestante, a lo anglosajón. No lo entiendo muy bien. En Francia los cuernos se ponen y se llevan con alegría y dignidad. Aquí, con cautela. A veces he estado convencido de que para follar tienes que “tener relaciones”. Otras veces, constato que ligar, “cruiser”, es más fácil que en Francia. Las quebequesas tienen una fama erótica que no siempre la realidad confirma. Lo mejor es echarse novia. Yo he tenido varias. Una quebequesa portuguesa, una quebequesa belga, una quebequesa libanesa, una canadiense de Ontario. Cosas así. Te aseguro que no lo hago solo por follar. Intento “tener una relación”. Pero dura poco.

Las mujeres quebequesas, en especial las más jóvenes, tienen un gran amor propio. Me dicen que se debe a su papel en la transmisión del “hecho diferencial” francés. La madre es la que da de mamar leche, lengua y orgullo. Los hombres debían plegarse al dominio inglés para encontrar y

mantener trabajo, estaban acostumbrados a tragar. Pero el dominio de las mujeres era la casa, la familia. Otra característica de muchas mujeres canadienses en general es el color de su piel, es decir, su piel incolora. Son blancas, lechosas, pálidas, como si se hubieran quedado sin sangre. Tan solo con la libanesa me sentía algo en casa, cosa paradójica, porque todavía no me he acostado con una española, ni morena ni rubia ni nada.

Al principio hay que practicar el juego de la seducción, como en todas partes. Es algo que me agota. Poco después, uno de los dos cree descubrir desapego, aburrimiento e incluso hipocresía. Las chispas no tardan en saltar, con frecuencia por una diferencia en el gusto, una comida, el sabor de un helado, la elección de una película, una falta de puntualidad, un olvido. La frase salta como un resorte: “Es que no me amas”. Yo, hasta ahora, creía que esas cosas no se dicen en la vida real, solo en los melodramas.

Así que yo estoy enamorado de Loretta, la mujer de mi mejor amigo quebequés, madre de una

niña, y embarazada.

Espero tu pronta carta. Y espero que me saque de esta inquietud que me corroe.

Un abrazo y besos para tu mujer y para los niños.

La Révolution Tranquille

Doña Felicia Bombardier intentó seducir a su hijo para que regresara a España. Constatado su fracaso, ejerció el chantaje. Luego, se limitó a firmar, con unos besos manuscritos, las cartas que le enviaba su marido. Bombardier construyó en su imaginación culpable la conjetura de que doña Felicia le había dado por perdido, como a don Manuel.

El progenitor evitaba en su correspondencia los asuntos familiares, y actuaba de cronista de la Villa y Corte y, en ocasiones, de redactor de obituarios, dando detalles sobre el asesinato de guardias civiles y

empresarios en las Provincias Vascongadas.

Estas relaciones fúnebres eran ajenas a las costumbres y al carácter del ingeniero agrónomo. Bombardier dedujo que a su padre le estaba afectando la sangría despiadada del terrorismo etarra, debido a razones familiares. El abuelo de Bombardier se retiró del cuerpo armado con el grado y sueldo de teniente coronel, en circunstancias rodeadas de misterio y confusión. Eso fue al poco de nacer Bombardier, que en su juventud se interesó, pero no encontró referencias, y nunca las obtuvo de nadie. Era casi un tabú sobre el que jamás se hablaba en casa, salvo rarísimas y oscuras menciones de doña Felicia.

Carlos, el hermano menor, le daba cuenta de acontecimientos de un periodo que empezó a llamarse “Transición” con mayúsculas, y que en los *media* canadienses pasaban inadvertidos. Secuestro de un financiero y un general por un grupo hasta entonces desconocido, el GRAPO.

Referéndum para la reforma política en diciembre de 1976. Disturbios estudiantiles con víctimas mortales y asesinato de varios abogados de Comisiones Obreras en Madrid, en enero de 1977. Estado de Excepción. Amnistía de presos políticos y legalización de los sindicatos, en marzo. Legalización del Partido Comunista, en abril. Primeras elecciones generales con partidos políticos desde 1936, en junio. Amanecer de las llamadas *Autonomías*, en otoño.

En justa correspondencia, Bombardier retribuyó el esfuerzo de cronista político de su hermano, atareado en la laboriosa reconstrucción de un PCE que no las tenía todas consigo fuera de la clandestinidad. Así empezó a redactar sus anales de la política quebequesa, efervescente en aquella década y en la anterior.

Montreal, Agosto de 1977

Querido hermano:

Acaba de aprobarse que el único idioma oficial de Quebec es el francés. Golpe en la mandíbula a los británicos. Son ciento un golpes, porque la “Charte de la langue française” es la que hace 101, no sé si en la historia de esta provincia o del año en curso, y así la llaman “Loi 101”. La gente está encantada. El tema universal es la separación de Quebec del Canadá. Algunos dicen que está al alcance de la mano. El primer ministro federal, un quebequés de Montreal, Pierre Elliot Trudeau, ha puesto en marcha una comisión para mantener la unidad del país. En noviembre pasado René Lévesque, del Parti Quebecois, ganó las elecciones del gobierno de Quebec, y l'Assemblée National de la provincia se ha puesto a legislar sin pedir permiso a Ottawa, la capital del país. Es un camino contra el predominio inglés, que empezó a recorrerse hace veinte años. Existe una separación (o segregación, que según el diccionario de la RAE afecta a las personas “por motivos sociales, políticos o culturales”) hasta en la muerte. El viejo cementerio de Mont Royal de esta ciudad está partido en dos

por una verja de hierro forjado, a un lado los difuntos ingleses, al otro, los difuntos franceses.

En los años 60 tuvo lugar aquí una cosa que llaman la “Révolution Tranquille”. No fue tan tranquila, porque un grupo terrorista separatista, “le Front de Libération Québécois”, secuestró a un ministro y lo mató por estrangulamiento. Se lió la de Dios es Cristo. Fue la “Crise d'Octobre” de 1970. Por lo que me han contado mis amigos de todas las tendencias, aquí hubo un estado de excepción, con detenciones nocturnas a mansalva, y el ejército ocupando las calles de Quebec y de Montreal durante semanas. Que yo sepa, en los estados de excepción de Franco el ejército se mantuvo en los cuarteles, quizá me equivoque. Nadie se lo esperaba en un país democrático. Cuando me enteré, me hice un lío entre dictadura y democracia. Creo que ellos, los canadienses de todas las lenguas, también. La mayoría, eso sí, sostuvo en silencio al gobierno. ¿Eran demócratas o fachosos?

La cosa venía de antiguo, y la causa era la mala leche de los “instruits” francófonos contra la

élite anglófona. Los estudiantes quebequeses se anticiparon a la Revolución de Mayo del 68 de París. En 1967, un año antes, ocuparon escuelas e institutos y les prendieron fuego. Al final se produjo una confluencia entre estudiantes, intelectuales (sobre todo de la enseñanza), artistas, periodistas y sindicatos. ¿Y los currelas, te preguntarás? Parece que los obreros no distinguían entre sus jefes ingleses y sus jefes franceses. Me cuentan que la Iglesia amparaba la fe del pueblo católico quebequés con varias generaciones de antigüedad, y también de los inmigrantes franceses o valones belgas y de los inmigrantes irlandeses. Pero la “Révolution Tranquille” dejó a los curas en evidencia, y la Iglesia fue desbordada por los revoltosos. Hasta ese momento, la Iglesia había resistido la asimilación de los francófonos a los ingleses protestantes, pero colaboraba en el mantenimiento del orden, o sea con el dominio británico. El tinglado estuvo a punto de venirse abajo en octubre de 1970, aunque al final no pasó nada, menuda sorpresa para los más cabreados. Hubo muchos que temieron una

revolución en plan soviético, y otros que la promovieron sin fortuna.

No fue una humorada, pero se quedó con el nombre de “revolución tranquila” porque la historia es así de bromista. Este resumen no es de mi cosecha, sabes que soy un asno en política, lo debo a mi jefe, el fotógrafo Germain Lachance, que tiene algo de “voltairien”, según él. Añade que en América no puede triunfar ninguna revolución. Se refiere a América del Norte, excluido México, la única América que ellos conciben. También dice que está a punto de comenzar el declive del impero americano. A mí me suena a fanfarronada de “instruit”.

No es que dé por completo la razón a los quebequeses, pero entiendo su mosqueo. Una vez fui víctima del menosprecio de los ingleses. Fue en 1969, cuando fregaba platos en Londres. Me había perdido en el centro de la ciudad, y buscaba la avenida Shaftesbury. Es un nombre impronunciable. Pasé por delante de un pub, abrí la puerta y al primer parroquiano que encontré le hice la pregunta “Where is Shaftesbury Avenue, please?”

El tío me miró con algo de chunga, y me hizo repetir la pregunta dos veces en voz alta. La parroquia se tronchó de risa. Eso, sí, respondieron a mi necesidad y me indicaron cómo llegar, pero en un lenguaje incomprensible de cockney. Desde entonces tengo un odio sordo a la “working class” inglesa, es la gente más zafia que conozco. Los propios laboristas británicos, después de ejercer el poder en nombre de los proletarios durante años, tuvieron que admitir su fracaso, porque el ser humano no mejora con el mero bienestar material, la seguridad y una cierta felicidad. Estos currelas ingleses fueron los artífices del British Empire, los embarcaban en las costas inglesas y los soltaban en la India, en Australia, en Canadá, para imponer el dominio colonial. Afortunadamente, los que dirigían esas operaciones eran personas instruidas, en cuyas manos estaba el gobierno, pero la policía la ejercían los matones ignorantes. Supongo que lo del declive del Impero Americano irá por ahí. Los anglosajones a veces se comportan como una verdadera plaga.

La verdad es que esta parte septentrional del

continente es una maravilla. Gracias a mi trabajo con Germain estoy conociendo Canadá, desde el golfo de Yukon a Terranova. Fotografiamos bosques, lagos, estepas, montañas glaciales. Paisajes navideños. Y los edificios dignos de recuerdo que hay en ellos, ayuntamientos, iglesias, hospitales, palacios de ricachones, instalaciones industriales, barrios obreros... Trabajamos con cámaras de fuelle, grandes como cajas de guardar sombreros, que necesitan trípodes. Estoy aprendiendo una técnica que se acabará perdiendo con la tecnología, como si perteneciera a una secta de sabios a punto de extinguirse. He viajado a Quebec, a Ottawa, a Toronto, y un día pasé a Detroit, en los Estados Unidos, que me pareció una ciudad en ruinas.

Estoy contento con mi empleo, aunque me impide acudir a la clase diaria de Baccalauréat, necesaria para la titulación de licenciado en Bellas Artes que persigo. Pero de momento, lo sobrellevo.

Y hablando de todo, me hace ilusión eso de ser tío. En noviembre, ¿no? ¿Tenéis ya un par de nombres niño/niña? Tengo la idea de viajar a

España. No sé cuándo. Pero la tengo. Ya, ya sé que es una promesa incumplida. Pero ahora tengo una expectativa real que depende de un paso que me he propuesto dar, hacerme canadiense. El año que viene. Así que conoceré a la criatura. Le llevaré un policía montada de plástico o un reno de fieltro. A ti y a tu mujer una botella de “icewine”, vino de uvas congeladas, y un frasco de jarabe de arce.

En cuanto a lo que me cuentas de los papás, y del clamor popular por el divorcio (¿de verdad es tan popular ese clamor como el de libertad, amnistía y estatuto de autonomía?), me sorprendería que se separaran. No entra en su manera de entender la vida, basada en el sacrificio y el sufrimiento. Supongo que será una anticipación voluntaria del Purgatorio, para ir derechos al Cielo. Claro que hay una incoherencia en esto que calculo, porque no se puede entrar en el Cielo si se ha pecado continuamente de orgullo y resentimiento. Me parece que me estoy pasando, pero lo dejo escrito, porque es lo que de verdad pienso, aunque sea injusto y un mal hijo.

Os deseo lo mejor a tu mujer y a ti, y que el alumbramiento sea propicio. Abrazos.

Crisis de identidad

Bombardier siguió trabajando de fotógrafo freelancer todo el año 1977 y la primera mitad de 1978. En ese momento saltó la oportunidad (que le espantaba) de convertirse en artista. Coincidió con su nacionalización como canadiense. Se inscribió en el registro de nuevos ciudadanos como Marcel Bombardier. Lo hizo por cálculo, por conveniencia, y esto le causó un vago sentido de culpa que no hizo falta liquidar en el sofá de un lacaniano quebequés, aunque sintió la tentación de hacerlo, ahora que era un americano más. Su nombre español era Marcelino, el de su abuelo, el comandante de la guardia civil. Quitándole el Lino, que es como solo la familia y los íntimos le llamaban, y en Montreal la familia de Hubert Arnaud y el

fotógrafo Germain Lachance, se quedaba un nombre tan francés como su apellido, que era belga.

Pero esa vaga culpa tuvo un efecto inesperado. Se coló como una polilla en su frágil madera de oportunista. Y flaqueó su confianza.

Se asoció con un reputado escultor paraguayo de origen y aspecto guaraní para trabajar en la decoración de una de las nuevas estaciones del Metro de la ciudad, que se estaba gastando un dineral en el empeño de recrear una urbe subterránea. Pero el negocio no cuajó. El guaraní trabajaba de modo errático, aunque tenía una imaginación pasmosa. Pasaba por súbitos y prolongados períodos de inactividad. Inactividad contractual, porque seguía cortando chapas y vigas de hierro con una radial monstruosa, y fundiendo los cachos en piezas formidables. Bombardier intentó cubrirle las espaldas, asegurando a los inspectores del Metro

que revisaban el trabajo artístico, que no estaban perdiendo el tiempo, sino experimentando. Al cabo de uno de aquellos raptos de creación no venal, Bombardier se enfadó con él, porque le abrumaba el peso de las obligaciones firmadas. El escultor reputado le invitó a quedarse con la contrata. Llegó incluso a hablar con un inspector del Metro, que no puso más que objeciones formales. Entonces, el artista español sucumbió a la responsabilidad. Se sabía capaz de completar el monumento herrumbroso iniciado por el paraguayo, pero no encontraba los argumentos estéticos para hacerlo. No creía en lo que estaba haciendo. Y se retiró.

De la experiencia sacó algo valioso, el descubrimiento de músicos y cantantes de aquella punta americana. Le tomó aprecio al tango y a la milonga, a los boleros, a las polkas, a las guaranías y al candombe. El escultor enojadizo no trabajaba sin música. Gracias a esta costumbre del maestro, Bombardier

rectificó la manía que le había tomado a la música hispanoamericana en general, identificada con el sopor provocado en su juventud por el programa de TVE “300 millones”. Tuvo que ser en América (del Norte) donde descubriera la enjundia de la cultura española, desafiante y tenaz, y también ignorante de su fuerza. A su lado los seis millones de francoparlantes en Quebec eran una broma.

A pesar de todos aquellos vaivenes, obtuvo con sobresaliente su primer título académico, que le encaminaba hacia la licenciatura de Bellas Artes.

Montreal, agosto de 1978

Querido Pepín,

Tengo grandes novedades que comunicarte. Ya soy canadiense. Marcel Bombardier. Según mi “carte d'identité”, puedo pasar por uno de ellos.

Dentro de poco, cuando haya asimilado por completo el acento quebequés, lo seré en todos los sentidos. Lo único que me diferencia de los francófonos es que no tengo el más mínimo resentimiento por los ingleses.

Pero ante unos y otros, oculto mi lacra hispánica. La verdad es que no sé por qué digo esto. Ser español me ha beneficiado. Claro que ha sido una ventaja basada en la lástima disfrazada de solidaridad, que aquí se tiene por los pobres del mundo, en especial si hablan francés y son negros de Haití, o son irlandeses católicos. Sospecho que algunos de los canadienses que me conocen piensan que en España se habla francés. No te puedes imaginar el lío que tienen con nosotros. Por ejemplo, los atentados de ETA suelen narrarse como muertes accidentales provocadas por el “Mouvement de Libération du Peuple Basque” en su lucha contra la opresión del gobierno fascista de Madrid. ¿Cuántos crímenes han cometido desde enero, cuarenta, cincuenta? Mi padre me envía unas cartas dramáticas en las que augura un futuro catastrófico.

Mi hermano quita hierro a la situación, y dice que la nueva constitución que se está preparando lo arreglará todo.

La otra novedad es que me he mudado de casa. Sigo viviendo en Verdun, pero en un apartamento para mí solito. Lo he tomado por seis meses, porque mi propósito es volver a España, quiero decir, a visitar España el año que viene. La familia me reclama. Además, ya sabes que he sido tío.

La última novedad es que me ha fallado el cuajo. Estaba trabajando con un escultor en una de las estaciones del Metro de Montreal. No sé qué me ha pasado, el compromiso me ha dado pánico y me he arrugado. Con la fotografía me va muy bien, ya no necesito trabajar bajo el paraguas de mi jefe Germain. Pero estoy en crisis. Creo que la culpa es haberme hecho canadiense. Al parecer es un síndrome catalogado, los nuevos canadienses tienen un bajón moral porque al hacerse abandonan su vida pasada, la identidad sobre la que han construido su identidad. Me entiendes, ¿no?

Entonces he encontrado un remedio de emergencia. No, no es acudir a un terapeuta, lo más socorrido aquí. Me he inscrito en unas oposiciones a técnico de la Bell Canada, que amplia su implantación en el servicio telefónico de Quebec. Los exámenes serán en diciembre o en enero. He empezado ya a prepararme. Me he creado el hábito de estudiar en la biblioteca de la Concordia University, que está en el centro de la ciudad, y tiene una buena colección de libros técnicos en inglés y en francés. El primer día sufrí un raro espejismo. Al fondo de una de las calles próximas a la biblioteca se eleva el parque de Mont Royal. Salía cansado y aturdido, y vislumbré la colina boscosa. El corazón me dio un vuelco, y tuve que plantar los pies en el pavimento y clavar los ojos en los edificios para sacarme a mí mismo de la Ciudad Universitaria de Madrid. Era como si hubiera vuelto a la Escuela de Industriales donde estudié.

Vale por hoy. Te deseo lo mejor para ti y los tuyos. Un abrazo.

Montreal, noviembre de 1978

Querido Pepín,

El invierno ha vestido de blanco la provincia de Quebec. Es una frase retórica. Todavía estamos en otoño, aunque aquí no es raro que el paisaje y las calles se vistan ya de blanco. Es una manera estereotipada de empezar una carta que me cuesta escribir. Lo hago más que para informarte de mi estado de ánimo, para sacarme de dentro una especie de angustia... ¡Joder, para liberarme con un amigo en lugar de con un psiquiatra! No es que lo esté pasando mal. Bueno, sí, qué coño, lo estoy pasando mal. Pero no tan mal como para tirarme al río San Lorenzo.

Es la primera depre seria que tengo desde que salí de casa ahora hace cinco años. Y eso escuece. Germain dice que los inmigrantes empiezan a sufrir la decepción de sus ilusiones al cabo de un año o año y medio como máximo. Da a entender que soy fuerte o afortunado. ¡Qué sé yo!

Esto empieza antes de mi decisión de preparar

un examen para entrar en la Bell Canada. No es algo que haya meditado, sopesado, ponderado (he buscado sinónimos en un diccionario español de ideas afines que compré en el Centre de Langues de l'Université de Montreal). Tampoco ha sido una intuición o un antojo. Ha sido una huida. ¿Hacia adelante? Pues, igual sí.

Verás. Hace unos meses me encargaron hacer unas fotografías a un cerebro electrónico de la Bell Canada, instalado en un edificio nuevo. El cerebro electrónico sustituirá a los relés que ahora es lo que conecta unos teléfonos con otros en casi todo el mundo. Los cerebros electrónicos son armarios gigantescos que albergan procesadores de tarjetas agujeradas y unos platos con cintas que parecen de celuloide, pero que contienen elementos magnéticos como las cintas de cassette. Supongo que ahí también habrá.

Pero, ¡qué coño estoy haciendo! Explicarle a un técnico en telecomunicaciones algo que conocerá de sobra, ¿no? Ya ves lo nervioso que estoy.

Vale. En uno de esos escenarios de ciencia ficción conocí a Christine. ¡Que sorpresa! Christine es una suiza francófona bajita, regordeta, de melena rubia como de león y carita de muñeca, de esas muñecas peponas guapas que se hacían antes, de porcelana o de cartón piedra. Es técnica en operaciones numéricas, en computación, y está encargada, con otra gente, de la instalación de algo que aquí llaman “computer” (en francés, “ordinateur”, pero se emplea más la palabra inglesa) y que son cerebros electrónicos más pequeños, casi todos fabricados por IBM. Christine ha trabajado en la IBM americana, y se ha convertido en una experta.

Efectivamente, me he enrollado con ella. Efectivamente, ella es la causa inmediata de mi crisis, aunque no la única, me temo. Porque lo curioso es que a Christine la conocí en 1969 en Londres. Era camarera de “Le Chalet Suisse”, un restaurante de Croydon donde yo fregaba platos aquel verano jubiloso.

De esto nos dimos cuenta ambos después de

habernos acostado. El descubrimiento me llenó de orgullo y satisfacción, porque en el 69, una tarde que teníamos libre nos marchamos a Londres, y yo intenté camelarla a la orilla del Támesis, cerca del London Bridge, pero ella se resistió con suma elegancia a mis amagos de caricias. Mi victoria fue en Montreal, casi diez años después.

Triste victoria. Christine me contó que se había marchado de Suiza para reponerse de un amor frustrado. No es que la hubieran abandonado. No es que la hubieran engañado. ¿Entonces? No te puedo dar detalles, porque ella solo dice que algo la decepcionó, y decidió plantar al novio, de quien estaba profundamente enamorada.

Yo fui tan imbécil que pensé que podría compensar su decepción y volver a llenar su alegría de vivir. Bueno, alegría, no. Es una chica alegre, no es depresiva. Pero lo desconcertante es su ambigüedad en lo de los afectos. Yo le caigo bien, incluso puedo decir que en cierta forma me quiere. Se acuesta conmigo. Pero yo tengo la impresión de que me trata igual que a su perro, un pastor alemán

enorme que en una ocasión no se apartó de su lado (ella tampoco hizo nada por apartarlo) mientras follábamos. Yo pensé, cuando esta tía se ponga a gritar o a gemir, el perro se lanza sobre mí y me destroza. No pasó nada.

Al final acepté lo obvio, que la raíz de los problemas de Christine era que seguía enamorada de su novio. ¡No veas si está enamorada! Una noche se negó a follar. Bueno, empezó a poner excusas. Era tan evidente que me estaba rechazando, que me cabré. Las señales las notaba desde hacía días.

Entonces me dice que su novio está a punto de venir de Ginebra, que aterriza en Quebec al día siguiente. Me enfurecí. Perdí los nervios. Le dije de todo. Le grité. La envié a la mierda. Y me marché dando un portazo.

No estoy ni satisfecho ni orgulloso de mi actuación. Me siento un tío sin personalidad (lo menos parecido a esos que reaccionan como una estatua ante las adversidades), y un imbécil. Y lo peor es que he visto un par de veces a Christine con

su novio, y me han entrado ganas de subirme a la columna de Nelson frente al ayuntamiento, y tirarme desde lo alto. (Es un desahogo retórico, la columna de Nelson de Montreal no tiene escaleras para el público, además, es mucho más baja que la de Londres.) ¡Cómo se puede estar celoso de quien no estás enamorado! Es una contradicción insoluble. Se da por supuesto en esta sociedad de moral cinematográfica, que un hombre y una mujer maduros no se acuestan libremente si no se confiesan enamorados, y a la vez se supone que no hace falta estar enamorado para acostarse con alguien.

Bueno, lo que fastidia es que te dejen por otro. Ya está.

Es una lástima ser un tipo duro como el agente Lemmy Caution. Aunque no envidio su destino, que era convertirse en leyenda, algo peor que le muerte, según el cabrón de von Braun, el dictador.

Estos acontecimientos triviales me han conducido a la decisión de convertirme en funcionario. ¿Renuncio a mi sueño de profesar el

arte y ganarme la vida con él, como codicié mientras preparaba el salto de Francia a Quebec? Pues, sí. Sí. Eso es lo que me deprime. Pero, ¿por qué hago eso? No tengo ni puta idea, Pepín. Es que no me veo ejerciendo la falacia, el embuste, la marrullería, la farsa, la martingala, el cuento (también del diccionario mencionado) de la mañana a la noche. Conozco a algunos de estos oficiantes del arte y la cultura que no duermen sin somníferos, otros que se drogan con sustancias ilegales... A mí no me da la gana alterar mi vida, mi rutina. Y como me gusta la rutina, me haré técnico de la Bell, aunque la perspectiva sea el aburrimiento, que no tiene por qué serlo.

¿Tu vida es aburrida, Pepín? ¿Si pudieras regresar a los veinte años, elegirías una vida bohemia, siempre y cuando tuvieras los riñones cubiertos? Aquí es posible. Para mí es posible. ¿Debo hacerlo?

No te preocupes, no estoy desesperado. Es que necesitaba sacarlo, hablarlo. Te da más perspectiva. ¿No? Además, releer lo que piensas es más fácil que

escucharlo de tu boca, cosa que no sé hacer si no hay alguien delante a quien contárselo.

Un abrazo para ti y los tuyos.

Vida doméstica

La Navidad la pasó Bombardier con los Arnaud, Hubert, Charlotte, Marie y el bebé Jean Philippe. El verano anterior se habían mudado a una vivienda mayor, une maison individuelle en una de las calles que desembocaban en el Boulevard de l'Acadie, a un paso de la Rivière des Prairies, que limitaba por el oeste la isla de Montreal. A partir de allí el terreno se elevaba en colinas boscosas que, vistas desde la orilla oriental del río San Lorenzo, al otro lado, daban la impresión de un decorado rural al fondo de los nuevos rascacielos del centro.

Revivió las navidades de su infancia. Como los Arnaud, los Granda-Bombardier no tenían hermanos con quien compartir las fiestas,

no había tíos, y en consecuencia tampoco primos ni sobrinos. Hubert había dicho a Bombardier que ni él ni Loretta eran de Montreal, aunque se habían conocido en la ciudad. No tenían parientes directos, al menos a varios cientos de kilómetros a la redonda. El español imaginó que existían primos desconocidos de uno y de otro, habitantes de los bosques infinitos que poblaban la provincia de Quebec, en casitas de troncos erigidas al borde de carreteras que no venían de ningún sitio y se dirigían a latitudes inciertas; él mismo las había transitado en sus viajes con Germain Lachance.

Mas un abismo separaba la familia española de la canadiense, además del oceánico. Los Arnaud convivían en paz y además eran felices. Las punzadas nostálgicas de la Navidad apenas hirieron los sentimientos de Bombardier. Se dedicó por completo a disfrutar de las fiestas, porque eran las primeras de su vida en las que la compañía no era dolorosa.

Una de las veladas se sentaron ante la televisión a ver la Soirée Canadienne especial de Navidad de Télé Métropole, un pastiche sentimental que en España habría arrancado sarcasmos en la juventud, quizá porque la alternativa era salir a divertirse por los garitos urbanos, algo desaconsejable en el invierno polar para todo aquel que no fuera un insensato. El programa reunía en un plató decenas de habitantes de una localidad perdida en los bosques canadienses, en las costas remotas del río San Lorenzo o en barrios castizos de las viejas ciudades. Participaban adultos de todas las edades, es decir, de treinta para arriba, cantando canciones del folklore local. Vestían indumentarias de domingo, ellos encorbatados y embutidos en ternos, y ellas regordetas, con el pelo recién peinado en la peluquería del pueblo, vestidos idénticos, pero de diferentes tonos, comprados sin duda en el mismo almacén de ropa.

Fueron veladas plácidas y también

jubilosas, como la que dedicó Bombardier a corear con Marie y Jean Philippe les Chançons, Comptes et Comptines de Gilles Vignereau, el gran folklorista quebequés, ídolo de la infancia, de la juventud y también de las personas maduras.

Otra tarde se les cayó encima *Alphaville* de Godard. Era un programa de cine club de Radio Canada, la cadena de televisión pública. Al anunciar la película a debate, Bombardier saltó literalmente del sofá. Los tres adultos vieron *Alphaville*, cuya fama había calado en Quebec, con respeto ceremonioso. Para el español era el sexto visionado. Y a medida que la acción o lo que fuera aquello se desarrollaba, Bombardier se sentía iluminado por el carisma de Godard. El imaginario del cineasta suizo y el del español por fin coincidían como un papel de calco. Dos sentencias se clavaron en la conciencia del inmigrante: “La gente se ha vuelto esclava de la probabilidad” y “La voluptuosidad es una consecuencia, no puede existir sin el amor”. La

primera le parecía un retrato de los ciudadanos de Montreal, él incluido. La segunda le habría gustado comentarla con Loretta, pero le dio miedo molestar a alguien.

De vuelta en su apartamento de la Rue Lajeneuse lamentó su cautela, un disfraz de la cobardía. Estos conflictos emocionales le turbaban cada vez más. Bombardier se había ido a vivir temporalmente a la antigua casa de Hubert, el carpintero libertario, porque el apartamento que alquiló en el barrio de Verdun tenía que dejarlo libre a finales de enero.

Hubert conservaba su casita con el taller en la rue Lajeneusse, y Bombardier se instaló en el apartamento vacío.

Sacó plaza en Bell Canada en los exámenes de enero. El febrero le comunicaron que hasta mayo no empezaría a trabajar, previas unas semanas de cursillos y seminarios.

Entonces tomó la decisión de pasar unas vacaciones en España, previendo una

temporada absorbido por el nuevo trabajo.

En aquellas semanas de transición, se puso a leer una novela que le había regalado Germain Laplace. Se titulaba *La grosse femme d'à côté est enceinte*, (La gorda de al lado está embarazada) escrita por un dramaturgo famoso, Michel Tremblay. Redactada en una mezcla de francés convencional y *joual*, el dialecto de Quebec, era una crónica apasionante de los vecinos del Plateau de Mont Royal, un barrio popular, y durante decenios, de los más pobres. Bombardier descubrió la capacidad narrativa de un hombre del que solo había oído hablar y visto representar una pieza que se había hecho célebre más allá de Canadá, *Les Belles-soeurs*, (Las cuñadas).

Su vida doméstica, cotidiana, se prendió como un imperdible de la familia Arnaud, Hubert, Loretta, y los niños Marie y Jean Philippe, que en aquel momento tenían seis y

tres años. Desde el nacimiento de Jean Philippe, Bombardier había echado una mano a la familia en la crianza. Loretta había pedido excedencia en su trabajo de profesora de inglés en una escuela femenina católica. A veces, el español se quedaba a dormir en un sofá del salón de la vivienda, bien porque había ayudado en alguna tarea por la tarde si Hubert no podía, o porque Loretta necesitaba asistencia por la mañana. La flexibilidad del trabajo de Bombardier se lo permitía.

Uno de los juegos preferidos de Marie y Jean Philippe era *el toro*. A la niña le pirraba hacer de torera. Jean Philippe se limitaba a imitarla. El toro era, claro está, Bombardier.

Chus toréador exclamaba Marie, “yo soy torero”, en *joual*.

Pas toréador, torera.

Toréra repetía Marie, poniendo el acento tónico en la última sílaba.

Pas torérá, toréra corregía con entonación española.

Loretta se tronchaba de risa, y decía “Es cosa de la sangre”, algo que al inmigrante le inquietaba, porque no entendía que a una niña le entusiasmara la sangre derramada en una corrida.

Una noche, Bombardier llevó una botella de Rioja tinto que había encontrado en una enoteca del centro. Hubert le sirvió con generosidad y vertió con torpeza un poco en su vaso. Al hacerlo, derramó uno chorrillo de vino en el mantel. El español realizó un rito automático que había aprendido de doña Felicia, mojar la yema de los dedos en el líquido y tocarse el pelo. Luego hizo lo mismo con Hubert. Y al disponerse a repetirlo sobre Loretta, vio en ella un gesto de desagrado.

Mi mujer es *teetotaller* se disculpó Hubert.

Era abstemia.

Hija de alcohólicos — explicó ella.

Bombardier pidió disculpas. Nunca había conocido a una persona abstemia de verdad. La nómima de *boozer* o borrachuzos en Montreal era abultada. Se llevó la botella a casa, y se la fue bebiendo poco a poco sin gozo ni satisfacción.

Un flujo de intimidad familiar fue instalándose en él. La atracción que sentía por Loretta no disminuyó, pero el deseo quedó neutralizado por la maternidad de la mujer, que en ese tiempo estaba a punto de cumplir treinta años, tres más que él. Vivía una paradoja emocional, porque la convivencia llevaba a la confianza, y ésta a momentos que deslumbraban a Bombardier, como las ocasiones en las que Loretta daba el pecho al niño en su presencia, o la espontánea indumentaria de la mujer, que se presentaba ante él como lo hacía ante su marido. En sus ensoñaciones, Bombardier se

dejaba confundir por la desventura de Loretta, se identificaba con Hubert, y se perdía de sí mismo, como si no existiera. Era una desorientación espléndida, un caos emocional, que le agotaba.

Había vuelto al punto de partida, como en el Juego de la Oca, pero sin pasar por la casilla de la muerte. ¿En qué casilla trampa había caído Bombardier?

Madrid, marzo de 1979

Cuando Lino Granda Bombardier abrió la puerta de su estudio dormitorio, después de cepillarse los dientes en el viejo cuarto de baño, tuvo que respirar a fondo para sacudirse la nostalgia.

Allí había dormido quince años de su vida. Desde los seis, procedente de Jaén, a los veintiuno, cuando se marchó a las milicias universitarias en Talarn, el campamento en el pre Pirineo de Lérida para formación de suboficiales.

Estaba todo igual, en su sitio, en orden. Aburridos, reteniendo el bostezo, le esperaban los objetos acumulados a lo largo de su vida.

Los visibles: clavada en la pared, una camiseta manchada de hierba (pero lavada) del equipo de rugby de la Politécnica en el que había jugado; un balón amelonado y duro al tacto, que no había perdido aire en cinco años (alguien lo habría hinchado); varias carátulas de LP de Marie Laforet, Françoise Hardy y Adriano Celentano también clavadas a la pared, los libros del último año de carrera colocados en un pulido anaquel, el viejo ejemplar de tapas azules de logaritmos del bachillerato superior, un tazón traído de Londres lleno de antiguos bolígrafos cuya tinta debía de estar seca, un indio a caballo con los brazos abiertos tendiendo un arco, y un soldado yanqui disparándole a quemarropa, restos de una colección de su infancia, ambas figuras sobre un plumier de madera ilustrado con viejos automóviles, en la mesita de trabajo. Arriba, la

maleta de viaje que su madre había colocado encima del armario.

No tenía ni pizca de sueño, porque las doce de la noche en Madrid correspondían a las seis de la tarde en Montreal. Pero dejó el repaso de los objetos invisibles para el día siguiente, ahíto de emociones. Dirigió la mano, sin mirar, hacia el estante de los libros de recreo, novelas y tebeos encuadernados, y cifró al azar la elección. Se entretuvo un rato, sentado en la vieja silla giratoria de madera que heredó del abuelo belga al que conoció en la niñez, cuyo rostro solo recordaba de las fotografías. Pero no podía centrar la atención. Le habría gustado echarse a la calle, atravesar la Colonia de los Carteros, salir a Manuel Becerra, seguir hasta Goya y echar una moneda al aire para decidir si bajar a Cibeles o a la plaza de Colón. Pero esa liberación tan necesitada de sus nervios habría provocado la inquietud de doña Felicia; don Manuel habría intervenido en defensa de la razón de su hijo, y se habría liado entre ellos la

disputa interminable de la que Bombardier había escapado cinco años atrás.

Se asomó a la ventana y observó las paredes sin lustre del patio interior. Volvió los ojos hacia dentro y miró por la ventana de su nuevo dormitorio en la rue Lajeunesse, la calle plantada de arces o fresnos o tilos (Bombardier no era botánico, era perito eléctrico) casi desnudos todavía en abril, las fachadas de ladrillo rojo o blanco, los carteles de *Salon de Barbier*, *Réparation des Vêtement sur Place*, *Garage Occasion*, *Dépanneur* o tienda de comestibles. Todo mucho más familiar que aquella alcoba de su infancia y de su juventud. Entonces cayó en la cuenta de que se había equivocado al regresar, siquiera de visita. Se consoló pensando que no era un error irreversible. Había tenido la misma sensación dos veces en los últimos siete años de sus veintinueve de vida. Una, al llegar a aquel pueblo vasco donde le ofrecían la dirección de una fábrica de maquinaria eléctrica. Gracias a

don Manuel Granda y a la guardia civil de la localidad salió del apuro. Otra fue en París, al desembarcar del tren que había tomado en Lille con Pilar Peláez. Esa vez enderezó él solo el entuerto. Y lo mismo tendría que hacer ahora. Así que le convenía espabilarse y no dejarse llevar por la corriente del afecto y la nostalgia. La única nostalgia que se podía permitir la emitía el pasaporte que había guardado en la desportillada mesilla de noche: dos leones rampantes sujetando un escudo barroco, las barras cruzadas británicas a la izquierda y las tres flores de lis del escudo de Quebec a la derecha, *A mari usque ad mare*, de mar a mar. Su corazón pertenecía a una tierra extendida entre dos océanos, el Pacífico y el Atlántico.

El programa que se sucedió en los días siguientes pudo haber sido frenético de encuentros o desencuentros. Pero se las ingenió para no soltar las riendas, sobre todo para que la familia no se apoderara de ellas.

Su hermano acababa de comprobar que la implantación del Partido Comunista de España entre la población era menor de la esperada. Carlos había quedado fuera de la lista de concejales que constituía el primer ayuntamiento democrático de Alcalá de Henares, donde vivía, votado un día antes del regreso del hijo pródigo.

Con Pepín Barrado estuvo dos tardes. Descubrió que aquel afecto indestructible que cruzaba como un puente de hierro el Atlántico flaqueaba. Pero no se sintió decepcionado. Se había cumplido una etapa emocional. Ni él ni Pepín lo mencionaron, pero ambos se dieron cuenta. Al despedirse, Pepín le preguntó si seguía enamorado de la mujer del carpintero. Bombardier no lo negó.

Carlos le habló largo y tendido de la actualidad política. Bombardier (Lino en casa) quiso corresponderle con detalles del enredado ovillo *quebequés*, pero carecía de una retórica

sobre el tema accesible para un español, y dejó que su hermano construyese su propio relato sobre Canadá, basado en las infalibles y lúcidas leyes del marxismo leninismo. Se entretuvo más con su sobrinita, a la que hacía rabiar hablándole en *joual*.

Con su padre le resultó más fácil conversar. Escuchaba con atención las anécdotas que contaba el hijo, y hacía preguntas sagaces. Por su lado, le preocupaba el incierto futuro de España, donde día sí, día no, había un asesinato o la policía disparaba sobre manifestantes violentos.

En Jaén, Aixa, Fátima y Marién

Con doña Felicia, la conversación era sobre trivialidades domésticas. Su inquisición sobre la vida sentimental de Lino no dio resultados satisfactorios para ella. Pero no desesperó. Se guardaba un as en la manga.

Un día le pidió que le hiciera al favor de acompañarla a Beas de Segura, donde tenía que

resolver asuntos pendientes con un notario sobre el pequeño cortijo, arrendado a unos aparceros. Viajaron en el Renault 12 de don Manuel, que condujo Bombardier, obligado por el amor propio. Llevaba meses sin tocar un volante.

Fue una excursión llena de descubrimientos para el hijo pródigo.

En cuanto entraron en el coche a la puerta de su casa, se disparó en el interior del vehículo un relé que lo inundó de una atmósfera eléctrica. Al pasar por el Cerro de los Ángeles, su madre evocó con un suspiro el fusilamiento a finales de 1936 de la imagen del Corazón de Jesús, en lo alto del monumento, y su posterior dinamitado.

¿Vivías ya en Madrid?

No, en Beas. Pero la salvajada se jaleó mucho. En Beas también hubo mucho lío. A mi padre le detuvieron. Pero se libró por ser belga. A casi todos sus amigos les metieron en el “tren

de la muerte” y les fusilaron en Madrid. El cabo de la guardia civil de Beas, que estaba más con el Movimiento que con la República, le aconsejó que se marchara, porque el día menos pensado un salvaje rencoroso le pegaba dos tiros escondido detrás de una esquina. Era más peligroso quedarse que huir, y se fue con la familia hacia Córdoba, que estaba ocupada por los nacionales. Yo no me acuerdo de nada, se me ha borrado. Tenía doce años. Pero pasamos.

¿Tienes miedo de que vuelva a ocurrir?

¡Ea! Es un miedo muy doloroso, porque me hace alegrarme de que seas canadiense. Sí, me alegro de que hayas vuelto a los orígenes...

La mujer sacó de la caja del salpicadero una cinta y la colocó en el reproductor de cassettes. Enseguida sonó la voz metálica de Luis Mariano cantando en francés. A Bombardier, esta pasión de su madre por el cantante vasco le pareció chocante, y le evocó sensaciones que había olvidado. Después de

escuchar un par de vibrantes canciones, doña Felicia extendió una mano hacia el volante y la depositó en el brazo de su hijo. Permaneció unos segundos pensando en lo que iba a decir, y al final soltó:

¿No te importa una cosa?

¿Qué? murmuró Lino receloso.

Parle moi en français, mon fils, je t'en prie.

No exhibía doña Felicia rastro de su fuerte acento jienense. Su francés era de una pureza académica que pocos franceses emplean si no es para demostrar su rango ilustrado. Formaba parte de una tertulia de madrileñas francófonas, que solo se perdían de las actividades de l'Alliance Française las incursiones en la cueva vanguardista.

Lino consintió a la petición materna, y a partir de ese momento, y hasta una parada en Santa Cruz de Mudela para repostar, conversaron en la lengua de Molière, sobre todo

Bombardier, cuyo francés con exagerado acento quebequés hacía gracia a su madre.

Papá dice que si estuviera empadronado en Alcalá, habría votado al Partido Comunista. ¿Lo habrías hecho tú?

No. Y tu padre, tampoco. Tu hermano se engaña a sí mismo, no es comunista. Está metido en una nube. Tarde o temprano caerá de ella.

¿Cómo es que te llevas bien con el tío Felipe, que también es comunista?

Eso no tiene nada que ver. Felipe es primo mío, hijo de una hermana de mi madre, la tita Ana. Toda su familia se fue a vivir a Madrid antes de la guerra. Alguna vez hemos ido de visita a su casa, en el barrio de Argüelles, siendo tú un niño. Ahora ya quedan pocos. Mi madre, tu abuela, murió poco después de la guerra de una pulmonía. Mi padre fue a Madrid desesperado a comprar penicilina en Chicote, que era un centro de estraperlo. La consiguió,

pero llegó tarde. Se murió a los dos días. La tita Ana y su familia se portaron muy bien con nosotros, aunque eran republicanos y no tenían una peseta. De ahí viene el afecto, aunque yo a mi primo Felipe casi no le conocí. Tuvo la suerte de exiliarse. Si se hubiera quedado, le habrían fusilado, porque intervino como comisario en varios frentes. Pero me consta que es una buena persona. Tú lo has podido comprobar. Creo que tiene la intención de venir a España, pero no a quedarse.

¿Pronto?

No lo sé.

Si puedo le visitaré en el viaje de vuelta. Hago escala en París.

Doña Felicia ahogó un suspiro.

Durante la travesía por la Mancha quijotesca, Bombardier condujo en silencio. Doña Felicia calló. Al atravesar la autovía el escenario comercial e industrial de Manzanares,

seguido del mismo feo paisaje llegando a Valdepeñas, la mujer volvió a hablar, también en francés.

El mes pasado tu padre y yo estuvimos en Jaén.

¿En la capital?

¡Ea! Enterraban a mi hermana, la tita Reina. ¿Te acuerdas de ella?

¡Sí, claro!

Bombardier había convivido con la tita Reina hasta los seis años. Nunca la volvió a ver desde entonces. Después de la mudanza a Madrid, solía ser doña Felicia la que cada vez más de tarde en tarde cogía el tren y visitaba el asilo en el que vivía su hermana, una niña nacida en circunstancias fatales que, en lugar de morir en el parto sobrevivió retrasada y tullida. Era la hija mayor del belga Bombardier, y a su muerte, su hermana Felicia se hizo cargo de ella. Don Manuel había sobrellevado con

paciencia la carga. ¿Contribuyó eso, la carga, en la decisión de mudarse a la capital de ese país que no era ni reino ni república ni nada, sino una dictadura saludable, a juicio del matrimonio (una de las pocas cosas en las que coincidían)? A Bombardier le habría gustado preguntárselo a su madre, pero intuyó que era mejor no entrar en el tema, dejarlo al humor de doña Felicia, que si lo había sacado a colación sería por algo o porque se le había venido a la cabeza en mitad del silencio manchego.

Vamos al notario para ejecutar la herencia de mi padre, ahora que soy la única heredera.

Empezó doña Felicia a tener dificultades con las palabras, acaso porque la emoción mermaba su relativa familiaridad con el francés, y se pasó al español.

Tu abuelo quiso que al casarme hiciera separación de bienes. Y ahora creo que ha llegado el momento de hacerlos todos

gananciales.

Pensaba que papá y tú os llevabais fatal.

¿Tu padre y yo? ¡Cucha! Son discusiones de pareja. ¿Tú no te peleas con tu novia?

Bombardier se dio cuenta de que era una pregunta con trampa, porque él no había hablado de su vida sentimental en Canadá.

Sí. Y por eso cambio de novia, porque nos peleamos y vemos que somos incompatibles.

Tu padre y yo no somos incompatibles. Esto es España, ¿sabes? Aquí la gente se compromete en serio. Ea.

Y en Francia y en Canadá también. Hay muchos matrimonios...

Pensó dar un cálculo estadístico, pero le pareció un argumento de poco peso, inventarse una cifra. Se desvió de la autovía en una gasolinera a la altura de Santa Cruz de Mudela,

y después de llenar el depósito se metieron en un amplio bar con jamones colgando del techo, frascos con embutidos en aceite, pisto y berenjenas de Almagro, en la pared, detrás del atiborrado mostrador, un cuadrito de la Virgen de la Cabeza junto a un calendario con una rubia de senos generosos y descubiertos. El suelo estaba lleno de papeles y servilletas arrugadas.

¿Cómo era el abuelo Bombardier?

¿Mi padre? Un tipo serio y valiente. En el pueblo le llamaban “El Callao”, porque hablaba poco. ¿Te acuerdas de él?

Casi nada. Sensaciones. Veo su cara desde lo alto, cuando me subía, me lanzaba hacia el techo y me recogía. Me aterrorizaba, creo.

Era artificiero. Trabajó en muchas minas.

Contigo hablaba siempre en francés,

¿no?

Y cuando se enfadaba, en flamenco. Era de Brujas. Su español era malísimo. Creo que intentó enseñar francés a su mujer. Pero mi madre le dijo que no iba a aprender una lengua protestante. Él era católico, pero bromeaba diciendo que era calvinista.

Apuraron los cafés con leche que habían pedido en la barra, Lino pagó después de esperar, por si su madre quería ejercer su autoridad, y volvieron a la autovía.

Fue en los barrancos de Despeñaperros cuando Lino se atrevió a entrar en un tema tabú.

¿Y del abuelo Granda?

¡Qué! saltó doña Felicia como un resorte.

Que cómo era. Se retiró de teniente coronel, ¿no? ¿Qué pasó?

¿Cómo que qué pasó?

Sí. Era joven, ¿no?

Estás equivocado. Era de la quinta de Franco, 1892. Cuando se retiró en 1954 tenía sesenta y dos años... Tu abuelo no era militar de carrera. Fue chusquero. Pero en la guerra ascendió a teniente. Luego hizo algunos cursos, aunque si consiguió la estrella de ocho puntas fue por su acción en Asturias contra el maquis rojo... ¿Por qué te interesan tus abuelos?

Porque hay cosas en esta familia que son un enigma mayor que la creación del mundo lo dijo en francés, para hacer más efecto . Y no quiero regresar a Montreal cargado de misterios.

Sobre tu abuelo Granda tendrás que preguntar a tu padre. Ea.

Doña Felicia dio el asunto por zanjado. Su hijo, Lino Granda Bombardier, se resignó.

Avanzaba la autovía por territorio andaluz, que Bombardier no había transitado desde hacía

más de diez años. Dehesas y olivos de Guarromán a Bailén. Allí, el desvío a Jaén hacia el sur, con las montañas de la sierra de Andújar lejos a Poniente, y las de la sierra de Cazorla todavía más lejos a Levante.

Le gustaba imaginar el trascurso de la historia en sus viajes, algo que en Quebec no podía hacer por falta de información y por falta de historia. En las tierras de Iberia la historia documentada retrocedía dos mil quinientos años. Al hijo pródigo le complacía fantasear con centurias romanas, batallones del Califato, mesnadas cristianas disputando el territorio. Y terratenientes con toga, terratenientes con capa, terratenientes con zahones y chaquetilla, terratenientes a pie y a caballo, con traje y corbata. Eso, y servidumbre. Le sonaba a tópico, pero le bastaba con el tópico, la gente se contenta con el tópico, entrar en detalles es enfadoso y aburrido

¿Por allí está el santuario de Santa María

de la Cabeza? preguntó a su madre, señalando hacia el oeste.

Detrás de esos montes.

Ahí hubo una masacre, ¿verdad? era una información que ella misma solía dar cuando se presentaba la ocasión.

Sí.

Nada más.

En Jaén resolvieron la gestión prevista con una eficiencia que desmontaba la imagen de una Andalucía indolente. Hicieron noche en un hotel cerca de la plaza de España, porque ir a Beas de Segura les habría tomado un par de horas, y el chófer estaba fatigado por falta del hábito de conducir. Así que dejaron la visita al cortijo familiar para el día siguiente.

A Bombardier le resultaba insufrible la idea. Sus seis primeros años de vida, el pueblo había sido un paraíso. Pero desde la mudanza a Madrid, la muerte del abuelo Bombardier y el

misterioso suceso que acabó terminando también con la vida del teniente Coronel Granda, los viajes a Beas de Segura habían sido visitas al infierno que, al cabo de unos años, se interrumpieron. Beas estaba manchado de rencor, de malas caras en el matrimonio.

¿Es necesario que vayamos? preguntó mientras desayunaban café con leche y tallos o churros en Jaén.

¿Por qué no quieres venir? ¡Cucha! ¿Qué haréis tu hermano y tú con el cortijo cuando sea vuestro?

Bombardier estuvo tentado de decir que lo mismo que ella, dejarlo a los aparceros y cobrar una renta. Para doña Felicia no había tenido otra utilidad. Habría hablado de absentismo y cosas así. Pero pensó que su hermano Carlos estaba mejor dotado que él para eso.

Bombardier pensó que una buena manera de ocupar la mañana sería hacer fotos en la ciudad de Baeza, de cuya fama monumental

tenía un vago recuerdo. Se había traído de Canadá un cuerpo y un equipo de objetivos alemanes.

Baeza le pareció una ciudad abandonada a su suerte, fuera ésta la que fuera, con las paredes llenas de carteles de las recientes elecciones a Cortes y municipales.

Cuando Bombardier, nada más aterrizar, descubrió el Madrid empapelado con símbolos centristas, democristianos, falangistas, socialistas y comunistas se llevó una mala impresión. Las elecciones se acababan de producir, y su testimonio permanecía en las paredes. Los carteles superpuestos, despellejados, eran la prueba física de que España había cambiado, al menos de cara. Un detritus electoral ocupaba las aceras, carteles arrancados, hojas volanderas, latas de pegamento con las brochas dentro.

Pero en un pueblo, el efecto era casi devastador. La impresión era que había sido

ocupado por un circo evaporado de golpe.

Baeza tenía un decadente aspecto aristocrático, un lugar arruinado que siglos atrás había sido espléndido, erguida sobre unos cerros. Bombardier comprendió que era una impresión viciada por el hábito de vivir en Montreal, una ciudad moderna, renovada por las Olimpiadas, y con un ayuntamiento que respondía a los votos y a las demandas de sus ciudadanos.

Los ayuntamientos españoles estaban paralizados por unas corporaciones inertes, que las recientes elecciones empezaban a desperezar. No obstante, la sensación de desorden y abandono le entristecía. Los barrios que se desparramaban a ambos lados de la calle de Alcalá, desde Ventas a Canillejas, los barrios de Madrid donde Bombardier había crecido, no tenían aceras, o estaban cuarteadas de antiguo, el firme estaba parcheado, y aquí y allá emergían islas de viejos adoquines y los raíles del tranvía

expulsado por los coches particulares. Los edificios estaban sucios de hollín, la mitad de los faroles sin luz, y los transeúntes que se movían por las aceras respondían al estereotipo de español bajito y cabreado, o la española vistosa, pero humilde. Lo había hablado con su hermano. Todo esto hay que cambiarlo, había dicho Carlos. Estaban dispuestos a ello, si el terrorismo y las conspiraciones militares les dejaban. Vivimos una frágil transición, aseguraba.

En Baeza, el tinte provinciano era brutal. Dominaba el pueblo con pobre indumentaria. Y respunteando este tejido humano, individuos con aspecto de petimetre. Los pocos jóvenes que no eran ni operarios ni estudiantes iban mal vestidos, o vestidos mal adrede, desgreñados, daban una imagen de hippies menesterosos.

Estaba Bombardier tomando fotografías de una iglesia que parecía a punto de desmoronarse (casi todo parecía a punto de

desmoronarse en aquella España en la que había aterrizado), cuando se acercó a él un individuo de su edad, delgado y de poca estatura vestido de negro de arriba a abajo.

¿Eres fotógrafo? le preguntó sin saludarle.

No estás en Montreal, Bombardier, se dijo en silencio.

Sí y no. Me gano la vida como fotógrafo, pero ahora no estoy ejerciendo. No vivo aquí.

Eso me ha parecido por tu aspecto le tendió la mano . Soy José Luís Caunedo, periodista, pero todo el mundo me llama Pepe Pocavida.

Marcel Bombardier dijo el interpelado.

Estoy haciendo un reportaje para una revista nueva. Y necesito alguien que me haga las fotos. Te puedo pagar, aunque no sé ni cuánto ni cuándo.

Muy español.

¿No eres español?

Sí y no. Vivo en Montreal, pero nací en Beas de Segura. Me he hecho canadiense.

Estás de visita, claro... ¿No te apetece aportar tu granito de arena a la causa de la democracia?

¿Tan fácil es?

Verás. Estoy haciendo un reportaje sobre el bombardeo de la ciudad de Jaén hace cuarenta y dos años, el uno de abril de 1937. Aviones alemanes dejaron caer setenta y seis bombas que mataron a más de ciento cincuenta personas.

Pocavida resumió la tragedia de un modo muy periodístico, con algunos detalles que parecían accesorios, como que días antes la aviación republicana había bombardeado Córdoba, en el bando nacional, o que después del bombardeo fascista se produjeron “sacas” en

las cárceles jienenses donde estaban encerrados ciudadanos de derechas, considerados “quintacolumnistas”. Fusilaron a más de cien.

Pocavida invitaba a Bombardier a acompañarle a Jaén al día siguiente.

¿Tú no eres de aquí, verdad? le preguntó Bombardier, porque el acento del tipo de negro no era andaluz.

Estoy de visita en casa de una chavala. ¿Y tú? ¿Vives aquí? Quiero decir en estos momentos.

En Madrid. Estoy esperando a mi madre. Después de comer me recogerá. Viene del cortijo, en Beas. ¿Dónde se publicará el reportaje?

Pocavida se la ganaba colaborando en el sarampión de medios que había brotado en España a raíz de la Transición. Los temas tenían más que ver con el escándalo que con su valor novedoso o cultural. El bombardeo de Jaén era

un antecedente del de Guernica, que se difundió por medio mundo. Desenterrar a los muertos olvidados y humillados por el franquismo se había convertido en el desquite de una derrota histórica, mientras caían aquí y allá muertos por el terrorismo, y otros víctimas de su habilidad para volar, porque los policías y la guardia civil disparaban al aire en las manifestaciones.

El periodista *freelancer* acababa de sufrir un revés en Sevilla. A través del amigo de un amigo había urdido un tema reporteril que interesó a uno de los medios con los que colaboraba. Se trataba de fotografiar santos desnudos. Es decir, aprovechar la limpieza del atuendo de las imágenes procesionales de determinada archicofradía sacramental sevillana, y sacar fotos de los palos que había debajo de la ropa, un tosco andamiaje en el que se sostenían las túnicas bordadas, conectado con las manos y los pies de la imagen, lo único visible además de la cabeza coronada de

fulgentes aditamentos. Pocavida propuso el tema temiendo que le enviaran a freír espárragos, pero el director del panfleto en cuestión reaccionó con entusiasmo. Era un aguerrido catalán que equiparó en su imaginación periodística los desnudos de las actrices jóvenes del nuevo cine democrático y desvergonzado con los sombreros divinos nunca revelados.

El *freelancer* se coló en el almacén de la archicofradía gracias al amigo del amigo del amigo, y gastó dos carretes de fotografías, obtenidas por él mismo a falta del profesional al que debería pagar por algo de beneficio incierto. Reveladas las fotos resultaron ser pasables, aunque algo oscuras, pero el andamiaje se veía bien. El efecto de las cabezas trágicas y de las manos y los pies emergiendo de palos de basta madera era muy poco sacramental y bastante cómico.

Tanto, que cuando uno de los eslabones

de esa cadena que le había permitido colarse en la archicofradía las vio, le rogó que no las publicara, porque el escándalo podría ser de órdago. Al parecer, otro eslabón de la cadena se había ido de la lengua y los archicofrades se habían enterado de la trapisonda. Pocavida temió incluso por su integridad, a manos de un fanático ultrajado; si bien la mayor amenaza era una denuncia por vilipendio a la religión católica. Lo singular del caso era que uno de los archicofrades mayores era militante comunista. Al conocer esto, Bombardier se acordó de su tío Felipe y la Virgen de Linarejos.

El colofón de la aventura fue otro chasco de Pocavida. Admitida la renuncia, fue con otro de los “eslabones” a una casa de comidas del barrio de la Macarena. Tras la pitanza, el mozo les preguntó si querían café. El “eslabón” pidió uno “toca de ron”, y Pocavida una manzanilla. “¿Dulce o amarga?”, indagó el mozo. “No, una copita de manzanilla”, aclaró Pocavida consciente de que estaba provocando; pero

necesitaba vengarse de su fracaso con la iglesia. El camarero pensó que se estaba choteando de él, y fingió perplejidad. Pocavida insistió en su demanda, recalcando que quería vino manzanilla. El camarero, ahora amoscado, dijo que no, que eso no se lo traía, que una manzanilla después de comer era un sacrilegio. Igual que los santos desnudos, pensó Pocavida, determinado a tener su manzanilla. El camarero negaba ahora con cierta violencia, además de un sacrilegio era una ofensa personal y colectiva. Pocavida arguyó que si España era un país libre y democrático, él tenía derecho a pedir en un local público la consumición que más le apeteciera, si formaba parte de las existencias, y la manzanilla lo era como indicaban los textos en las pizarritas colgadas de la pared. Entonces el camarero se irguió como un vigía y girándose en todas direcciones exclamó: “¡Ea, *señore!* Este caballero me pide un vasito de manzanilla después del postre. Se lo voy a *traé*, pero que *tol* mundo lo sepa. ¡Una manzanilla, ea!”

Estas anécdotas y consideraciones las comentó Pocavida durante la comida, que realizaron en un restaurante de cierta categoría. Cuando se levantaban de la mesa, Pocavida extrajo su cartera. Bombardier entendió que le invitaba, algo que le comprometía a una respuesta, que no tenía intención de dar. Miró la cuenta, la dividió por dos, y sacó de su cartera su escote. Pero lo que Pocavida tomó de su billetera fue una tarjeta, que ofreció al hijo pródigo.

Me vas a permitir que te pida que me convides. Te dejo mi tarjeta, y si me das tu teléfono en Madrid, la semana que viene te llamaré y te podré invitar en justa compensación.

Sin molestarse en disimular su sorpresa, Bombardier dijo que tenía que encontrarse con su madre a las cuatro. Se despidió de Pocavida, y se marchó rumiando la sensación de que le habían estafado. Al pasar delante de una

papelera rebosante, arrugó la tarjeta de Pocavida y la tiró, pero rebotó y cayó al suelo. Bombardier iba a agacharse a recogerla, pero le fue imposible reconocerla en medio de un océano de residuos.

Durante el viaje de regreso a Madrid, doña Felicia dio cuenta a su hijo de algunas novedades. Un alemán estaba interesado en comprar la finca, con sus treinta hectáreas de olivar y su almazara, para dedicarla al cultivo orgánico, según un método patentado por un teósofo austríaco. A la mujer la propuesta de compra le había desconcertado, porque creía que era una tierra de poco valor. Los aparceros no habían sabido explicarle qué era eso de cultivo orgánico o biodinámico. Esperaba que su marido el perito agrónomo, tuviera conocimiento de algo que sonaba a magia.

¿Quieres vender?

No lo sé. Tengo que hablarlo con tu

padre. Hasta ahora, las rentas del cortijo iban a parar a las monjas que cuidaban a la tita Reina. Tu padre se cuida de que el cortijo vaya bien, que se explote con eficiencia. Se le da mejor eso que la gestión de ventas.

A Bombardier le habría gustado preguntar por qué no se había dedicado a sacarle a la finca toda la rentabilidad posible, en lugar de emplearse como comercial en una empresa de insecticidas, fungicidas, herbicidas y simientes patentadas. Un tema espinoso, porque don Manuel era un vendedor calmoso y poco competitivo, pero eficaz. Suponía el hijo que la exclusiva explotación de una finca como la de doña Felicia no daba para mantener el nivel de vida que les había permitido dar carrera a los hijos y disfrutar de un buen piso en el Parque de las Avenidas de Madrid. Su padre había vivido en un cepo. Holgado, pero incómodo por el despecho que provocaba en su esposa. El mismo cepo en el que habían prosperado centenares de miles de familias a partir de los

años 60, con la emigración a la Europa en reconstrucción, el pluriempleo, los sueldos bajos y una oscura insatisfacción personal y profesional, en el caso de los titulados académicos.

Pero no creo que vender sea una buena idea ahora mismo. Tener unos millones de pesetas en el banco es perderlos por la inflación.

Invertidlos.

¿En qué? La bolsa es una ruleta. Y comprar pisos en Madrid para alquilarlos es una fuente de disgustos.

En el segundo tramo del viaje, más o menos en Madridejos, doña Felicia rebuscó en la caja del salpicadero como en el viaje de ida. Esta vez sacó varias cintas, y escogió una. Su hijo miraba la operación de reojo, intentando anticiparse a la sorpresa, haciendo memoria sobre los cantantes preferidos de su madre. Entonces escuchó al voz de Juanita Reina lanzando jipíos por España.

¡Ay! ¡España mía!

Por mirar la luz

de tu cielo azul,

yo no sé qué diera.

Era una encerrona manifiesta, hecha sin disimulo ni vergüenza, porque cuando se terminó la grabación, doña Felicia colocó con delicadeza la cinta en su cajita y se la tendió a Bombardier, que tuvo que soltar una mano del volante para cogerla y meterla en el bolsillo de la camisa.

Quiero que te la lleves a Canadá.

¿Era una maldición o una orden? Doña Felicia le preguntaría por la cinta días después, en el aeropuerto de Barajas. El obediente y previsor hijo la tenía en el bolsillo de la chaqueta, y se la enseñó. Pasado el control de los pasaportes, estuvo tentado de tirarla en una papelera. Pero pensó que a lo mejor le hacía ilusión a Carmela y a Felipe. Y no se equivocó.

Marcados por la ira

Doña Felicia llevaba a casa cuatro garrafas de aceite de oliva virgen, cuatro docenas de huevos y un conejo despellejado, que se proponía preparar al día siguiente con arroz. Una de las garrafas era para la familia de la tita Ana, residente en Madrid.

Dos días después, madre e hijo llevaban los presentes al piso de la calle Martín de los Heros. Vivían en él cuatro personas. Jerónimo, el mayor, de unos setenta años, más o menos la edad del exiliado Felipe, era un hombre grande, de rostro sereno y mirada cordial, gafas de gruesos cristales, vestido con traje. Había pasado casi diez años en la cárcel después de la guerra, porque fue director gerente ejemplar de un hospital. Su hermana Ramona, algo más joven, viuda de un ferroviario, ancha, bien peinada su melena teñida de negro, afable. Pastora, la hermana más joven, soltera, de

cabeza equina, maestra de niños en un colegio de monjas, dicharachera e inquieta como lagartija. Y Manolo, un hombre alto, de rostro demacrado, lisiado de un pie desde la infancia, cuando pisó un clavo herrumbroso en la carpintería donde trabajaba de aprendiz, y cogió el tétanos. Desde entonces Manolo vivía en casa, de donde salía poco, haciendo muebles de encargo. Había llegado a ser un excelente ebanista. Bombardier tuvo la impresión de estar con Hubert, el carpintero de Montreal, porque Manolo era un hombre optimista, simpático, y enterado de los detalles poco difundidos de la actualidad, no solo española, gracias a una radio de onda corta que escuchaba todas las tardes.

Eran los cuatro católicos a carta cabal, republicanos, de una izquierda indefinida, quizá inexistente. Doña Felicia, franquista por inercia, había mantenido con ellos una relación fluida y afectuosa. De tarde en tarde iba a merendar allí (hilachas de bienestar en la atribulada memoria de un Bombardier jovencito, aterrado por las

broncas de sus padres), y disfrutaba de conversaciones triviales en el acento y la jerga de la sierra de Jaén.

Al salir decidieron bajar por Martín de los Heros hasta la Plaza de España para coger el metro. Doña Felicia iba apresurada porque habían quedado a cenar con unos amigos, y tenía que recoger a don Manuel en la oficina. Por eso, cuando vio que un grupo de jóvenes paraba a su hijo a la altura de los cines Alphaville y hablaban con él, le despidió y continuó sola.

Bombardier habría seguido con ella, pero todo le cogió por sorpresa, y quedó en medio del campo de batalla, preso del enemigo. Se sintió el mismísimo Lemmy Caution en las garras de la policía de Alpha 60. El grupo que le detuvo estaba compuesto por Pepe Pocavida y media docena de hombres y mujeres. Salían de ver la última película de Woody Allen, "Interiors". Bombardier se vio rodeado, acosado

e interpelado sobre el trabajo del judío norteamericano. Ocurrió de golpe, en cuanto Pocavida le presentó como español que vivía en América. Enredó las cosas con habilidad endemoniada, forzando en sus amigos la impresión de que Bombardier era habitante de Nueva York.

Una chica le preguntó en qué barrio vivía. Bombardier reconoció su acento yanqui, pero no pudo aclarar nada, porque el grupo se comportaba como un rebaño, subía hasta la calle Ventura Rodríguez, y por ella hasta el callejón de Santa María Micaela, donde se metieron en un restaurante de aire neoyorquino. Pocavida dejó claro que él invitaba a Bombardier.

Encargaron variadas pizzas y cervezas, y se pusieron a comer y a fumar casi al mismo tiempo. Cuando los amigos se consideraron satisfechos con las precisiones que dio el español americano sobre Montreal, algunos

detalles de la ciudad y lo que hacía en ella, se olvidaron de él, sin dejar de sonreírle. Pocavida le había presentado como un artista de la fotografía, y de vez en cuando le dirigían comentarios estereotipados.

Bombardier tuvo una sensación de salto en el tiempo, sobre el vacío de los cinco años que había pasado fuera de España. Imaginó que sus amigos, su panda, se comportarían igual que los de Pocavida. Algunos se habrían casado, tendrían un trabajo, se reunirían de vez en cuando en casa de uno o de otro, saldrían al cine o a cenar... Era un hábito que él se había perdido, y que se parecía poco a sus costumbres en Montreal, donde sus amigos, los artistas de izquierdas, no formaban exactamente una pandilla, se atenían a formalismos desconocidos en España, y eran más fiables en la amistad y en los compromisos, aunque menos efusivos.

Oye, ¿tú hablas inglés, macho? le dijo uno del grupo al oído.

Bombardier estuvo a punto de contestar que hablaba mejor francés, pero temió decepcionarle, y asintió con la cabeza.

Es porque te pongas al lado de Caroline. Así le haces compañía. Habla poco español, y se pone depre.

Se levantó y le dejó su asiento al lado de la norteamericana. Bombardier tuvo la impresión que se la cedía generosamente, un trato entre españoles repartiéndose territorio conquistado. Se preguntó si la chica tendría la misma sensación. Para salir de dudas le preguntó si el español era su *boyfriend*. Caroline lo negó.

La norteamericana era una chica muy blanca, pecosa, de carnes flojas, ojos azul cobalto y pelo pajizo y enredado. Le pareció a Bombardier una chica sosa. Al despedirse, ella le propuso quedar otro día. Bombardier aceptó, aunque sospechó propósitos sentimentales en la muchacha.

Al salir de la pizzería el grupo se redujo.

Quedaron Pocavida, un matrimonio, el que Bombardier tomó por novio de la yanqui, y él mismo. Cruzaron la calle de la Princesa, subieron por la del Conde Duque y acabaron en la plaza del Dos de Mayo, al otro lado de la calle de San Bernardo.

A Bombardier le pasmó el escenario. Él y su grupo eran protagonistas y espectadores de un verdadero *show* urbano. Los cafetines se sucedían sin principio ni fin en aquel laberinto de callejas. Una pequeña multitud pululaba de uno a otro, y al emigrado le pareció que estaban celebrando algo misterioso. Pocavida explicó que la escena era habitual, no solo en el barrio de Malasaña, y los fines de semana (era jueves) la calle era una verdadera manifestación de alegría y cultura. El fenómeno tenía un nombre, “la Movida Madrileña”. Se dirigieron al barrio de La Latina, a un local llamado “La Mandrágora”, donde solían actuar dos cantantes ingeniosos y sarcásticos que Bombardier desconocía, Javier Krahe y Joaquín Sabina, muy

apreciados por Pocavida y sus amigos. Pero aquella noche no les tocaba función. Así que volvieron a Malasaña.

En otro cafetín lleno de humo llamado “El Estar”, encontraron una mesa libre. El vocerío de cien personas conversando obligó a Bombardier a explicar a gritos detalles de su trabajo en Montreal, causando un impacto inesperado en su audiencia. Los españoles lamentaban la falta de salidas profesionales que lastraba la cultura española, y cómo algunos, como los cantantes admirados, habían aprovechado la oportunidad que las circunstancias les ofrecían. Le contaron que Sabina había pasado años en Londres, exiliado y viviendo como un perro.

El tipo que no era novio de la neoyorquina aseguró que si encontraba una pareja estable se casaría con ella y se marcharía de España. Algo que Pocavida puso en duda con cierto sarcasmo. Aseguró que él llevaba una existencia precaria,

improvisada y cuajada de altibajos porque no tenía más remedio. Durante un tiempo había colaborado con una revista del “despelote” escribiendo narraciones pornográficas, pero se había hartado, aunque le pagaban bien.

Aunque no lo creáis, contaba mis propias experiencias dijo con más pena que orgullo.

El tipo estaba casado y tenía dos hijos, y afirmaba que la vida familiar era su aspiración y su sueño. Pero circunstancias en las que no quería entrar se lo impedían.

La pareja casada a veces le daba la razón, a veces se oponía, pero de un modo que a Bombardier le pareció aleatorio. Le preguntaron si el retrato que hacía Woody Allen de su generación correspondía a la realidad. El emigrado pensó antes de contestar. Contrastó su experiencia en Montreal, y admitió que, en cierta forma, sí, pero que la vida cotidiana de los hombres y las mujeres parecidos a los de las

películas del judío yanqui no llevaban una vida tan divertida, que Woody Allen había convertido en comedia cosas que tenían rasgos de mezquindad y de turbio melodrama.

Esto suscitó el tema de las drogas, que todos reconocieron como la plaga del momento en España. Pocavida aportó su experiencia personal. Había probado casi todo, “más por curiosidad que por vicio”. Pero había visto a “personas convertidas en guiñapos”, y había “cortado a tiempo”. Tenía a medias una entrevista con un delincuente habitual, ex carcelario, traficante y consumidor de droga, matón y proxeneta, al que la revista pagaba una cantidad por sus confesiones. Este tipo de reportajes escabrosos, decía Pocavida, eran habituales en la prensa, y se pagaban bien. A él le parecían porquerías que debían de estar prohibidas o por un código deontológico o por la autoridad. Pero que mientras le pagaran, las haría hasta que estuviera hasta las cejas de mierda ajena, y se buscara otro trabajo.

Cuando Bombardier tuvo oportunidad, sacó a relucir el tema con su hermano Carlos. El comunista le habló de personas que conocían ambos.

¿Te acuerdas de Méndez? Ese chaval que su madre trabajaba de limpiadora en el Perelló.

El Perelló era el colegio donde los hermanos Granda Bombardier habían estudiado el bachillerato. Méndez había sido compañero de clase de Lino, un chico rebelde, hosco, mal estudiante, algo que incluso en aquella época despiadada, todo el mundo atribuía a la mala suerte de pertenecer a una familia rota. Estudiaba con una beca, pero no pasó al Bachillerato Superior.

Ha salido en la prensa que la policía le ha matado a tiros. Era traficante y también robaba bancos dijo Carlos . Y de Cerdán Calixto, ¿te acuerdas?

También compañero de colegio, era uno de los dirigentes del Grapo, un grupo de terroristas fanáticos, responsable personal de los secuestros del banquero Oriol y el general Villaescusa, entre otras fechorías tremendas.

Está en la cárcel de Zamora. Si las barbaridades que se le atribuyen son ciertas, tiene que ser una fiera. Méndez deja mujer e hijos. Espero que no sean tan desgraciados como su padre. Y Cerdán creo que también está casado, no sé si con una chica del Grapo. Vaya panorama, ¿eh? Si yo no tuviera en propiedad la plaza en el instituto, haría todo lo posible por irme de este país.

Carlos también le contó un sucedido chusco durante la campaña electoral del mes anterior.

A unos camaradas nos tocó empapelar Arganda. Íbamos por la noche, para no tener disputas con los vecinos. Nos acompañaban tres camaradas que hacían artes marciales, para

protegernos. Los ultras no son para tomárselos a broma. En mitad de la pegada, se acerca uno de los guardaespaldas y nos dice que un tío nos viene siguiendo. Así que preparamos una celada, y al doblar una esquina le rodeamos. Era un hombre mayor, quizá de setenta años, mal vestido, sin afeitar. Entonces el tío levanta el puño y nos saluda. Dice que es comunista desde la guerra civil, que ha pasado los años del franquismo en un escondite, y que ha salido hace poco. No dábamos crédito al cuento, pero podía ser verdad, ya habrás oído hablar de los “topos”, ¿no? Bombardier asintió . Entonces el tío mete la mano en el bolsillo, y uno de los guardaespaldas le coge del brazo. “Tranquilo”, dice el tío. Y saca un papel. “Esta es la lista de los que tenéis que fusilar”. Un chaval joven que venía con nosotros se puso a reír, y el tío le echó una mirada asesina. Te juro que es cierto. Yo lo he vivido. Arreglar este país llevará tiempo. Es desesperante.

Bombardier acumulaba impresiones

pesimistas sobre España, aunque no tan desesperadas como las de su hermano ni tan cínicas como las de Pocavida. Creía que España estaba dominada por la insatisfacción, el recelo, la mediocridad. Pero a la vez por una fuerza vital casi inexistente en Europa y en la América próspera. Solo en esa fuerza, algo vago, inaprensible pero energético, residía la posibilidad de que la transición hacia la democracia no naufragara.

Bombardier se impacientaba por la lentitud de los días. Anhelaba la víspera de su partida. Casi todo el mundo envidiaba su condición de canadiense. Hacia el final de su estancia, su cuñada Lluïsa le lanzó una broma.

Oye, Lino, vete buscando algo para tu hermano y para mí, porque si esto pega un *esclafit* nos piramos a toda leche.

El 23 de febrero de 1981, Bombardier revisaba una instalación telefónica en la ciudad

de Saint Jérôme, cuando entró en la oficina un compañero y le dijo que le estaba buscando desde hacía un rato, porque pensaba que había salido a almorzar. Tenía que llamar a su padre a Madrid. Había habido un golpe de Estado.

Bombardier tardó en reaccionar. Al asegurarse de que no era una broma, se puso lívido, y echó a andar hacia un teléfono dando traspies. Le sentaron y le dijeron que se inclinara hacia delante y respirara hondo. Cuando se repuso, no podía marcar los números. Sacó su agenda, señaló el de sus padres en Madrid, y pidió al compañero que había ido a avisarle que marcara él.

No pasa nada, no pasa nada, hijo le tranquilizó su padre . Estamos todos bien. Ha entrado la guardia civil en el Congreso.

Le explicó con concisión el panorama. Al acabar le pasó con doña Felicia. Notó a través del teléfono el abrazo y el alivio de su madre.

¡Me alegro de que estés en América!

le dijo en francés . Te tengo que pedir un favor, hijo. Carlos, su mujer y la niña están preparados para coger un avión y salir de España. Lo más fácil es que vayan a París. No sé lo que pasará aquí. Pero quiero que mi familia esté a salvo. ¿Les podrías recibir tú en Canadá, en tu casa? No sé por cuánto tiempo. Ni siquiera está claro que vayan a irse. Todavía. En Valencia el ejército ha ocupado la ciudad, pero en Madrid la vida es normal, salvo que las calles se han vaciado. ¿Lo harás, *mon fils*?

Claro que sí.

Gracias, hijo. Hay seis horas de diferencia, ¿verdad? Te llamaré de madrugada, que ahí será la hora de cenar, para ver cómo siguen las cosas. Un beso mío y de tu padre.

Un matrimonio con enigmas

Este salto cronológico lo hace el autor en beneficio de la tensión novelística. La narrativa postmoderna se lo autoriza. Pero ahora regresa al mes de abril de 1979, en Madrid.

Quedaban pocos días para que Bombardier tomara el avión de vuelta a Montreal. Había reservado una noche para una cena de despedida con Pepín Barrado, que al final fue colectiva, porque personas de la antigua panda se pusieron de acuerdo en celebrar el acontecimiento. Al peregrino no le apetecía en absoluto convertir su regreso en una fiesta, pero no tuvo el valor de enviarles a hacer gárgaras.

Inesperadamente le telefoneó Pepe Pocavida.

Querría convidarte a cenar con mi familia. Sé que te vas pronto y estarás ocupado con las despedidas. Pero es que me sabe mal haberte dado una impresión falsa de mí. Bueno, a lo mejor no es falsa, pero es parcial. Quiero que conozcas a mi mujer y a mis hijos, que veas que soy un tío normal, no un piernas o un botarate que se junta con irresponsables y con pijos.

Pocavida insistió con tenacidad, y Bombardier no supo negarse.

Fueron dos veladas seguidas y de color muy diferente. La segunda, la cena con la pandilla y con Pepín fue estrepitosa, tierna, descacharrante e indigesta, porque llenaron el estómago con las tapas más exóticas y las más castizas de la tasca del barrio de la Guindalera en la que solían reunirse en su juventud. Bebieron vino y cerveza, café y licores, y alguno se empeñó en que cantaran *Asturias*, a lo que Bombardier se resistió. Para apaciguar un escándalo que empezaba a ser sedicioso, el neo canadiense propuso ilustrar a la pandilla con el himno de Quebec. Advirtió que iba a decepcionarles, por su escasa habilidad para cantar. Pero ocultó que la mayor decepción para una mentalidad europea acostumbrada a las marchas marciales era el sentimentalismo del himno (no oficial), más propio del repertorio de Edith Piaff que de un pueblo reivindicativo de su independencia.

Se limitó a repetir el estribillo, soltando algún gallo.

Gens du pays c'est votre tour

De vous laisser parler d'amour

Contó que lo había aprendido el día de San Juan de 1976, la fiesta nacional de Quebec, en el parque de Mont Royal de Montreal. Bombardier y otros cuatrocientos mil vecinos de la provincia corearon la música y las canciones de Gilles Vigneault e Yvon Deschamps.

El anticlímax de la fiesta llegó con el fútbol. Algunos de la panda habían sido socios del Real Madrid en su adolescencia, incluido Bombardier. Habían visto jugar en el estadio Santiago Bernabeu a DiStefano, Puskas, Gento, Rial, Santamaría y Juanito Alonso, mitos de una época necesitada de glorias. Evocaron partidos y jugadas. Entre ellas las del defensa Pachín, un hombre con cuerpo de jugador de rugby americano con armadura. Bombardier recordó con alcoholizada vergüenza que en una ocasión

él llegó a berrear, “¡¡¡Mata, Pachín!!!”, animando al defensa a romperle las piernas al delantero atacante. Todos, incluido él mismo, se rieron con estrépito.

Dos días antes había pasado una velada desconcertante en casa de Pocavida. Vivía el reportero en un holgado piso de la calle Ferraz, amueblado con un gusto que Bombardier no había conocido en ningún hogar español, entre nórdico y andaluz.

Resultó que José Luís Caunedo era hijo de un hacendoso industrial de perfilados de acero en un polígono industrial de Fuenlabrada. Y su mujer, Sonia Portilla, del director general de un banco nacional. Pocavida se llevaba mal con su padre, y solo aceptaba de él regalos para sus hijos. Sonia estaba en buenas relaciones con el suyo, de quien era el estupendo piso en donde vivía la familia.

Sonia era una mujer que parecía salida de

un molde de estereotipos de belleza. Más alta que su marido, morena de melena sedosa y piel tostada, miraba sonriendo. Vestía unos pantalones ajustados y una camisa de gasa sobre un chaleco de punto ceñido. La armonía de su figura era pasmosa. Se movía con cadencia de bailarina. Y hablaba despacio, como si disfrutara separando las palabras, con una voz algo chillona, lo único que desentonaba con la perfección.

Los niños, un varón y una hembra de pocos años (*unoh niñoh chicoh*, habría dicho doña Felicia), tenían más rasgos de la madre, y prometían ser jóvenes admirables, al menos en la apariencia.

El menú de la cena fue digestivo y convencional, un hervido de judías verdes y pescadillas fritas. La tomaron todos juntos, Bombardier acosado por los niños, que querían saber dónde estaba Quebec, y le preguntaban noticias sobre la nieve, Papá Noël, los renos, los

bosques de arces y la Policía Montada del Canadá.

Bombardier tuvo que contarles más historias cuando se fueron a dormir en sus camitas.

Pocavida se comportaba como un padre de película cristiana. Incluso daba la impresión de serlo la mayor parte del tiempo.

Ya ves que no soy el imbécil que has conocido — explicó a su convidado ofreciéndole una copa de Remy Martin.

Bombardier miró a Sonia, que no hizo ningún comentario. Bombardier intuía, sin embargo, que ella era la clave del comportamiento de su marido.

No te tomé por un imbécil, sino por un sablista.

Sonia se rió.

Jose tiene un orgullo muy peculiar.
R e c h a z a q u e s u p a d r e l e a y u d e

económicamente...

Porque quiere que sea como él, que trabaje para él. Y a mí su empresa me importa un rábano — intervino Pocavida.

Pero no se corta para pedir prestado a un amigo.

A mí no me conocía de nada. Me propuso algo así como un negocio ruinoso.

Bombardier dio detalles del encuentro que tuvieron en Baeza.

Entonces, ¿no sois viejos conocidos?

Para nada — confirmó Bombardier.

¿Tampoco conoces bien a Jose?

Un poquito a Pepe Pocavida.

Ese hombre no es Jose. Y puede que yo tampoco sea la Sonia que aparento.

Bombardier vislumbró una deriva íntima en la conversación. Sonia contó que era fisioterapeuta de deportistas, que con su trabajo

podían vivir con holgura, pero que el orgullo de Pocavida le dominaba, y buscaba trabajos de poca monta, que no estaban a la altura de su formación y de su capacidad. Que prefería trabajar en revistas de contenido escandaloso y vida efímera antes que en periódicos de prestigio.

A mí el prestigio me importa un huevo aclaró Pocavida . Y demás, para trabajar en uno de esos periódicos tienes que responder a un cliché que yo soy incapaz de fingir.

Desde luego, pensó Bombardier, el cliché de este hombre es el del perdedor, el aventurero, no el del redactor rutinario. Bombardier no conocía el mundo del periodismo, e ignoraba que la mayoría de los profesionales de la época eran personas montaraces, poco acostumbradas a los hábitos profesionales, e imitadoras de estereotipos cinematográficos norteamericanos. Para él, el trabajo serio y eficaz se basaba en el método y la

disciplina. Incluso los artistas bohemios y marxistoides de Montreal eran gente que se comprometía con sus trabajos y sus empeños y no solía fallar ni decepcionar.

En realidad, el problema de Jose soy yo. Antes de conocerme no era Pepe Pocavida. Pepe Pocavida es un buscador de lo imposible dijo Sonia.

Bombardier advirtió que estaba reteniéndose, que todavía no había decidido si pasar a la confidencia. El sondeo que había hecho sobre la relación entre los dos hombres tenía que ver con ello. “Esta noche puede a ser muy íntima”, pensó, “porque valoran si confían en un desconocido que aparece en su vida, desaparece y se pierde, que no va a comprometerles. Y está claro que necesitan desahogarse.”

Cuando Jose y yo nos conocimos no nos ocultamos nada. El sabía cómo era yo, mis limitaciones, y él no me engañó sobre su forma

de entender la vida. Los dos estábamos convencidos de que no hay nada mejor que la familia. Ahora tenemos dos hijos. Hemos sido consecuentes. Pero menos felices de lo que esperábamos. Los dos nos sentimos culpables.

El enigma escondido tras estas palabras debía de ser tremendo, pensó Bombardier. Miró a Pocavida, que parecía resistirse a hablar.

Sé que te estás preguntando por qué llevo una vida disipada. Lo es a medias. Ahora en este país todo el mundo miente, nadie es sincero porque la verdad varía de un día para otro. Pero lo hacemos con espontaneidad, sin siquiera darnos cuenta de que somos unos irresponsables. Bueno, sí lo sabemos. Pero como todo el mundo se comporta igual, la coherencia parece un defecto.

Jose es un “sociologista” interrumpió Sonia . Nuestro problema, el suyo y el mío, no es el problema de nuestra sociedad. La sociedad ha apostado fuerte, nos jugamos un futuro

democrático, ponernos a la altura de Europa... Que Europa nos acepte... Aunque no estoy segura de que merezca la pena tanto hilar fino. A mí el Mercado Común me la refanfinfla. Lo que me preocupa es la felicidad de mi familia.

Al hablar, Sonia jugaba con los flecos de su camisa de gasa. Al acabar los soltó, como avisando que había terminado de hacer confidencias.

La conversación derivó hacia la situación en España, la política y la economía. Luego, por enésima vez, Bombardier explicó las circunstancias singulares de la provincia de Quebec, su diferencia cultural con el Canadá anglófono, también desgarrado entre quienes aspiraban a convertirlo en un estado más del gigante del sur, y quienes buscaban una identidad que los francófonos tenían bien construida.

No era la del alba, pero sí más de las dos de la madrugada cuando dieron por concluida la

velada. Las confidencias habían quedado en poco. Bombardier aseguró a Pocavida que la impresión que se llevaba de él había cambiado por completo, gracias al conocimiento de su familia. Le condujo en coche a su casa, y Bombardier comprendió que no era por cumplido, sino para seguir hablando más allá del límite que el hogar y el pudor impusieron durante la larga sobremesa.

 Mi mujer es anorgásmica. Y yo soy un gilipollas.

 A Bombardier le dejó atónito la confesión. No dijo nada, seguro de que ahora venían los detalles.

 La anorgasmia no psicológica es rarísima. Es la suya. Me la confesó el primer día que le metí mano. Me dio igual. Follar con una mujer como Sonia es un sueño para un hombre, ¿no? Con el paso del tiempo, a veces es casi una pesadilla...

 Hizo una pausa al adelantar a un camión

de limpieza que lanzaba agua sobre el pavimento de Alberto Aguilera. Luego se saltó un disco en la glorieta de San Bernardo, pero se detuvo en un semáforo del cruce de Carranza con Fuencarral.

Entonces creí que había cometido un error casándome con ella. Pero cuando me planteaba la separación, no encontraba razones que no fueran egoístas. Follar. Me puse a follar. Ligaba de un modo aleatorio, solo por follar. Los resultados eran a veces catastróficos, y siempre desalentadores. Y de pronto, un día no se me empinó. Solo se me pone tiesa con mi mujer. Es para volverse loco, ¿verdad? Una mujer de bandera, pero fría como el hielo, aunque ha aprendido a llevarme la corriente.

Se volvió a detener, ahora en un semáforo de la calle Génova con la plaza de Colón. Bombardier consideró que debía decir algo.

Pero, ¿Sonia sabe que tú... te...?

Sí, claro. Cuando vio que yo empezaba a

sufrir, me dio carta blanca. Pero eso le hace sufrir también a ella.

En la plaza de Manuel Becerra, se desvió por Doctor Gómez Ulla hacia la Avenida de los Toreros. Sin ninguna razón aparente, paró el coche en la orilla del terraplén que baja hasta la plaza toros de las Ventas, oscura e inerte. Bombardier le dijo que no hacía falta que le dejara en el portal de su casa, que le venía bien ir andando por las callejas alledañas hasta la avenida de Bruselas. Le tendió la mano. Pero Pocavida no se dio cuenta. Cavilaba algo.

¿Qué es lo único diferente que un hombre puede hacer con una mujer, que no haga con un hombre al que quiere, al que le une el afecto, tú me entiendes, no?

La mirada que emitió Bombardier decía que no.

Sí. Tú tienes un amigo íntimo, un hermano, un padre, un hijo. Tú le quieres, en cierta forma puedes decir que estás enamorado

de él. Pero no follas con él; ni se te ocurriría. Pero con una mujer, sí. Cualquier hombre puede follar con cualquier mujer. Y no hace falta que la quiera, solo que la desee. Y a la inversa. Yo quiero a Sonia, quiero a mi mujer, y no follo con ella, o no me sirve de nada. Es como si viviera con mi hermana. No, no es eso, no me siento culpable de nada parecido a un incesto. Pero tú me entiendes, ¿no? Esta vez Bombardier asintió. Es una tragedia. Es mi tragedia. Y la de ella. ¿Qué puedo hacer? Tu, ¿qué harías? ¿Te dedicarías a buscar con quién follar? Eso sí me hace sentirme culpable. No se me empina. ¿No ves?

Bombardier tuvo que reprimir un temblor, producido por la sugerencia de Pocavida. Pensó en algo, en cualquier comentario, el primer consejo que se le viniera a la cabeza. Pero el horror le había dejado en blanco.

Salió del coche y dio la vuelta hasta la puerta del chófer. Pocavida se apeó también del

vehículo, abrazó a Bombardier y le dio las gracias.

Dame tu tarjeta. Te escribiré desde Montreal, si es que se me ocurre algo sensato que decirte.

Te la di en Baeza.

Sí, pero la perdí. Bueno, la tiré a una papelería, porque te tomé por un estafador.

El estafador de mí mismo. Dame tú también tu dirección en Canadá dijo tendiéndole el cartoncito.

Te la enviaré con la primera carta. Toda mi vida allí está ahora mismo en el aire.

Pues que tengas un buen aterrizaje. Gracias, amigo. Espero tus noticias.

Las tendrás.

Cruzó Bombardier la desierta avenida de los Toreros y antes de meterse por una callecita con edificios antiguos de dos o tres pisos, se volvió para despedirse. Tuvo la impresión de

que Pocavida se quitaba de la mejilla una lágrima, aunque le pareció poco probable. Entonces recordó la instrucción del agente Dickson agonizante a Lemmy Caution, “Lemmy, salva a los que lloran”. Quería decir a los que lloran de verdad, no a que se dejan conmover por los melodramas de celuloide.

Los diez minutos que le costó llegar a su casa los pasó en una nube que flotaba sobre Madrid, sobre Jaén, sobre Baeza y sobre Montreal, con sus barrios de casitas alineadas, sus aceras plantadas de arces, los parques forestales próximos a la ciudad. Se sintió anestesiado, aturdido, ajeno a los dolores y a las alegrías de la humanidad. Era algo anormal, pero con un efecto terapéutico que notaría días después al aterrizar en el aeropuerto de Montreal-Dorval.

Descubrimientos inesperados

Bombardier se detuvo dos días en Francia para visitar a Felipe y a Carmela. Las paredes de

la casita adosada en el barrio de Wattreloss de Roubaix tenían una mano de pintura de tono rojizo. Todo lo demás estaba igual: los viejos y sólidos muebles de laca oscurecida por los años, la muñequita andaluza, el toro con banderillas de colores republicanos, la estampa enmarcada de la Virgen de Linarejos, el “Mundo Obrero” plegado bajo ella en el aparador, el mantel de hule sobre la mesa de la cocina-comedor, con el jarrón y las flores de plástico dominando un horizonte de tablero de ajedrez, los rozados escalones de madera que subían a los dormitorios. Habían pasado cuatro años y nada, ni siquiera el polvo, había recogido el transcurrir del tiempo. Solo el televisor, es decir, los programas de la televisión, testimoniaban los cambios estéticos que habían sufrido Francia y Bélgica. Entregó a Felipe y a Carmela un décimo de lotería de Navidad que su madre le había regalado en el aeropuerto. Lo hizo porque tuvo el palpito de que iba a salir premiado, y le daba miedo.

A Bombardier le alegró haberse establecido al otro lado del Atlántico. Le parecía que Europa se había atascado en la crisis del petróleo de 1973. Francia, añorante del general De Gaulle y desbordada de huelgas. Italia y Alemania, sacudidas por el terrorismo. Inglaterra, en combate pugilístico entre el *thatcherismo* y los mineros. España, pendiente de un hilo llamado “Pacto de la Moncloa”.

Este panorama lo fue desgranando con su tío Felipe y alguno de los *copains* de Lila con los que se citó. El discurso del exiliado era contradictorio, la fantasía ortodoxa del PCF (España cada vez le importaba menos), en convivencia o connivencia con el pragmatismo giscardiano. A los *copains* les resultó mas fácil que a la pandilla madrileña de Bombardier entender las explicaciones que daba sobre el laberinto quebequés. Bombardier se percató mientras hablaba de que se había identificado con los agravios de los francófonos, ajenos a él, *même* si se miraba como uno de ellos, que no lo

era. El no sentía humillación e ira cuando los anglófonos pronunciaban las palabras francesas a su modo y manera, que sonaban a burlas de clown canalla, mientras que los francófonos hablaban un inglés irreprochable.

Esta realidad molesta, no formar parte de ninguna de las dos tribus, empujaba a los inmigrantes asimilados a abrazar a ciegas el independentismo quebequés o a ponerse de parte de los anglófonos.

Los jóvenes quebequeses esgrimían la reivindicación de sus mayores, aferrados por su naturaleza a un futuro prometedor, es decir, cuajado de promesas, irrealizables o posibles. La mayoría de la población, sin embargo, hacía su vida doméstica al margen de este conflicto, con excepción de la fiesta de Saint Jean Baptiste y algún que otro tumulto relacionado con las leyes que liberaban Quebec de las imposiciones inglesas. Para esa mayoría el conflicto se resolvía de esta forma: “Vosotros los anglófonos estáis

encantados de ser ingleses y de rendir adhesión a la reina. Nosotros los francófonos no queremos ser franceses, no somos súbditos de nadie, solo queremos ser *québécois*". Los más laxos aceptaban ser canadienses, pero ni ingleses ni franceses.

Esta disyuntiva molesta había reunido en territorio neutral a un grupo de europeos y a un puñado de norteamericanos gringos refugiados en Quebec, huidos del reclutamiento militar y de la guerra de Vietnam. Habían formado lo más parecido a una pandilla, que se juntaba todas las semanas en un pub irlandés de Montreal. Se hacían llamar *La Bande des Métèques*. Casi todos eran hombres. Bombardier, curiosamente, había hecho mejores migas con las pocas mujeres del grupo.

Evocó a los *Métèques* durante el vuelo de París a Montreal, en especial este detalle de su mejor relación con las mujeres.

Se dio cuenta de que, con la excepción de

Hubert el carpintero y de Germain el fotógrafo, sus amistades más próximas en el Nuevo Mundo eran mujeres. No aquellas con las que se había acostado, sino las que había ido conociendo en la universidad o mediante su trabajo y se habían mantenido como amigas. Casi todas eran mayores que él, y poco atractivas. Quizá por eso el afecto de Bombardier por ellas era neutro, es decir, asexual. En algún momento había saltado entre él y alguna de ellas un chispazo erótico, que uno y otra habían ignorado sin frustración.

La perspectiva de su vida a partir de ese momento en América tenía dos horizontes complementarios y entrelazados: su nuevo trabajo y la incertidumbre de formar o no una familia. El dilema a veces se volvía angustioso. Los ejemplos de familia que mejor conocía eran desalentadores, con escasas excepciones: su hermano Carlos y Hubert el carpintero.

La primera noche de Bombardier en su

casa de la Rue Lajeunesse la pasó casi en blanco por la diferencia horaria, la madrugada canadiense coincidía con la mañana española. A pesar de todo, había conectado el despertador de la radio. Apenas había conseguido dormirse cuando le sobresaltó la voz panfletaria de Jacques Proulx, con su lenguaje prácticamente *joual*, poniendo en solfa una huelga de basureros en Montreal, desde la emisora CKAC. La sorpresa le hizo perder la orientación. Tardó en reconocer su dormitorio. En su memoria reciente, el escenario era la habitación que había ocupado en Madrid durante dos décadas. La buscaba con la vista, pero no la encontraba. Las palabras del presentador quebequés le volvieron a unir a Montreal, pero después de un esfuerzo de orientación.

Mientras se concentraba, le pareció que acababa de despertar de un largo sueño cuyo escenario había sido España. Hasta que no se duchó (mientras recibía los chorros de agua en la cara, recordó que pocas horas antes ya lo

había hecho, nada más entrar en su reciente domicilio de le Rue Lajeunesse), no empezó a coordinar su sentido de la realidad presente con la memoria. El hecho de no estar acostumbrado al apartamento en el que se había instalado unos meses antes, le tuvo trastornado un par de días. Con frecuencia no encontraba objetos que necesitaba, porque los buscaba en el apartamento de la Ville de Verdun o en el piso del Parque de las Avenidas de Madrid.

No le costó, sin embargo, adaptarse al nuevo trabajo en la *Bell Canada*. Le sirvió como un tránsito al que debía de prestar toda la atención, distrayéndole de emociones inoportunas.

La ciudad de Montreal se expandía hacia lo alto, como si no tuviera sitio en la inmensa isla que la acogía. Las avenidas y calles interminables que la recorrían de arriba a abajo se poblaban de rascacielos. Los comercios y las cafeterías nuevos eran copias de comercios y

cafeterías USA. El modelo yanqui se imponía en la estética urbana quebequesa, en especial en los barrios arrasados y reconstruidos o en las nuevas urbanizaciones. Esto no había ocurrido en un mes, pero la ausencia de Bombardier le predisponía a redescubrir lo que pasaba desapercibido al ciudadano estable.

La sumisa esposa de Germain, el fotógrafo y artista que continuaba siendo su padre quebequés, le preparó una cena de bienvenida. El fotógrafo le puso al corriente de la vida cultural de la provincia, cada vez más activa en el anhelo separatista de Canadá. El gobierno nacional estaba a punto de pasar a manos de un conservador, Joe Clark (de hecho, el quebequés y liberal Hubert Elliot Trudeau perdió las elecciones), y el ascua del independentismo francófono se reavivó. *Pour notre malheur le monde est real*, sentenció Germain con voz cavernosa. Y añadió *Le présent est effrayant parce que qu'il est irréversible*. El humor del *instruit* quebequés se estaba agriando, y a su

ahijado Bombardier le afectaba, aunque Germain intentó quitarle mella a las sentencias con la excusa de que acababa de ver por vigésima vez *Alphaville*, de Godard, y se había quedado con algunos de los aforismos.

También pasó por el pub irlandés de *Centre Ville* donde acudían los miembros de la *Bande des Métèques*. Encontró a las dos Helen, Robertson y Prendergast, ambas australianas. Trabajaban en un departamento nuevo de la Administración canadiense, creado a imagen y semejanza del original *en el Australian Public Service Board*, para garantizar la igualdad de oportunidades entre los funcionarios de todos los colores, orígenes, género y dificultades físicas para trabajar. Le dieron noticias del resto *de los métèques*, y le informaron de que el mayor de todos, Pedro Ramires, un portugués *directivo de Bombardier Inc*, la empresa constructora de convoyes ferroviarios, se casaba con su novia, la violinista letona de la *Orchestre Symphonique de Montréal*, veinte años más joven que él. La

Robertson estaba divorciada en Canberra, y la Prendergast era una soltera que convivía discretamente con otra australiana en Sydney. Bombardier temió que alguna de ellas le preguntara si pensaba casarse pronto.

Al ir a cenar a la nueva casa de Hubert y de Loretta cerca de la Rivière des Prairies, en el barrio de Nouveau-Bordeaux, sufrió una severa conmoción. Había llevado regalos para los niños, para el carpintero y para su mujer. Uno de ellos, era una muñequita vestida de sevillana.

Loretta casi se la arrebató a su hija, que había apreciado más unos dulces comprados en el aeropuerto de París.

¡Esto me lo quedo yo! ¿No te importa, cariño?

Bombardier sintió una contracción en los intestinos. El apelativo lanzado por Loretta a su hija, “ma petite”, le sonó a “mon petit”, y reavivaron de golpe su imposible deseo. Las explicaciones que dio Loretta de su interés en la

muñequita con falda de faralaes dejaron atónito al español.

 Mi madre tenía una como esta. Más grande. Pero se perdió cuando se separó de mi padre. Mi madre era española. De esa región donde las mujeres van vestidas así dijo enarbolando la muñequita.

 ¿Pero tus padres no son irlandeses?
murmuró Bombardier patidifuso.

 Mi padre, sí. Pero mi madre era española nacida en Canadá. Su padre era pescador, y en uno de los viajes se quedó en Terranova. Mi padre y mi madre se separaron cuando yo tenía diecisiete años, y poco después murieron los dos, yo creo que de pena o de culpa, porque los dos eran católicos

 De no estar en un sofá, Bombardier se habría desplomado.

 ¿Tú lo sabías? preguntó al carpintero.

 Hubert hizo un gesto ambiguo.

¿De qué parte de España era tu abuelo?

De Andalucía. De un puerto de pesca de altura. No sé el nombre de la ciudad.

¿Huelva? ¿Cádiz?

Jaén, creo.

¡La madre que me parió! soltó Bombardier en español.

Loretta se echó a reír, como si lo hubiera comprendido.

En Jaén no hay puerto de mar añadió el español, poniendo cara de estupefacción.

El niño miró fijamente a Bombardier, y le dijo:

Tu as une figure longue comme un jour de pluie.

Quel coquin tu fais! replicó su madre, y explicó que hacía un rato le había dicho al niño esa misma expresión.

Loretta dominaba el francés, aunque con

acento inglés.

Al despedirse, Bombardier creyó notar que el beso de la mujer en su mejilla se había estampado con fuerza. Entonces cayó en la cuenta de aquel “será cosa de la sangre” de Loretta, cuando explicaba la afición taurina de su hija María al jugar con Bombardier. Se refería a la sangre española.

En *Bell Canada* Bombardier se encontró a gusto. Más avisado que la mayoría de los empleados anglófonos o francófonos, resolvía los problemas por intuición. Esto le enemistó con algunos compañeros más preparados que él, más técnicos.

Uno de ellos terminó siendo su amigo. Se trataba de un mexicano casado con una canadiense. Era un tipo metódico, frío. El español no supo que era hispanoparlante, y el mexicano también ignoraba la verdadera nacionalidad de Marcel Bombardier, hasta que en un encontronazo, el europeo soltó un “puta

madre”.

El mexicano se llamaba Tomás Gil, “Zomas Yil” en inglés. Reprendió a Bombardier por haberle mentado a la madre, algo gravísimo en su país de origen. El español se disculpó. Ambos encontraron significativo que los dos ocultaran o disimularan sus verdaderos nombres. El mexicano explicó que no se sentía a gusto siéndolo. Denigraba a sus compatriotas, y justificaba todos los estereotipos que los gringos habían creado sobre ellos. Preguntó si Bombardier estaba también en esa tesitura. Tomás valoró los antepasados belgas de su colega y también su españolismo auténtico, un europeo sin mestizajes indígenas.

Tenía cara de hurón con lentes, con una calvicie avanzada. Vestía con extremo cuidado, y se calzaba guantes cuando tenía que tocar aparatos, para no pringarse de polvo o de grasa, o para no dejar huellas en los sensibles mecanismos. En el trato con los compañeros era

distante, algo más que la tibieza habitual de los profesionales anglosajones.

Su mujer, Gail Gil, Parker de soltera, era médico y abogada, nacida en Búfalo, estado de Nueva York. Había estado en Vietnam en un hospital de campaña como voluntaria en la cruzada contra el comunismo. Pero allí había presenciado atrocidades, y al licenciarse se había hecho abogada para denunciar los abusos cometidos por la administración estadounidense.

En defensa de los jóvenes yanquis que habían cruzado la frontera de Canadá para escapar del reclutamiento militar, había acabado en Ottawa, donde conoció a Tomás. También se introdujo, mediante algunas carambolas políticas, en los círculos independentistas de Quebec que hacían *lobby* en la capital de Canadá. Se entusiasmó con su causa, y René Levesque, primer ministro de la provincia, la invitó a establecerse en Quebec y formar parte

del equipo de segregacionistas. Tomás no encontró trabajo en la capital, pero sí en Montreal. Se veían los fines de semana.

Gracias a Mrs Gail Gil, Bombardier siguió el conflicto de la provincia francófona con el estado canadiense. Desde la rectificación por el Tribunal Constitucional de la Ley 101 que excluía al inglés como lengua oficial en Quebec, a la enrevesada conferencia de Vancouver sobre el derecho al veto y el derecho de retracto de Quebec, y al fracaso del primer referéndum para la segregación de la provincia, en mayo de 1980. Tomás defendía el federalismo canadiense, es decir, la predominancia inglesa, y comentaba la alineación de su mujer con el independentismo como si se tratara de una diferencia deportiva, “yo soy de los *New York Rangers* y ella de los “*Habs*”, *Les Canadiens de Montréal*”, dos rivales de la copa Stanley de hockey sobre hielo. Un matrimonio moderno puede tener ambiciones rivales. A algunos les parecía admirable, a Bombardier, una paradoja

con límite de caducidad.

Bombardier conoció a Gail, que le preguntó si se había exiliado por Franco. Pensó en seguirle la corriente e inventarse una historia, pero temió que Tomás se diera cuenta y se molestara. De todas maneras no rectificó la idea de la mujer, que valoraba más un exilio que una simple emigración. El matrimonio del mexicano y la gringa le parecía una extravagancia. Se preguntaba quién estaría enamorado de quién, si es que el afecto existía entre ellos. En público se comportaban como dos buenos amigos. A Bombardier le habría gustado tener más confianza con Tomás para indagar sobre la naturaleza de su unión con Gail.

Noticias inquietantes de la península ibérica

Un día recibió carta de su hermano Carlos. Le contaba que los papás habían decidido no vender el cortijo. Don Manuel no tenía nada

claro las intenciones de esos alemanes que querían producir aceite biodinámico. Había indagado en los métodos del teósofo Steiner, y había concluido que eran superstición pura. Don Manuel era entusiasta defensor del empleo de pesticidas, herbicidas y estimulantes químicos para el crecimiento de las cosechas, entre otras cosas porque era jefe de ventas de una agroquímica nacional con capital extranjero. No obstante, en el cortijo de Doña Felicia los empleaba con precaución, y mantenía el cultivo tradicional de la tierra, que había empezado a llamarse orgánico o ecológico. Deseaba que el aceite que consumían en casa estuviera lo más libre posible de potingues artificiales.

Carlos le daba cuenta de la fiebre golpista que elevaba la temperatura de los militares, indignados con el terrorismo y el separatismo catalán y vasco que se había extendido a todas las regiones de España. No era ésta la opinión de Carlos, sino la de los militares, subrayaba.

También le apuntaba algunas especulaciones sobre el misterio del abuelo guardia civil, que se retiró a toda prisa y de un modo que, al parecer, había cubierto de oprobio a la familia. A preguntas de Carlos, don Manuel había insinuado que el comandante se vio involucrado en un asunto oscuro. No era ni protagonista ni actor invitado en el turbio enredo, pero algo enigmático le había forzado a intervenir, y había puesto en riesgo el honor del cuerpo, que se lo quitó de en medio de manera fulminante, compensándole con un ascenso póstumo que mejoraba su pensión.

Esto había afectado a la buena relación del matrimonio, todavía residente en Jaén, donde don Manuel trabajaba en el Servicio de Extensión Agraria. Por qué y cómo era otro misterio. El padre solo admitía reconocer que “tu madre y yo tenemos nuestras cosas, como todos los matrimonios”.

“Todos los matrimonios tienen sus cosas”,

concedía Carlos, “pero las de papá y mamá son de novela de Zola”.

Bombardier estaba convencido desde hacía tiempo de que su resistencia a casarse tenía que ver con el ejemplo familiar. Pero se preguntaba cómo había afectado a Carlos su educación en un matrimonio de púgiles. Al contrario que él, Carlos se había casado y, de momento, persistía. Se lo había preguntado, y había dicho con sorna que su relación con Lluïsa la de la diéresis no era tan estable, que la militancia, cada día más intensa por la presión política del país, estaba deteriorando matrimonios que parecían “inasequibles al desaliento”. Se preveía un diluvio de divorcios en cuanto se aprobara la ley.

Desasosiego

En enero de 1981, Bombardier escribió su primera carta a Pocavida.

Amigo José Luís,

He tardado en cumplir mi promesa, pero no la he roto. Estamos en el punto álgido del invierno. Imagina calles, plazas, jardines y carreteras cubiertas por la nieve. Solo las primeras se limpian para que circulen los autobuses y los automovilistas atrevidos. Yo he desistido de comprarme coche. Los transportes públicos de Montreal son buenos, y las líneas de Metro se van ampliando. Dicen que quieren construir una ciudad subterránea.

Estas cosas importan más a la gente que las discusiones sobre el inglés o el francés en la escuela o la Carta Canadiense de los Derechos y Libertades. No conozco a nadie que le falten, pero los políticos se llenan la boca de grandes palabras no sé bien para qué, supongo que para hacer creer que sin ellos no las hay. A los ciudadanos nos interesan más otro tipo de garantías: que las calles estén abiertas al tráfico en invierno, que haya trabajo para todos y que esté bien pagado para gastar como descosidos, sobre todo en Navidad y en las vacaciones. El año pasado los independentistas perdieron por 60 a 40 el

referéndum. Mi medio social es francófono al 80 por ciento, y anglófono al 17; el 3 por ciento es español, portugués y hasta italiano, lenguas que chapurreo con los amigos cuando nos vamos de cena con “La bande des Métèques”, una pandilla de extranjeros en Montreal. Pero yo voté la permanencia de Quebec en Canadá. Tenía una razón lógica y poderosa, mi pasaporte canadiense vale más en el mundo que un hipotético pasaporte quebequés. Pero los secesionistas no se dan por vencidos, y preparan otro referendo para dentro de unos años. Ya veremos. “C'est beau tabarnak!”, “¡Bonita mierda!”, expresión local.

¿Te acuerdas del día que me llevaste a mi casa en Madrid después de cenar en la tuya? Te lamentabas del problema erótico y moral que tenías con tu bella mujer. Quizá te parecía que yo era un tipo afortunado. Pues no lo soy. A mí me gustaría casarme. Podría hacerlo, soy soltero y estoy enamorado de una mujer que es un bombón envuelto en celofán dorado. Pero está casada con mi mejor amigo canadiense, con quien tiene dos hijos.

Los conozco desde los primeros días de mi aterrizaje en Montreal. He tenido tiempo de sopesar sus cualidades. Son excepcionales. Y ella, Loretta, posee una especial que cuando me enteré, estuvo a punto de darme un síncope. Su abuelo materno era andaluz. Los paternos son irlandeses. Todos católicos.

Loretta es la mujer más desenvuelta que he conocido. He meditado bien antes de poner el adjetivo. Podría haber escrito desembarazada, libre, abierta y algunas palabras más, que todas juntas describen una forma de ser positiva, optimista, constructiva. Desenvuelta me parece que describe mejor a Loretta. Es despejada, desenfadada y tiene facilidad y expedición en el decir, según el diccionario de la RAE que me traje de España. Expedición en el decir y en el actuar. Para Loretta no hay problemas insuperables.

Y, como te digo, es una hermosura. Más bajita que tu mujer, y rubia de pelo enredado, de piel blanca y pecosa. Su estampa no es de diosa griega, pero es tan deseable como Venus. Su juventud (poco

mas de treinta años) conserva su cuerpo en el mejor estado, no usa cremas ni afeites. Le importan un rábano. No me hartó de verla durante las pocas semanas que dura aquí el verano, en el jardín de su casa, junto al río de los prados, la “riviére des Prairies”. Me lleno de ella. Estoy lleno de ella.

Es la única mujer con la que me siento a gusto, pero la única con la que me sentiría culpable si la consiguiera.

Mi sufrimiento es casi calcado del tuyo. La amo, pero no la poseo. ¿Verdad que entiendes esta palabra como algo físico? Quiero decir erótico, sexual, no como un atributo legalista o moral. Estoy lleno de Loretta. Tanto, que Hubert, su marido, lo nota. Pero es un hombre inusual, inexplicable, a veces imagino que tan bondadoso como para compartir su propia mujer. Estoy tan lleno de Loretta que ella misma lo sabe. De eso sí que no tengo dudas.

Veo a Loretta casi todos los días, porque vivo en la casa que ellos habitaban hasta que se

compraron otra más grande. Ella a veces le trae el almuerzo a su marido, Hubert, el carpintero, que conserva el taller en la antigua vivienda. También siguen llevando a los niños a la misma escuela del viejo barrio. Yo mismo los recojo de vez en cuando. Soy parte de la familia, como un tío. Pero yo deseo a Loretta, y tenerla significaría arrebátársela a Hubert.

Hay temporadas en que la desesperación me lleva a límites peligrosos. Busco amantes que carecen de responsabilidad, de barreras. O me echo una novia con la intención de casarme, y llegado el punto álgido, me pongo a dar derrotes como un toro con la cabeza gacha para ahuyentarla.

¿Es posible que no haya otras mujeres con las cualidades de Loretta?

Tú tienes a Sonia. Está a tu lado. Compartís vida, hijos. Espero que lo sigas haciendo.

Vale. Bueno. Qué idiota es quejarse. No me falta nada, salvo lo decisivo. Tengo salud, trabajo, amigos. Pero estoy al borde de la desesperanza. A

veces me largaría, me adentraría en los bosques de Ontario, me abandonaría al hielo en los territorios árticos y deshabitados de Nunabut. Te juro que no es un desahogo verbal. Tengo miedo de que un día me dé una ventolera gélida.

El otro día me ofrecieron trabajo en Bombardier, una empresa que fabrica trenes y que prepara su entrada en el negocio aeronáutico. No tengo nada que ver con ella. Su fundador fue un canadiense de ese apellido, Joseph-Armand Bombardier. Si acepto, me trasladaría a Francia. Pero yo no me quiero ir de Canadá. Yo no me quiero alejar de Loretta. Ni de Hubert, ni de sus hijos.

No te estoy pidiendo consejo. Me estoy desahogando. Así que no tienes por qué decirme nada si te decides a escribirme. Sobre todo no me digas que te has separado de Sonia.

Un abrazo

Maniobras

A finales de marzo de ese mismo año, Bombardier recibió dos cartas sucesivas. Su hermano y Pocavida reflexionaban sobre el fallido golpe militar del 23 de febrero.

Pocavida no hacía la más mínima mención a la cuestión evocada por Bombardier en su misiva, y tampoco decía una palabra sobre Sonia. El neo canadiense se sintió defraudado, a sabiendas de que no tenía ninguna razón, porque él mismo había concedido al español licencia para ignorar esos problemas.

Este asunto, la razón, el derecho de unos y de otros a conducirse de acuerdo con sus intereses o con sus fantasías fue el centro de atención en Canadá durante largos meses. Una incertidumbre como la de Bombardier en torno a Loretta y a Hubert. Tan pronto parecía estar a punto de resolverse como derrapaba por una curva inesperada.

El asunto de la Carta de los Derechos de Quebec, la “repatriación” de la Constitución

canadiense, secuestrada en el Parlamento londinense, el multiculturalismo, empezaron a adquirir envergadura en la opinión pública. A veces, es decir, en los malos ratos, Bombardier lamentó haber rechazado la oferta de la constructora de trenes de trasladarse a Francia, porque la polémica política en su nuevo país rozaba el dramatismo. Le costó entender eso de la “repatriación” de la Constitución de 1864, según la cual Gran Bretaña reconoció el derecho de autogobierno al “Dominio de Canadá”, reservándose un gobernador general sin funciones políticas.

Pierre Elliot Trudeau, de nuevo en el gobierno, abanderaba desde Ottawa la redacción de una nueva constitución que liberara por completo al país de la “protección” británica. La provincia de Quebec estaba de acuerdo, siempre que quedara reflejada en ella su hecho diferencial: Canadá había sido fundada por dos pueblos de colonos, ingleses y franceses. Los primeros se impusieron y

dominaron por conquista a los segundos en el siglo XVIII. En la nueva Constitución Quebec se reservaba la conservación de su lengua y de sus costumbres. La argucia democrática de Ottawa fue introducir el concepto de “multiculturalismo”, metiendo a los indígenas de la tierra canadiense y a los inmigrantes en la nueva constitución. Ya no había pueblos fundadores europeos.

Poco antes de que en España el PSOE consiguiera mayoría parlamentaria para formar gobierno en octubre de 1982, el Parlamento británico y la reina promulgaban la nueva constitución canadiense, que no fue redactada en francés porque los quebequeses se consideraban excluidos. Un año después, consiguieron imponer una Carta de Derechos y Libertades para ellos solos.

Un punto débil

En la Navidad de 1981 Bombardier hizo

muchas fotos a la familia de Hubert. El día de Reyes del 82 les regaló una selección en un álbum. Se parecía tanto a una revista de famosos, que sintió vergüenza y lo rehizo. Le determinó a ello la reacción del carpintero libertario, que le dio las gracias con poca efusión. A Loretta, sin embargo, le pareció un tesoro, y lo guardó.

Un día radiante de enero, en las pocas horas de sol, la temperatura ascendió a 10 grados sobre cero. La media en aquella época era menos 16 grados.

Hubert lacaba en el taller una cómoda de estilo chino encargada por un constructor inmobiliario. En las épocas de poco trabajo daba *congé* a sus ayudantes, y se quedaba con el aprendiz más veterano. El chico, un tipo de pocas palabras, mestizo de esquimal y europeo, cepillaba unas tablas al fondo.

Bombardier tenía prisa por deshacerse del álbum rehecho, no pudo esperar al fin de

semana. Bajó al taller, y esperó desde la puerta de la escalera a que el carpintero acabara una de las manos. Se acercó con el paquete, y se lo entregó a su amigo.

¿El nuevo álbum?

Espero que te guste. Tengo que volver al trabajo, y quería dártelo hoy. Esta tarde me paso por tu casa y me dices qué te parece.

Ahora no puedo mirarlo, porque lo ensuciaría. Déjalo en el salón. Gracias, Lino.

Hubert, Loretta y Germain eran las únicas personas en Canadá que le llamaban por su nombre de infancia y adolescencia.

Cuando Bombardier llamó a la puerta del nuevo domicilio familiar en el barrio de Nouveaux Bordeaux no estaba el carpintero.

Ha tenido que hacer una reparación a casa de un cliente — le explicó Loretta.

¿No podemos esperarle? preguntó Bombardier.

Loretta se encogió de hombros. Los niños exigieron abrir el paquete. Entre los dos rasgaron el papel y abrieron el álbum.

A medida que pasaban las hojas, los niños se iban cansando. Se fueron retirando, y pidieron una dosis de televisión.

Bombardier comprobó que a Loretta el nuevo trabajo le impresionaba. El primer álbum también le había gustado, un montaje convencional, para una familia convencional de gustos convencionales. ¿Era Loretta una mujer convencional, una madre de familia sin ambiciones, contenta de su estado y de su condición, una canadiense encasillada en un manual de sociología, que acabaría participando en una *Soirée Canadienne* con un vestido de florecitas exactamente igual al de sus paisanas invitadas al plató? ¿Por qué había hecho Bombardier un trabajo estereotipado, si sabía que Hubert era un hombre con personalidad y criterio, un tipo que aborrecía los moldes?

Quizá porque, a pesar de esto, su familia era un ejemplo de normalidad, de armonía, de fortuna, de libro bonito.

¡Es precioso! exclamaba ella al pasar las páginas.

¿Te gusta más que el primero?

¡No! ¡Me gustan los dos! ¡Nos has sacado guapísimos! ¡Soy yo así? dijo señalando una de las fotos en las que aparecía de verdad como un bombón envuelto en celofán dorado.

¡Claro! exclamó Bombardier con convicción.

Y sacando un sobre de un bolsillo de la chaqueta, se lo entregó a Loretta.

Ella lo abrió y extrajo dos fotografías en blanco y negro. Aparecía ella sola, una de cuerpo entero, la otra de busto. Vestía unos panties oscuros y gruesos de punto, y un jersey tejido por ella misma. La postura en la foto resaltaba sus curvas. Y la expresión de su cara

era de una picardía equívoca.

Loretta las miró despacio. Mientras, Bombardier se recreó en ella. Su cabeza era un ancho óvalo envuelto en una melena desordenada y crespa de tono pajizo. Los ojos eran azules, poco españoles, de hada gaélica o nórdica, bajo unas cejas gruesas y descuidadas. Sus labios finos marcaban una sonrisa incluso en los malos ratos, descubriendo unos dientes irregulares pero sanos. Su nariz era ancha, más bien vulgar. La belleza agreste de Loretta procedía de su interior, no de una mejora biológica. El volumen de sus pechos era mayor que el proporcional al de su cuerpo, todavía erguidos. Su cintura, sus nalgas, sus muslos estaban bien formados, de escultura de alabastro. Las imperfecciones reforzaban su encanto, porque la alejaban de esas bellezas obligadas por su naturaleza a vestir como reinas y a obsesionarse en la conservación incorruptible de su figura.

Me has tocado en mi punto débil. Soy vanidosa, muy vanidosa.

Devolvió las fotografías al sobre y se lo entregó con una mueca que provocó un escalofrío en Bombardier.

Guárdalas tú.

Al cabo de un rato llegó Hubert. Estuvieron mirando el álbum. Esta vez el artista había acertado. La cara del ebanista lo confirmaba.

Al despedirse, los niños regalaron un beso al tío, Hubert le dio unos golpecitos en el brazo, y Loretta se inclinó sobre él y le rozó la boca con los labios.

No se durmió hasta el alba, dudosa en aquella época del año. Se había puesto a nevar. Pero los labios de Bombardier todavía ardían. Se sintió un personaje de fotonovela.

En primavera terminaba el plazo que habían dado a Bombardier para que se

incorporara a la empresa de construcciones ferroviarias. Se olvidó por completo. Y al descubrirlo pensó que había sido cosa del destino. Seguía viviendo en una fotonovela.

L'île des Soeurs

Una enfermedad melodramática empezó a extenderse por Norteamérica, el SIDA. A Quebec no tardó en llegar. Un miembro de *La Bande des Métèques* contrajo la enfermedad, y luego se supo que el hombre era homosexual. El HIV fue una peste o un cáncer de homosexuales hasta que empezaron a caer también heterosexuales y mujeres.

El fallecido dejaba una casita en *l'île des Soeurs* que se puso a la venta. El mercado la ignoraba, como si estuviera contaminada, y bajó de precio. Bombardier lo pensó, y terminó pidiendo un crédito al banco, avalado por su empleo. Le entregaron las llaves el mismo día que se conoció la victoria del PSOE en las

elecciones parlamentarias españolas, en octubre de 1982. Justo a tiempo de mudarse, porque en cuanto empezaba el invierno eran imposibles los traslados pesados.

L'île des Soeurs del río San Lorenzo se extendía frente al municipio de Verdun, al que pertenecía. Fue una marisma propiedad de las Hermanas de la Congregación de Nuestra Señora, que la explotaron para la agricultura y la ganadería. En 1956 esta propiedad eclesiástica fue vendida a una inmobiliaria, que se proponía urbanizarla. El dueño de la inmobiliaria era un judío polaco que llegó a Quebec antes de la Segunda Guerra Mundial. Algunos vieron en esta transacción el inicio de la decadencia de la Iglesia Católica quebequesa. La isla se había hecho famosa por la construcción de unos edificios diseñados por Ludwig Mies van der Rohe en 1962. En los años setenta se preveía un futuro de barrios residenciales que desagradaba a sus tres o cuatro mil habitantes. Las perspectivas de revalorización inmobiliaria no

eran lo más atractivo para ellos. La isla era una especie de santuario con un solo acceso por un puente de tres kilómetros con aspecto de pontón militar, *le pont Champlain*, que la unía a la orilla oriental del río San Lorenzo. El otro acceso era por barcaza con Verdun, a menos de medio kilómetro. Los vecinos de *l'île des Soeurs* se consideraban entonces hippies de lujo, libres de las inconveniencias urbanas. Décadas después *Bell Canada* instaló en la isla su cuartel general, una noticia que, dada en 1984, habría causado escepticismo en empleados como Bombardier.

Había ocultado a Hubert la transacción. Tenía claro que debía alejarse de Loretta. Ella no había hecho o insinuado nada que indujera a Bombardier a pensar mal. Y fue esta idea, que ella no había hecho nada “malo”, lo que le decidió a comprar la casa, una inversión poco práctica, porque llegar a ella tomaba tiempo. Loretta era la mujer optimista, positiva, zalamera, desenvuelta y práctica de siempre. No

había detectado ningún guiño, ninguna insinuación después de aquel contacto efímero de sus labios. Pero cada vez que la veía sentía un flujo erótico procedente de ella. ¿Qué había de malo en eso?

Cuando Bombardier avisó a Hubert de que abandonaba la casa de la Rue Lajeunesse, el carpintero pensó que le gastaba una broma.

No, por favor, no te vayas. Quédate. Tú eres parte de esta familia. No puedes irte le rogó al comprender que iba en serio.

Reaccionaba como si se tratara de un divorcio, de un agravio sin justificación. Durante días argumentó razones que el español no sabía contraponer. La única razón era imposible de vocalizar. ¿No se daba cuenta Hubert?

Loretta fue todavía más insistente. Bombardier estaba perplejo. Pero resistió el asedio del afecto, y se mudó. Temió al principio que Hubert y Loretta se distanciaran de él, igual

que él se distanciaba físicamente de ellos. No sucedió. El “buen rollo”, expresión aprendida por Bombardier gracias a las cartas de su hermano, se mantuvo intacto.

El “buen rollo” fluía por Quebec en forma de canciones populares. Bombardier se había aficionado a ellas, y coleccionaba los LP de Félix Leclerc, de Claude Dubois, de Robert Charleroi y de otros que componían música con letra en francés. Leonard Cohen, Neil Young o Céline Dion le interesaban menos, algo que sorprendió a los españoles con quienes intercambiaba correspondencia, que apreciaban la Chançon Française, pero desconocían la derivada en Canadá, y se dejaban embelesar por la discografía anglófona.

Envió a su hermano una cassette de Félix Leclerc, un veterano como Gilles Vigneault, y colaborador con él en el himno no oficial de Quebec, recomendándole “Le petit boneur”. Le tradujo la letra, que cuenta el júbilo de un

hombre que encuentra un “petit bonheur”, una pequeña satisfacción, abandonada en un socavón, la recoge y vive con ella contento, hasta que el animalito decide marcharse, y el hombre se vuelve infeliz.

Félix Leclerc era el cantante quebequés más afrancesado, con un timbre de voz parecido al de Georges Brassens. Bombardier recurría a su música o a la de Georges Moustaki cuando le venía la murria. Por tristes o nihilistas que fueran sus canciones, algo que dominaba el folk y el rock de esa época, la música solía ser vibrante y le estimulaba. El toque de ironía de los buenos compositores le sacaba de sus miserias efímeras. También envió a su hermano un disco de Charles Dubois con la canción sarcástica “*Le Blues du Businessman*”, donde un hombre de negocios se enorgullece de su estulta prosperidad y de cómo la consigue.

Carlos le recompensó con dos cassettes, una del emergente Joaquín Sabina, y otra de un

grupo desconocido para Bombardier, “Mecano”. Hizo copia de las dos y se las regaló a Loretta. Descubrió que Mecano entusiasmaba a los niños, sobre todo a Jean Philippe, entonces con ocho años.

Una huelga oportuna

En febrero de 1983 Loretta se metió en la cama de Bombardier. Para él fue una sorpresa, pero a juzgar por el jubiloso resultado, lo fue menos para ella.

Loretta era profesora de inglés ya no con las monjas, sino en una escuela municipal. Los maestros llevaban tres semanas de huelga, y el Parlamento votó una ley obligándoles a volver, si no querían verse en la calle. Se llamó la *Loi Matraque*, porque atizaba fuerte a los huelguistas. La atmósfera entre la población estaba caldeada al máximo, a pesar del invierno. Una huelga general contra la nueva normativa para los convenios colectivos se había extendido

por la provincia de Quebec en enero.

En febrero sucedió que Hubert tuvo que precipitar un viaje a la capital para montar el encargo de una gran zapatería cuya decoración había organizado él mismo. Como la enseñanza estaba de huelga, los niños no iban a clase, si bien una de las huelguistas resultaba ser su madre y podía hacerse cargo de ellos.

Un mediodía no tan frío como de costumbre, Bombardier se cruzó en la rue Nôtre Dame, cerca de la basílica de Nuestra Señora, con Loretta y sus hijos, que venían de una manifestación ante el ayuntamiento. Los cuatro se metieron a almorzar en un restaurante de comida rápida. Se sentían tan a gusto, que Bombardier aplazó el regreso al trabajo. Telefoneó a Tomás Gil, y se puso de acuerdo con él para tomarse la tarde de asueto. Acompañó a los huelguistas a su casa y cenó con ellos.

Al día siguiente, poco después de

reanudar su turno después de la pausa para comer, Bombardier marcó sin darse cuenta el teléfono de la casa de Hubert. Este acto inconsciente fue algo que debatió luego durante largo tiempo. Más que una controversia interior era un zumbido parecido al eco, retumbando en la bóveda del craneo. ¿Por qué lo hizo? Para qué no había duda.

Al escuchar la voz de Loretta al otro lado de la línea se sobresaltó y estuvo a punto de colgar sin decir palabra.

¿Cómo estás?

Bien.

¿Y los niños?

También bien. Esta tarde se van a un cumpleaños con sus primos. Hubo una pausa que iluminó como un fogonazo el deseo de Bombardier . ¿A qué hora sales hoy?

A las cinco. Si quieres nos vemos y recogemos a los niños.

Se quedan a dormir en casa de los primos.

Bueno, pues... Bombardier no quería ser el primero en dar el paso.

Me voy ahora a una asamblea del sindicato en la Petite-Bourgogne un barrio de Montreal . ¿Por qué no pasas a recogerme a las cinco y media? A esa hora estaré hasta la coronilla *du débat syndical*. Volveremos al trabajo lo queramos o no...

¿Tú lo quieres?

¿Por qué hizo esta pregunta? Un paso más en el juego del equívoco. Ella le dio la dirección del lugar de la asamblea, y se despidió de él.

Loretta quiso.

Al separarse después del coito, Bombardier se transformó en Lemmy Caution, conduciendo hacia la periferia de *Alphaville*, con una angustiada Natacha von Braun a su lado. Al decir Natacha “Je t'aime”, Lemmy recuperó la

voluntad y la cordura. Pero Loretta no había dicho “Je t'aime”.

Al cabo de tres meses Loretta y Bombardier se habían citado cuatro veces más. Encuentros casi espontáneos, casi casuales, casi involuntarios. Como el primero. Y como el primero, finalizaron de un modo sereno, jovial, optimista, sin culpas ni recelos.

El único rasgo “diferencial” que les separaba del mundo, y en especial de Hubert, fue que empezaron a hablarse en inglés. El origen de la costumbre fue el propio coito, en el que Loretta exclamaba su gozo en esa lengua. Solo practicaban el inglés en la intimidad.

Los problemas de Lino Granda Bombardier con las mujeres se habían esfumado con Loretta. Era algo incomprensible, y no hizo el menor intento de esclarecer la novedad. En todos los casos anteriores, sus novias o sus ligues o sus aventuras habían acabado haciendo aflorar en él un malestar que no tardaba en

hacerse insoportable. Las rupturas eran un alivio. Con Loretta, si embargo, pasaba el tiempo y no percibía ningún indicio de fracaso, de frustración, de hastío, de remordimiento.

Los encuentros eróticos eran espaciados, y su intensidad en crecimiento lento y constante. En el segundo, él propuso hacer una sesión fotográfica. Loretta accedió, reiterando que la vanidad era su punto débil, pero advirtiéndole que las fotografías las tendría que guardar él, bien que a Hubert *quand même* le habrían gustado, de haberse hecho con su consentimiento. Loretta resultó una modelo avezada, aunque jamás había posado. La naturaleza, la genética o la casualidad la habían dotado de una gracia clásica, alejada de la sensualidad obscena o de la ingenuidad ficticia. La sesión concluyó en una cópula jubilosa y un orgasmo simultáneo a los que Bombardier no estaba acostumbrado. En el cine las parejas llegaban al final al mismo tiempo, pero era una de tantas convenciones *hollywoodienses*, sabía el

peregrino. La realidad, como casi siempre, era otra cosa, al menos la experimentada por él. Loretta desmintió este convencimiento. Muy pocas fueron las ocasiones en las que no alcanzaran el gozo simultáneo.

Un cambio benéfico

Los amigos de Bombardier advirtieron que en su vida se había producido un cambio benéfico. La mayoría imaginaron algo parecido a la verdad. Ninguno de ellos tuvo la falta de consideración de preguntarle quién era la maravillosa mujer que había encontrado. Lo hicieron indirectamente y en broma, bajo la licencia de unas copas de whisky del país, de vino suave de Ontario o de *Icewine*, hecho con uvas congeladas, como si hablaran de otra persona.

La australiana Helen Robertson le felicitó un día, a él y a la desconocida afortunada. Esta mujer expansiva daba miedo, porque con un

poco más de alcohol del que acostumbrada a soportar se volvía impredecible. Pero nunca se permitió ninguna broma pública con él. La otra Helen, Prendergast, se comportaba con Bombardier (y no solo con él) como una madre abnegada, generosa y lúcida. No bebía más que cerveza. Era capaz de entender los defectos de todo el mundo y de aguantarlos.

Ambas le explicaron el concepto de “multiculturalismo”, que el gobierno federal de Ottawa se había sacado de la manga para contener de los quebequeses. El “multiculturalismo” lo habían inventado intelectuales australianos a quienes dolía el exterminio británico de aborígenes. Era una forma de apartar de primera línea el dominio anglosajón, que se mantenía incólume, y dejar un hueco para los indígenas australianos y los inmigrantes de medio mundo que habían desembarcado en las costas de la isla continente a lo largo de los dos últimos siglos.

Las dos Helen pertenecían a un departamento del *Australian Public Service* llamado *Aequal Employment Opportunity Bureau*, que colocaba a los funcionarios no anglosajones, los no blancos, las mujeres y los discapacitados en destinos de mérito en la administración pública federal. Lo habían conseguido en todos los ministerios menos en el de *Foreing Affairs*, coto de los WASP (*Avispa* o *White Anglosaxon Protestant*).

El “multiculturalismo” canadiense ponía en el mismo nivel a los dos pueblos fundadores con los indios, los esquimales y los inmigrantes europeos y asiáticos. El predominio anglosajón seguía siendo efectivo, pero los derechos de los francófonos se reducían a los de cualquier otro pueblo minoritario. En septiembre de 1983, la *Assamblée National de Quebec* aprobaba la *Charte quebequése des droits et libertés de la personne*. Era un calco de la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU, con una serie de artículos que, sin mencionarlos explícitamente, daba a los

francófonos armas para no ser discriminados.

La primera vez que Bombardier se encontró con Hubert, después de acostarse con su mujer, extremó la atención a señales explícitas. Pensó que le resultaría muy difícil pasar ratos en su casa, una costumbre establecida años atrás y mantenida. No fue así. No asomó en el español ningún sentimiento de culpa. Y tampoco observó recelo en Hubert.

Corrieron los meses, y los encuentros eróticos no perdieron un ápice de aliciente. Lo que más deseaba era pasar una noche entera con Loretta, algo que ella consideraba irrealizable *pour l'instant*. Cuándo llegaría ese instante era la mayor expectativa latente de Bombardier. A pesar de evitar todo lo que significara un peligro o un conflicto entre los amantes, emergían dudas incandescentes.

La pregunta más dolorosa era qué sentimiento albergaba Loretta hacia él. El goce

sexual, también *pour l'instant* asegurado, tenía un valor inapreciable, pero menor. Él tenía claro por qué se acostaba con ella: porque la deseaba y sobre todo porque la amaba. Pero, ¿qué motivos tenía ella? Bombardier rechazaba imaginar qué sucedería si le proponía dejar a su marido e irse con él. Era una espada colgada sobre su cabeza, pero se limitaba a no levantarla por miedo a clavársela en la frente.

Esta incertidumbre se volvió dolorosa después de mantener una conversación con uno de los *méthèques*. Era un solterón belga dedicado al negocio de las patatas, las *patates o frites* de su tierra, que en Quebec habían derivado en un engendro llamado *Poutine*. Consumidas por toneladas, había que importar las patatas de tierras menos frías. Este hombre, al que todos llamaban “Poirot”, quizá porque no se parecía en absoluto al personaje, conseguía de Europa y de los Estados Unidos patatas de la calidad necesaria para hacer una *Poutine* al gusto popular. Su visión de la vida era contundente. A

Bombardier le contó un día que él privilegiaba “la soledad plena sobre la vida entre dos, vacía de libertad”. Aseguraba pertenecer a una élite social de varones que había aprendido a diferenciar los sentimientos del coño. “Menos peloterías inútiles, menos separaciones crueles, más equilibrio”.

A Bombardier la perspectiva de ser un solterón no le satisfacía. No situaba la soledad plena por encima de una vida en pareja sin libertad. Pero la evidencia dolorosa era que la única pareja con la que se habría encontrado libre estaba presa de otro matrimonio.

En sus conversaciones con Germain Lachance tampoco encontraba consuelo. Su maestro y padre putativo le decía que la felicidad en el matrimonio era una construcción social que sólo funcionaba en casos extraordinarios, como el mundo en el que vivían marcado por el *déclin de l'empire americaine*. Esto no lo entendió Bombardier, hasta varios años

después, cuando vio una película del quebequés Denys Arcand, en la que pensó que Germain habría participado, porque ventilaba estas ideas: los derechos, la compasión y la justicia son nociones extranjeras a la historia.

Mientras tanto, hacía visitas como antes al domicilio de Hubert, y pasaba veladas con la familia. Si hubiera suprimido esta costumbre, el conflicto interior de Bombardier, *pour l'instant* mudo, habría estallado. ¿Cómo reaccionaría entonces Loretta?

El mayor conflicto de Bombardier era su miedo a la familia, a convertirse en familia. El argumento irrefutable en su cabeza era la hipocresía. Había vivido la hipocresía como el peor defecto de la familia. La educación en la escuela, los consejos y normas morales de padres, tíos y abuelos hablaban de la necesidad de “comportarse bien”, de atenerse a los principios sobre los que se sostenía esa construcción aparentemente ligera e inocua:

afecto, compasión, altruismo, caridad, y así seguido. La realidad, no obstante, desmentía esos buenos propósitos, y los convertía en falsos. A casi ningún matrimonio y familia parecía afectar mucho este conflicto. Todo el mundo mentía y se comportaba como si acabara de confesarse o fuera a hacerlo de un momento a otro. Pero en el caso de doña Angustias y don Manuel, la convivencia feliz era una falacia dolorosa. Si Bombardier hubiera leído “El malestar en la cultura” de Sigmund Freud, a lo peor había buscado un lacaniano quebequés para que le psicoanalizara.

Entre Loretta y Hubert no encontraba rastro de hipocresía. Y lo más curioso era que excluía la hipocresía de su propia relación con Loretta, la hipocresía hacia Hubert. Se consolaba pensando que no era hipocresía sino ocultamiento razonable y conveniente. Muy al fondo de su conciencia se encendía una luz de alarma. Pero no era muy fuerte, solo una referencia de razón, no de moralidad: No soy

tan idiota como para creerme un tipo especial, solo sucede que la suerte me ha deparado una bicoca.

Danza macabra de natillas trémulas

En febrero de 1984, primer aniversario de la relación Bombardier-Loretta, Germain Lachance, el maestro fotógrafo, invitó a su ex alumno e hijo adoptivo a una *performance* que se hacía en un teatro del barrio *Le Village*. Todo era alternativo, incluso el barrio. El espectáculo duraba siete horas, de ocho de la tarde a tres de la mañana. El título parecía español, “Natillas”, un montaje de una compañía yugoslava. Se presentaba como “una danza macabra, un viaje hacia lo más profundo de la noche, hacia una eternidad abstracta de una profundidad insondable.” Informaban de que el título era “una palabra española trémula”, pero no daban más explicaciones. En el escenario se movían siete personas, y se permitía al público

incorporarse a la improvisación. Germain pensó que era una oportunidad de hacer fotografías singulares. Le preguntó a Bombardier si quería sumarse a la sesión, y de paso averiguar en qué consistía el temblor de las natillas.

Aguantaron hasta las nueve y media. La mayoría del público, también. A ese paso, comentó Germain, a las once, los chicos y chicas de las natillas se quedarían solos, aunque avisaron que no pararían hasta el final en su búsqueda improvisada de la eternidad abstracta y trémula.

Los fotógrafos se metieron en un restaurante libanés a cenar. Sin proponérselo y sin darse cuenta, Bombardier contó a Germain su aventura con Loretta.

¿A ti qué te ha parecido la danza macabra de las natillas? preguntó el veterano artista.

Bombardier tardó en reaccionar. Le había estado confiando a su padre canadiense algo

trascendental, y éste le salía con el teatro.

Un sinsentido.

Es el problema del arte moderno, que pronto será postmoderno — se arrancó Germain . Creen que cambiando el lenguaje, oscureciéndolo, tanteando “una profundidad insondable” más allá de la realidad, hacen algo original y nuevo. Pero lo único que consiguen es aburrir al público.

Sí, a mí me ha parecido también un ocurrencia eso de pasar siete horas fingiendo que buscan algo en un escenario — concedió Bombardier.

No fingen nada. De verdad buscan algo. Necesitan una explicación a sus dudas existenciales. No aceptan que la vida es un sinsentido, un sinsentido que vemos cada día al salir a la calle o al poner la tele. ¿Qué necesidad hay de eternidades abstractas? No hay que buscar nada, está delante de nuestras narices. Pero el realismo, el naturalismo, la figuración se

han agotado, no han encontrado el sentido de la vida. Y ahora está de moda la profundidad insondable a base de gruñidos y volteretas.

Germain hizo una pausa y se quedó mirando a Bombardier. Y ahora tú mismo estás a punto de ahogarte en el sinsentido de la vida. Buscas la felicidad en un lugar donde brilla como una hoguera, pero en cuando intentes llevarte el fuego a casa, se apagará.

Eso es lo que me duele, ni siquiera puedo intentarlo. Fracasaré. El amor es un fracaso.

¡Qué bobada estás diciendo! Son los seres humanos los que fracasan. Fíjate la cantidad de novelas que se han escrito desde el siglo XIX sobre el fracaso de los ideales sublimes. No conviertas la realidad en leyenda. Vive tus encuentros con Loretta al máximo. No te preocupes de más. Si lo haces, la acabarás enmierdando.

Pero es que yo tengo derecho a ser feliz

soltó Bombardier antes de advertir que acababa de decir una tontería.

Pues sé feliz, hombre.

¿Me quieres decir que tú eres feliz con tus amantes? ¿Ya está?

Todo lo que puedo.

¿Y tu mujer?

También hace lo que puede por ser feliz.

Bombardier arrugó la expresión.

Alguna vez se habrá acostado con otro hombre, creo yo — concedió Germain —. Pero seguimos juntos. ¿Nos queremos? Pues, no sé. Nos interesamos. Tenemos una comunidad de bienes y de intereses.

Pero eso es...

¿Cinismo? No. Es sentido común. Hay que aprovechar la vida de un modo sensato y sin miedo. Luego uno enferma, se muere, y

desaparece. Lo único que tenemos es la vida, la buena vida. ¿Por qué no os ponéis de acuerdo los tres para disfrutar de ella?

¿De ella?

De la vida. Tú, Loretta y su marido, el carpintero filósofo. Mira, lo más inteligente que se puede hacer con la vida es disfrutarla, y en segundo lugar, hacerse preguntas trascendentes.

Asalto al Parlamento

Bombardier volvió a su casa en la *Île des Soeurs* aliviado. La cena con Germain le había quitado un lastre cuyo peso no había advertido hasta que se liberó de él, reconociéndolo y confesándolo. Era el procedimiento de la absolución de los pecados que aprendió en las sabatinas del Colegio Obispo Perelló. Lo debieron conseguir, aunque él había creído liberarse de todo aquello al barrer de su conciencia la fe católica.

Le faltaban algunos detalles para quedarse del todo limpio. El más importante, la penitencia. Terminar con Loretta. Algo inaceptable. La inquietud renació después de una de las visitas habituales a casa de Hubert a cenar. No se le pasó por la cabeza plantear a su amigo la recomendación de Germain. Pero sí rondó por ella la idea: ¿qué sucedería si lo hiciera? Lo más probable, un desastre. Mejor no intentarlo.

A primeros de mayo, tras un encuentro con Loretta, estuvo a punto de hacerle la pregunta: ¿Por qué te acuestas conmigo? No lo hizo, porque necesitaba razones. Y Germain le había aconsejado que se abstuviera de ellas. El fin de semana cenó con la familia. Hubert contó que el lunes y el martes siguientes los pasaría en la Asamblea Nacional de Quebec, para reparar unos paneles en varias salas.

El martes día ocho, a eso de las diez y media, Bombardier recibió una llamada de

Loretta. Su voz estaba alterada. Se puso en guardia, temiendo que hubiera confesado a Hubert la relación, pero a la vez recordó que el carpintero llevaba en Quebec desde el día anterior. Loretta atropellaba sus palabras en francés. Su amante solo entendió que había ocurrido algo gravísimo. ¿A uno de los niños? La mujer le informó de que un loco armado había asaltado la Asamblea Nacional en Quebec y había disparado sobre la gente. No sabía nada de Hubert, pero debía de estar trabajando en el salón de los paneles estropeados. ¿Tenía Bombardier forma de enterarse si estaba sano y salvo, gracias a su trabajo en una central telefónica?

Ni él ni sus compañeros se habían enterado de nada, algo paradójico en personas que trabajan en una nube de comunicaciones. Buscaron un aparato de radio, y empezaron a escuchar la retransmisión del asalto. Al parecer había tres muertos y una docena de heridos. Esta combinación de números, tres-doce, fue

repetida hasta la saciedad, como si fuera un sortilegio.

Bombardier contó a uno de sus jefes que su mejor amigo se encontraba en esos momentos en la Asamblea, y que su mujer estaba desesperada. El tipo hizo un par de llamadas a ciertos números, pero todos los teléfonos de la institución estaban colapsados. No había manera de contactar, y a la policía no era el mejor momento de molestarla.

En ese instante, Bombardier se acordó de Tomás Gil. Fue a buscarle y le pidió que llamara a su mujer, le anunciara que Bombardier quería hablar con ella, y suplicarle que hiciera alguna averiguación. Gail Gil movió resortes. Entre los muertos y los heridos no se hallaba ningún Hubert Lemaître. Bombardier tranquilizó a Loretta.

A las doce, la mujer volvió a telefonar. Su voz volvía a ser dulce, aunque ronca por la tensión. Hubert había llamado. Acababa de salir

a la calle. El asaltante todavía estaba dentro, no sabía dónde, pero alejado de la gente gracias a la intervención de jefe de seguridad de la Asamblea, un tal René Jalbert, que de golpe se hizo famoso.

Bombardier acudió a casa de Loretta tan pronto como pudo salir del trabajo. Las calles de Montreal tenían menos tráfico que otras tardes. Lloviznaba. Una gasa de silencio envolvía la atmósfera. Desde la *Crise d'Octobre*, con el secuestro y asesinato por el *Front de Libération québécois* del ministro de trabajo de Quebec, Hubert Laporte, en 1970, Canadá no había sufrido una conmoción parecida. Bombardier estaba en España en aquellos años, sin la menor idea de que acabaría viviendo en América. Pero los compañeros de trabajo más veteranos de *Bell Canada* evocaron aquel tiempo amargo. Algún pesimista pronosticó que el gobierno de Ottawa volvería a imponer el estado de sitio, y que los militares patrullarían las ciudades. Más de cuatrocientos ciudadanos

considerados sospechosos, en especial artistas, periodistas y sindicalistas, fueron detenidos de madrugada aquel octubre de 1970, como si Quebec fuera una dictadura comunista o fascista.

Ahora no ocurrió nada excepcional, no hubo estado de sitio. El ataque a la Asamblea Nacional había sido la iniciativa personal de un perturbado.

Loretta se echó sobre Bombardier en el mismo umbral de la puerta. El hombre sufrió un sobresalto, porque temió que le hubiera confundido con Hubert.

¿Y los niños? preguntó cuando Loretta le liberó.

En casa de la vecina. Vamos a buscar a Hubert a la estación. Llega dentro de un rato.

Ella estaba con el abrigo puesto, y solo entró en casa para pedir un taxi. Colgó el teléfono y se quedó mirando al hombre, que la

había seguido hasta el salón. La incertidumbre había dejado una huella de dolor en su rostro y en su cuerpo.

Lo he pasado muy mal, Lino, muy mal. No sabía que quería tanto a Hubert. Bueno, sí lo sabía, pero cuando las circunstancias te ponen a prueba, sale de dentro una fuerza desconocida.

Bombardier la tomó de los hombros. Aquel cuerpo menudo estaba flojo, no era el de una amante. Empezó a hacerse a la idea de que ya había pasado la última vez que recibía cariño físico de Loretta.

De pronto la mujer le besó en los labios, sujetándole la cara con las manos.

Bombardier creyó escuchar “Os quiero tanto a los dos, tanto”. Loretta no había dicho palabra, pero lo había expresado.

¿Sabes por qué vine a Montreal? dijo él.

Ella le miró.

Porque tenía que conocerte.

Estaba convencido de ello, aunque sonaba a cursilería y posiblemente lo fuera.

Hubert estaba esperándoles en el andén. Al verle, Loretta, que iba de la mano de Bombardier, se soltó y corrió hacia él. El español se detuvo a observar el abrazo. Estaba poseído de una exaltación serena. Sin moverse, les dejó venir, acariciado por sus sonrisas. Cuando estuvieron junto a él, Loretta y Hubert abrieron a la vez los brazos y fundieron los tres cuerpos. La Santísima Trinidad debe de ser algo parecido a eso, pensó el español. Una mejilla sin afeitar de Hubert rozaba su cara. Los labios de Loretta se apretaban contra los suyos.

Costó llevar a los niños a la cama después de la cena. A las once los tres adultos todavía estaban mirando la televisión, que repetía el mantra de los tres muertos y la docena de heridos, daban detalles estremecedores de la desgraciada biografía del asaltante, el cabo

Denis Lortie, y exaltaban el heroísmo del hombre que le convenció para que se entregara, René Jalbert.

Alguien había dicho a Hubert que el asaltante se había asomado a la sala en reparación donde trabajaba el carpintero, pero que al descubrirla en obras, se había dado media vuelta. Si esto fue así, Hubert no se enteró porque las máquinas hacían ruido, y habían tapado los disparos del cabo al entrar en el edificio.

El destino estaba de tu parte dijo Bombardier.

Quizá. Y no me ha puesto a prueba. Engoló la voz, y largó una cita : “El fuerte se entrega sin resistencias a lo eterno. El débil se queja contra su destino.” Me he quedado sin saber si soy un héroe o un tipo con suerte.

Voy a pedir un taxi para volver a mi isla dijo Bombardier estirando la mano hacia el teléfono.

No lo consentiremos — le atajó Hubert.

Loretta, que estaba al lado del aparato, lo cubrió con una mano.

Es que mañana trabajo — argumentó Bombardier. Lo cierto es que no le apetecía dormir en el sofá cama del salón . Y necesito ducharme.

Pues ya sabes dónde está el baño — dijo Loretta con forzada indiferencia . Te voy a dar una toalla.

Le acompañó al primer piso, y casi le empujó a la ducha. Bombardier estaba perplejo, y volvió a sentirse poseído por la serena exaltación. Al salir de la ducha se encontró un albornoz limpio colgado de la puerta con un papel prendido que llevaba su nombre. Se vistió el pijama que conservaba en la casa amiga para cuando hacía de *baby sitter*, y regresó al salón haciendo por caber en un albornoz que le venía estrecho porque debía ser de Hubert.

El carpintero se había retirado porque al día siguiente tomaba muy temprano un tren a Quebec. Loretta le había preparado la cama. Le deseó buenas noches con un beso.

Bombardier se durmió de golpe. Soñó que a su lado descansaba Loretta. Sin asomo de sorpresa descubrió que no era un sueño. La mujer acababa de meterse bajo las mantas y se apretaba contra él. Se besaron y volvieron a dormirse.

Cuando despertó, Bombardier se vio solo y se resignó a que había sido un sueño. Vio pasar una sombra silenciosa por el salón, abrir la puerta de la calle, y salir. Era Hubert, camino de la estación. A los pocos segundos, Loretta se metió a su lado en el sofá cama.

Estaba preparando el almuerzo de Hubert dijo.

Se abrazó a Bombardier y se ofreció a él. Amanecía cuando terminaron de hacer el amor.

¿Por qué no te vienes a vivir con nosotros? Hubert está de acuerdo.

¿Con todo?

Sí. Y no me preguntes cómo ni por qué. El amor es así de loco. Y yo estoy contenta de estar loca con dos locos.

Pero el nuestro no puede ser un *amour fou*...

Loretta se levantó de un salto y echó a correr desnuda escaleras arriba porque había oído a uno de los niños. Bombardier la siguió con la vista, convencido de que era un hada.

Tempestad de *missiles* sin bajas

Esta tempestad emocional le decidió a viajar a España. Le pareció el mejor método para aliviarse de miedos, de fantasías y de utopías. Sacó el billete para principios de junio.

Bombardier tenía pavor a hablar en trío del trío, pero lo ocultaba. A la vuelta de Hubert

de Quebec el viernes de la semana convulsa, había hecho el amor con Loretta una vez más en el sofá cama del salón durante la noche. Se habían sentado a ver una película en la televisión, “L'home á tout faire”, una comedia de enredo filmada en Quebec. Contaba la historia de un hombre manitas contratado para arreglar una casa. El personaje es un tipo ingenuo que se complica la vida con la dueña de la casa en ausencia del marido. Empezaron a verla, pero el tono de la historia eran zafio y cambiaron de cadena. Apareció una grabación *vintage* de Nat King Cole cantando en español “Muñequita Linda”. Bombardier dijo que los hados se conjuraban en torno a ellos aquella noche.

¿Por qué? quiso saber Loretta, que se había reclinado sobre él arrullada por la voz del cantante.

Está hablando de nosotros.

¿Y qué dice?

A ti te llama “muñequita linda”. Y de mí dice que te querré hasta que me muera.

Nat King Cole desapareció de la pantalla, que fue ocupada por el trío Los Panchos con un bolero melodramático. “Les idols de la musique latine” debía de ser un programa enlatado sobre música latinoamericana. Sin el menor esfuerzo y sin conciencia de hacer nada extraordinario, Bombardier se trasladó de un brinco a sus catorce o quince años, cuando en Televisión Española aparecían varias veces por semana cantantes melódicos de Hispanoamérica y, antes todavía, a sus nueve o diez años, cuando la música solo se oía en la radio. Era una edad propicia para la melancolía. La letra sentimental de las canciones penetraba en él como dardos de dulce veneno, y sufría en sus carnes las tragedias que desgranaba Lucho Gatica, Olga Guillot, Armando Manzanero o Celia Cruz. Todas aquellas desgracias ajenas transfiguradas en propias se habían congelado ahora, y él las contemplaba como se mira un museo de

espantos fundidos en cera.

Esto hay que bailar! murmuró Bombardier a Loretta en la oreja.

Se incorporaron, se abrazaron e intentaron seguir el ritmo. Ninguno de los dos estaba dotado para la danza, y no tardaron en caer de nuevo en el sofá muertos de risa, mientras la televisión desgranaba rasgueos de guitarra, maracas, toques de bongo y voces de un coro acaramelado y quejoso.

Pasó el fin de semana en casa de los Arnaud, y el domingo a última hora volvió a su casita de l'Île des Soeurs. Hubert, Loretta y él habían hablado de qué harían a partir de entonces. Durante la conversación, Bombardier pasó varios momentos de pánico. Los sentimientos, la inercia de la moral dominante volaban como misiles, pero no dieron en ningún blanco y no hubo víctimas. Hubo un final chusco cuando Bombardier confesó una de sus

preocupaciones prácticas: le preocupaba el efecto en el vecindario de que dos hombres vivieran con una mujer y con niños.

Hubert se rió, y le dijo que tenía más prejuicios que un católico de misa diaria.

Hay cantidad de personas, hombres y mujeres adultos, que viven con familias que les alquilan un cuarto. Algunos terminan convirtiéndose en parientes. Entre los francófonos no es común, pero a nadie le escandaliza. Recuerda que estuviste viviendo con nosotros unos meses cuando llegaste a Montreal.

Bombardier reconoció que el sustrato de pacatería que había depositado su educación en el colegio de curas de Madrid era un lastre del que resultaba difícil desprenderse. Le preguntó a Hubert si los colegios católicos de Quebec habían creado un efecto semejante en sus ex-alumnos.

Supongo que en algunos sí.

¿Tú tuviste una educación católica?

Sí, claro. Pero yo nunca fui muy de misa. En los sesenta la Iglesia perdió garra entre los franceses. Quebec empezó a “modernizarse” añadió, burlándose del tópico forjado por los *instruits* de la provincia.

¿Y tú? preguntó a Loretta. Se dio cuenta de lo poco que sabía del pasado de aquella pareja.

También. Pero nunca me fié de ellos, de los curas y de las monjas contestó ella.

Me gustaría hablar de algo que me turba mucho. Vosotros sois una familia. Una familia casi ejemplar. Pero no os parece mal que una tercera persona se añada a... al hogar. Yo... yo no sé si voy a estar a la altura de vuestra confianza.

¿Quieres decir si nos va a molestar que tengas relaciones con... fuera...? A Loretta le resultaba imposible formular la

situación.

Bombardier sonrió.

Lo que te hace entrañable es tu generosidad, Loretta. ¿Por qué voy a buscar fuera lo que tengo dentro, y en exceso? Tú te das a Hubert, a tus hijos, y todavía te sobra para darme a mí. Supongo que habrá alguna mujer como tú por ahí, pero seguro que si la encuentro estará casada, se me habrán adelantado. Y no creo que tenga un marido como Hubert. Y a lo mejor no me gusta, es gorda, es fea, le huelen los pies. el matrimonio aguantó la risa . Yo me refería a que lo que más me ha obsesionado hasta ahora de mi relación contigo era saber lo que sentías tú por mí. Yo estoy enamorado como un adolescente. Pero ¿y Hubert? ¿Por qué Hubert no me ve como un rival?

Porque yo no tengo rivales. Mi vida no es una lucha. Si tengo algún enemigo... Mira Lino, esto no es para razonarlo. Esto es para

sentirlo. Si empezamos a buscar explicaciones, la primera es que si esto es imposible, más vale no probarlo.

¡No es una prueba! dijo Loretta. Bombardier asintió.

De acuerdo, no es una prueba replicó Hubert.

Disculpadme. Es que me siento culpable se lamentó Bombardier.

¿Ante quién? preguntó Hubert.

Ante los curas del colegio Obispo Perelló. Ante mi madre. Ante mi padre. Puede que ante mi propio hermano. Es como si les desafiara.

Pues no les digas nada le calmó Loretta.

No sé si sabré callar. Soy tan feliz...

Te puedo presentar a un cura amigo mío para que te absuelva. Él ama a una mujer, y también a la Iglesia dijo Hubert.

¿Pero se acuesta con ella? reclamó Bombardier.

Todos los días. Con la Iglesia, quiero decir dijo Hubert . Con la mujer una vez a la semana. Más o menos algo así.

Arcadia feliz

Bombardier quiso celebrar a bombo y platillo el décimo aniversario de su llegada a América.

¿Dónde podemos ir a cenar? Os invito dijo.

Elige tú el lugar replicó Hubert.

Los restaurantes que conocía Bombardier no encajaban en la categoría “*Familiar*”. Loretta propuso coger el metro hasta *Saint Laurent*, y pasear un rato por la *Main* (de *Main Street*, la calle San Lorenzo, una de las más antiguas y castizas de Montreal) y por *Saint Catherine*, que la atravesaba en perpendicular. Al cabo de un

rato sin dar con el lugar apropiado, pasaron por delante de un local que les atrajo.

El restaurante era de los que no servían alcohol, pero sí diversas carnes y pescados. Loretta era abstemia rigurosa, algo que a su amante le había producido cierta frustración, pues entendía que el intercambio sexual es más intenso si se riega con vino o con licores. Pero en el caso de Loretta esta convención no servía o se demostraba falsa.

Marie, que tenía once años, tardó en familiarizarse con un escenario para ella lujoso. Su tito Lino (habían convenido hacía tiempo que le llamaran así, en español) le dijo que había que acostumbrarse a todo, lo bueno, lo malo, lo caro y lo barato. Marie era una chica de constitución fuerte, tan alta como su madre, rubia como ella, aunque menos desenfadada. Jean Philippe acababa de cumplir los nueve años, y no sufría las vergüenzas de su hermana. Era fornido, pero de poca estatura, de pelo claro

rizado, ojos pequeños como los de su padre, juguetón y cariñoso.

Bombardier les preguntó qué les podía traer de España. Jean quería una guitarra, porque tenía aficiones musicales. Marie pidió un traje de sevillana, como el de la muñeca que le había regalado en su anterior viaje. El tito Lino prometió hacer lo posible por complacerles.

¿Lo dices en serio? preguntó Loretta.

Claro. Uno no atraviesa el Atlántico todos los días. Merece la pena celebrarlo, como estos primeros diez años en Montreal. Ya se me ocurrirá algo.

Otro día, la conversación derivó hacia la infancia de Bombardier. Dio detalles de sus primeros años de vida en Beas de Segura, de su traslado a Madrid, de los combates pugilísticos entre doña Felicia y don Manuel, del misterio que rodeaba a la retirada anticipada del cuerpo

de la Guardia Civil de su abuelo paterno.

¡Qué contraste con vosotros! suspiró Bombardier . Una pareja sin secretos.

Los tenemos, los tenemos corrigió Hubert.

Somos acadianos.

Bombardier reaccionó con lentitud. Las palabras de Loretta habían sonado a confesión de un pecado, o de una vergüenza. El español tenía una idea muy vaga de Acadia, una región aledaña a Quebec en el golfo de San Lorenzo, pero que no se había preocupado de localizar. Cuando se enteró de su existencia, entendió que se llamaba así por la región helénica de Arcadia, una especie de Jauja mítica. Pero enseguida le aclararon el malentendido. En efecto, Acadia fue vista por los primeros colonos franceses como una Arcadia americana, pero cuando pasó a manos de Inglaterra se convirtió en un Purgatorio para los primeros en llegar. Ser acadiano venía a ser algo parecido a ser agote o

ser gitano en la España pre constitucional.

Hubert y Loretta le explicaron que ambos habían nacido en Acadia, en dos pueblos diferentes. Hubert en una familia francófona, y Loretta de padre irlandés casado con la hija de un marinero español que se quedó en Terranova, y acabó en Bathurst, una ciudad marítima de la provincia canadiense de Nueva Brunswick, donde se halla Acadia.

Los acadianos son descendientes de los franceses que ocuparon el territorio hasta el siglo XVIII, cuando Inglaterra se lo arrebató a la corona francesa. Muchos fueron deportados, y se instalaron en Louisiana y Maine, en los Estados Unidos. Algunos regresaron, y en el siglo XIX empezaron a afirmar su identidad. En los años sesenta del siglo XX, Acadia vivió la explosión de rebeldía de los francófonos de todo Canadá. El uso del francés estaba limitado al ámbito familiar y a las escuelas francófonas, muy pocas. Los estudiantes de la universidad

francófona de Moncton se sublevaron contra el monolingüismo anglófono.

Hubert trabajaba en unos astilleros de la isla del Príncipe Eduardo, y cruzó el estrecho de Northumberland para unirse a los revoltosos. Pero congenió mal con los estudiantes, que pasaban días enteros discutiendo los pasos a dar, los programas, las respuestas al gobierno local y provincial, en unas salas frías y desabridas, con grandes carteles del Che Guevara, de Ho Chi Mihn y de Lenin arrumbados contra las paredes, como testigos de aquella rebelión incruenta.

Llegó a Quebec precisamente en octubre de 1970, y vivió con el alma en vilo la *Crise*. Tenía casi treinta años, y necesitaba dar a su vida un sentido más práctico que las lecturas libertarias con las que había forjado una idea del mundo. Entró a trabajar en una carpintería de la Rue Lajeunese, propiedad de un artesano con buena clientela a punto de retirarse, y se

agarró a la oportunidad como a un clavo ardiendo. El carpintero era también acadiano, pero sobre todo era un hombre generoso y ajeno a las ambiciones de la época, prosperar a toda costa.

En 1973 Hubert conoció a Loretta, a la que distinguió por el acento acadiano de su mal francés, porque era anglófona y profesora en un colegio de monjas. Tenía veintitrés años, y también la necesidad de estabilizar su vida.

En su turno, Loretta contó que había nacido en Bathurst, de un irlandés católico, sentimental y borrachín y de una acadiana singular, porque hablaba la lengua menospreciada, inglés con su marido, y un poco de español. Esta mujer, Carmen, había construido una leyenda sobre su padre, el pescador andaluz. Era una especie de Ulises que a la vuelta de su Troya, quizá Terranova, quizá la gélida península del Labrador, había embarrancado en las islas del Príncipe Eduardo

y de Nueva Escocia, añorando su España, su Jaén.

¿Por qué Jaén? preguntó Bombardier.
. No tiene costa, está en mitad de Andalucía, es mi tierra de nacimiento.

No lo sé. Es una palabra que escuchaba con frecuencia a mi madre. Su matrimonio no fue afortunado. Murió joven. Y poco después murió mi padre. A los diecisiete años me quedé huérfana. Entonces decidí salir de Nueva Brunswick. Si me hubiera quedado allí, habría terminado construyendo fantasías como mi madre, o alcoholizada como mi padre. Me vine a Montreal. Acabé la carrera de maestra, conocí a Hubert, y nos casamos. *So far, so good*. Hasta ahora, bien.

Bombardier no quiso preguntar si eso quería decir que esperaba alguna desgracia, por ejemplo, derivada de su aparición, otro español desnortado, un Ulises sin Troya y sin Itaca.

Al marcharse a casa, a su isla, Bombardier

se encaminó a la parada del autobús que bajaba por el *Boulevard de l'Acadie* hasta el metro de ese nombre. ¿Era una casualidad o algo buscado por el matrimonio de acadienses?

Hasta su viaje a España, durmió un par de noches en el sofá cama del barrio de *Nouveaux-Bordeaux*. En ambas ocasiones Loretta buscó su compañía a media noche, aunque solo en una de ellas hicieron el amor. Dos días antes de tomar el avión, fue a dormir con él en la isla de las Hermanas. Hablaron de la vuelta, de cómo se acomodaría Lino a la familia.

Yo debería llamarme madame Arnaud-Bombardier — dijo Loretta riendo.

Arnaud-Granda — le corrigió él, y de inmediato comprendió que estaba haciendo un lío a la mujer —. Dime una cosa, ¿quién te puso el nombre de Loretta, tu padre o tu madre?

No lo sé. Cosa de los dos, supongo. A veces pienso que les gustaba Loretta Young. La gente hace esas cosas, pone a sus hijos nombres

de personas a las que admiran o algo así. ¿Por qué quieres saberlo?

Porque me gusta jugar a las coincidencias. Por ejemplo, que tu madre quería que fueras Loreto, un nombre español e italiano, y que tu padre transigió con Loretta.

Es una bonita fantasía. Llámame Loreto
repuso la mujer.

¿Lo dices en serio?

Claro que sí.

A Bombardier la propuesta le pareció ingeniosa y sagaz. Loretta/Loreto dividía su afecto de un modo ecuánime, sin aparentes interferencias, porque cada hombre podía amarla como si fuera otra.

¿Tienes amigas en España? preguntó ella.

Nunca me he acostado con una española. ¿No es gracioso?

Si tomas precauciones, tienes mi

permiso.

¿Eso cómo debo interpretarlo?

Loretta se encogió de hombros y abrió sus ojos azules.

Me defraudaría. Cualquier mujer me defraudaría —añadió Bombardier.

Loretta se acurrucó contra él.

Bombardier pasaría quince días en Europa, un tiempo insuficiente para organizar un cambio.

Esto es tan raro... Nunca he sido una persona atrevida, de esos a los que les gustan los retos.

Hubert y yo, tampoco. Y sin embargo, nuestras vidas están llenas de azares y aventuras.

Es algo paradójico, ¿no? Ya tengo la familia que buscaba. Pero debo aprender a vivir algo insólito.

Nosotros, también —dijo Loretta.

Bombardier creyó que había llegado el momento de hacerle a Loreto un regalo talismán. Puso un LP en el tocadiscos y empezó a sonar “*Hey, Hey, What can I do*”, de Led Zeppelin. Era el primer corte de “*The New Age of Atlantic*”, que había comprado en 1974 en París. Explicó en qué consistía el talismán. Desde que el neo canadiense conoció a la acadiana, cada vez que escuchaba la canción de Led Zeppelin, imaginaba a Loretta.

¿Te llegaste a emborrachar por mí? le preguntó Loreto al escuchar el estribillo.

Nunca. Pero he sufrido tanto como el protagonista de la canción.

Volvió a colocar la aguja al principio de la grabación, y señaló el disco con la mano cuando Robert Plant se quejaba:

Maybe someday she will be all mine

I want to tell her that I love her so

I thrill with her every touch

I need to tell her she's the only one I really love.

Quizás algún día sea mía. Quiero decirle que la amo tanto. Me pone los pelos de punta cada vez que me toca. Necesito decirle que es la única a la que amo.

Loreto, que conocía bien a Led Zeppelin, dijo que siempre había creído que esa canción estaba dedicada a una prostituta. Pero que ahora la veía de otra manera. Bombardier palideció, y Loreto se abrazó a él.

Es una canción preciosa.

Y el disco una joya. Si lo conservas bien, cuando seamos viejos valdrá una fortuna.

Party de Noël

Sus diez años en América también los celebró con *La Bande des Méthèques*. Un domingo organizó una fiesta en su casa, integrada en la urbanización de edificios en

ladrillo rojo de dos pisos. Desde la mansarda se veía el perfil del puñado de rascacielos del centro de Montreal, elevándose como espigas. La estampa era un símbolo de progreso, admiración de francófonos, que veían en ella la prueba de su admisión en el Olimpo urbano de la Norteamérica rica, humilladora, anglosajona. A los *Méthèques* europeos el *skyline* les seducía poco. También se veían las dos torres de Mies van der Rohe al sur de la isla, y entre los árboles un trozo del puente Champlain, un armazón de tubos sobre la superficie del río San Lorenzo.

Bombardier preguntó a Hubert y a Loretta si querían asistir a la fiesta como invitados suyos. Era una acción deliberada para introducir a los Arnaud en el círculo de los amigos veteranos de Bombardier, de empezar a reconocer sin señalarla una relación que tarde o temprano sería descubierta. Hubert y Loretta aceptaron. Fueron con los niños, porque otras parejas también se habían comprometido a llevar los suyos a una fiesta que de un modo

explícito se había excluido de la categoría de *Party de Noël*, desmadres navideños entre empleados de una misma empresa. Unos pocos voluntarios se comprometieron a no beber ni una gota para estar en disposición de conducir a casa a los de la “Liga Alcohólica”. Otro convidado no *méthèque* fue Germain Lachance, que acudió con su mujer. Su humor parecía haber perdido vinagre.

A lo largo del día pasaron por *l'Île des Soeurs* más de veinte adultos. Los niños estuvieron en el *back yard* o jardín trasero hasta que se puso a llover. A esa hora Bombardier y algunos de los invitados más prudentes se habían dado cuenta de que convertir la fiesta aniversario en una fiesta familiar había sido una equivocación. Semanas después, de vuelta Bombardier del viaje a España, Germain le dijo que él había temido que la reunión se agriara, pero que no había querido advertir a su hijo putativo por si el equivocado era él, sus prejuicios y sus miedos ancestrales de

francófono pesimista.

No todos los invitados hablaban francés con fluidez, algunos ni se lo habían propuesto. En este caso se encontraban dos anglófonas casadas con *méthèques* y un anglófono casado con una arquitecta alemana.

Al principio Bombardier pensó que el error había sido su confianza en el multiculturalismo, algo que suscitaba inseguridad entre los *instruits* francófonos. El marido de la arquitecta alemana bebió más de la cuenta, y dijo que vivir en Montreal le resultaba cada vez más duro, que se consideraba víctima del *apartheid* francófono, y que prefería vivir en Alemania con su mujer. Algunos citaron estadísticas deprimentes sobre los anglófonos que abandonaban la ciudad y la provincia de Quebec en general.

Los amigos más próximos a Bombardier no intervinieron en la discusión. Se sintió agradecido, sobre todo con Germain, con

Hubert y con Loretta. Alguien la interpeló como anglófona, y su respuesta fue que ella amaba todas las lenguas y todos los corazones. El borrachín soltó una carcajada irónica, y la arquitecta alemana lo sacó a rastras de la casa.

Pero las más agresivas fueron las mujeres. Nadie era capaz de distinguir qué postura defendían. Entonces Bombardier se dio cuenta de que no estaban divididas en dos bandos, anglófonas y francófonas, sino mezcladas, y que los rencores, las protestas y el sectarismo que mostraban no era ni cultural ni político, sino de una naturaleza confusa, atávica, la calificó Germain. Era el matrimonio, la armazón familiar lo que mostraba sus vías de agua. Las dos Helen australianas se retiraron de la primer línea del frente multicultural, y aconsejaron a Bombardier que retirara el alcohol de la mesa.

Las flaquezas del matrimonio al desnudo sentenció Germain en la conversación con Bombardier semanas después.

La fiesta aniversario constituyó el funeral de la *Bande des Méthèques*.

Hubert acompañó a Bombardier al aeropuerto Dorval. Después de facturar las maletas, pasaron un rato en la cafetería, mirando el despegue de los aviones. Uno podía ir a París, otro a Nueva York, otro a Vancouver, otro a Hamburgo.

Es fascinante esta capacidad del ser humano de atravesar continentes y océanos en cosa de horas — comentó Hubert —. Parece algo natural, normal. Pero es mágico. Nuestra vida cotidiana está llena de cosas mágicas. Ves y escuchas a personas que están a miles de kilómetros. Aprietas un interruptor y la casa se ilumina. Abres un grifo y sale un agua que puedes beber. Necesitas madera y te la traen, no importa de dónde ni de qué árbol la habrán tomado. Luego tú la cortas, la agujereas, le das forma y la conviertes en una mesa, en una

cajonera, en una butaca...

Es un alivio vivir en un lugar como éste. Y un privilegio. Y una suerte... Si excluimos escándalos como los del otro día en mi fiesta... Pero de eso no se libra ninguna sociedad, ¿verdad? Hubert confirmó sin decir nada . No sé qué merecimientos he acumulado a lo largo de la vida para conocerte a ti y a Loretta. No sé si os merezco.

Vamos a dejar de mirar aviones. Acabaremos abrumados por las simplezas filosóficas.

Sí, soy un poco gilipollas dijo esta palabra en español . No sé qué voy a encontrar en España y en mi casa.

¿Se diferencia mucho España de Quebec?

Sí, claro. Te lo explicaré mejor cuando regrese.

Durante unos minutos volvieron a seguir

en silencio el despegue de los aviones a través de la cristalera de la cafetería. Pero la filosofía no les dejaba en paz.

Hubert, para mí ha sido una sorpresa que hayas sido capaz de entender... de aceptar... de facilitar...

Para mí, también. No te creas que ha sido algo sencillo. No soy un aventurero ni un inconsciente. A lo mejor, en el fondo, es que prefiero compartir a Loretta antes que perderla.

Me ha pedido que la llame Loreto, en español.

Mi mujer es muy lista utilizó el término *joual*, *smatte* por *smart*. Lo confirmarás cuando también empiece a ser tuya.

“A veces pensé pedirle a Loretta que se viniera conmigo, incluso con los niños. Pero no me atrevía. ¿Qué habría pasado de continuar viéndonos a escondidas? Tu miedo a perderla ha detonado tu generosidad. Pero sigo sin saber

que pinto yo en todo esto, cuánto me aguantaréis...”

No se atrevió a manifestarlo en voz alta. Quizá porque tampoco habría sido capaz de formularselo en la conciencia. Bombardier salió de América hecho un lío. Pero confió que en quince días tenía tiempo, o más bien la obligación, de deshacerlo.

Madrid, junio de 1984

Antes de salir de Montréal camino de Londres Bombardier sabía que su padre no podría recogerle en Barajas, como la vez anterior, porque todavía no se había recuperado de un inexplicable accidente de automóvil en tierras leonesas, a donde había viajado sin advertir a nadie.

Bombardier había avisado a doña Felicia y a don Manuel de la fecha de llegada. Le recogería su hermano Carlos, porque la madre

tenía que acompañar al impedido a rehabilitación a la hora del aterrizaje.

Se llevó una sorpresa al toparse con toda la familia en el área de recogida de equipajes, nada más pasar el control de pasaportes. Doña Felicia había apelado a sus relaciones con la policía (seguía trabajando en la oficina del DNI), y se había colado con su marido y su hijo a la zona de recogida de equipajes.

A Bombardier la visión de su padre en una silla de ruedas le impresionó. Hombre robusto, había adelgazado, y su rostro manifestaba huellas de sufrimiento, de envejecimiento o de ambas cosas. Tuvo que contener unas lágrimas inesperadas al agacharse sobre él para besarle. Le pareció que don Manuel se había dado cuenta, y que disimulaba.

La que sí lloró fue doña Felicia, cogiéndose a él como si acabaran de rescatarle de un naufragio.

Tienes que preguntar a tu padre qué iba

a hacer en Ponferrada cuando tuvo el accidente le suplicó ella un par de días después de la llegada.

La demanda era tan absurda que Lino se limitó a mover la cabeza de modo automático. Su madre interpretó que se comprometía, y cambió de tema. Explicó que la recuperación de su marido se retrasaba, se hacía difícil. Es decir, él la hacía difícil, porque las radiografías indicaban que la fractura de las dos tibias y de un peroné habían sido limpias, habían fraguado sin complicaciones tras la operación, pero el hombre le había tomado miedo a andar.

Carlos confirmó que don Manuel estaba melancólico. Luego le habló de su separación, de que echaba de menos a su hija y también a Lluïsa.

Los hombres de esta familia tenemos mala suerte con las mujeres — sentenció Carlos . Es algo que tú insinuaste una vez.

¿Yo? Dije que yo era un desastre en cosa

de mujeres. Pensaba que tú eras un ligón de marca.

¿Y papá?

Lino se pasmó.

¿Papá un ligón? ¿Tenía un ligue en Ponferrada? Parece que mamá teme algo así.

No, hombre se rió Carlos . Digo que papá tampoco supo elegir esposa. Ahora ya no se pelean, simplemente se ignoran.

¿Tú sabes algo de su viaje a Ponferrada? Mamá me ha pedido que lo averigüe, vaya, que se lo pregunte a él.

Yo pensaba que era un viaje de trabajo. Qué raro. A lo mejor iba en busca de sus raíces. Él nació allí y allí está enterrado el abuelo Marcelino divagó Carlos . Y tú, ¿qué? ¿Vives con alguien?

Vivo en una isla.

Carlos se conformó con la respuesta evasiva de su hermano.

Lino pensó si merecía la pena sincerarse con Carlos. Decidió que, de momento, no. Primero tenía que aclararse. Se hacía preguntas prácticas sobre su relación con Loreto y Hubert.

¿Debería colaborar económicamente en el mantenimiento de la casa? Por ejemplo, contratar a una *femme de ménage*, para liberar a Loreto de las tareas domésticas. No era la mejor idea, aunque más cómoda que acudir él los sábados a echar una mano en la limpieza del hogar, según costumbre de Hubert. Las rutinas domésticas producían horror a Bombardier, sabía que eran la causa de incontables fracasos matrimoniales.

Otra pregunta era qué iban a decirle a los niños de su frecuente presencia en la casa del *Boulevard de l'Acadie*, y de la desaparición de su madre alguna noche que otra para visitar al tito Lino. Y también, ¿era oportuno plantear en los próximos meses un fin de semana solo para él y para Loreto? Sin Hubert, sin niños. ¿Era esto

una apropiación, aunque fuera temporal, en lugar de ... ? ¿De qué? ¿De compartir? ¿De repartir? A veces estas reflexiones le producían escalofríos.

Luego se hacía cuestiones psicoanalíticas. Por ejemplo, si la convivencia en trío no era más que una excusa para evadir el miedo que le producía comprometerse con una mujer, acostarse a su lado cada noche y ahogarse en la complejidad pantanosa de la vida en común de dos seres forzados a entenderse o a fingir el amor a diario. “No, no, a fingir el amor, no, a sostenerlo, a reciclarlo”. Eso le había dicho Helen Prendergast, con quien se había sincerado antes de salir de Quebec. La australiana, por su condición de lesbiana, era depositaria de la confianza de varones amigos, algo que Bombardier desconocía, porque necesitaba creer que él era un tipo especial para Helen. La mujer grandota y afable le había dicho con una carcajada que le iba a cobrar un *fee*, una cuota, como terapeuta.

Desechó la idea de telefonar a Pepín Barrado, con quien hacía años que no intercambiaba correspondencia. Le tentaba más hablar con Pepe Pocavida. Había recibido una última carta suya el otoño de 1983. Le decía que estaba trabajando en la redacción del diario “El País”, y le contaba anécdotas del periodismo emergente en España.

Un día Pocavida fue testigo algo indefinible, ¿estupidez humana, ambición, instinto depredador o hábito profesional? Una redactora que estaba haciéndose célebre entre los lectores se dejó encima de la mesa su agenda de teléfonos mientras iba al baño. Nadie estaba prestando atención a las ocupaciones de la chica salvo Pocavida y otro redactor. Este se abalanzó sin disimulo sobre la agenda de su compañera, y empezó a copiar nombres y teléfonos. Aprovechó el tiempo al máximo, sin importarle que la mujer le pillara con las manos en la masa. Es decir, lo único que pretendía era robar direcciones; que le tomaran por un canalla le

daba igual, porque seguramente todos lo sabían o lo que es peor, todos lo fueran.

Otra anécdota señalaba a un codicioso redactor a quien Pocavida había conocido en un periódico de provincias. Allí le había arrebatado (esta vez sin que Pocavida presenciara el hurto) una entrevista con un terrorista arrepentido, y la había destruido. Lo descubrió de una forma casual y rocambolesca, porque guardaba una copia, y al darse cuenta el tipo le miró con resentimiento y sin disculparse. Sin embargo, el ladrón no era mal periodista, sino todo lo contrario. En aquellos momentos se había ido a Beirut como corresponsal de guerra, y enviaba estupendas crónicas. Pocavida deducía que lo que había movido al individuo a robarle la entrevista había sido el miedo a que le adelantara en esa carrera de obstáculos hacia el éxito, que obsesionaba a tanta gente en la nueva España.

Bombardier decidió telefonar a Pocavida

a su casa. Tuvo que recordarle a Sonia, la esposa del periodista, quién era. Ella guardaba una memoria gaseosa de la cena en su casa, pero le reconoció como “el amigo canadiense de Jose”. Le informó de que estaba en Andalucía haciendo un reportaje sobre “los residuos de la Transición”, jóvenes que no habían podido aguantar el ritmo frenético de los cambios y la lucha por la existencia de los nuevos tiempos, y se habían retirado o refugiado en comunas o en pueblos abandonados, donde llevaban una vida casi rupestre. Sonia aseguró que en cuanto Jose se pusiera en contacto con ella, le diría que Bombardier estaba en España.

Lino dedicó horas a confortar a don Manuel. Incluso le acompañó a rehabilitación. El regreso (temporal) del hijo pródigo tuvo efecto positivo en su progenitor, que empezó a moverse con muletas. Conversaban sobre Quebec y la vida que Lino hacía allí, su trabajo en la Telefónica canadiense, sus aspiraciones, sus perspectivas, la vivienda que se había

comprado en el paraíso de la Isla de las Hermanas, anécdotas sobre el conflicto entre francófonos y anglófonos, y el sectarismo de unos y de otros. Esto a don Manuel le sonaba a guerra civil, y equiparaba es escenario quebequés con el español.

Pero las personas comunes y corrientes no van por ahí denunciándose o reprochándose cosas — aclaró Lino —. Aunque lo cierto es que la convivencia entre franceses e ingleses se limita al trabajo, porque casi todos viven en barrios monolingües. En general, los anglófonos sienten que su futuro es frágil, y que su pasado está desapareciendo, borrado materialmente por los francófonos, que les arrinconan y ocupan sus barrios.

Es o es *apartheid* — comentó don Manuel.

Supongo que para los ingleses puede serlo. Pero es que han tenido a los franceses sometidos durante dos siglos, y hay

resentimiento. Los franceses sienten que los ingleses les deben algo, una reparación por los abusos históricos, aunque esto es algo que no se reconoce en voz alta, salvo entre amigos que se llevan bien. Es que las reparaciones morales son muy difíciles de materializar.

¿Y qué arreglo tiene eso? preguntó don Manuel.

Supongo que ninguno, salvo *tirar palante* como sea. Montreal crece y prospera como cualquier ciudad norteamericana. A primera vista, no hay diferencia entre la forma de vida de Montreal y de Nueva York o Boston, por ejemplo.

¿Las conoces? ¿Has estado?

A don Manuel le llenaba de orgullo y satisfacción tener un hijo cosmopolita.

No. Pero me lo han asegurado.

Todas las heridas se terminan cerrando sentenció don Manuel, que se había puesto en

pie sin ayuda, y se tambaleaba sobre las muletas hacia la cocina en busca de un café.

Lino le siguió con la vista como si observara a un espécimen en vías de extinción. “Menos las que habéis abierto entre tú y tu mujer”, le habría gustado decir. Algo retenía su lengua y le impedía sacar el tema del viaje a Ponferrada. Cuando se quedaba solo, Lino se asombraba de su torpeza, porque no había nada malo en la pregunta, aunque temía que su padre se pondría en guardia, es lo que le había advertido doña Felicia. Pero lo oculto debía pesar mucho, porque se interponía entre él y su padre como un abismo cada vez que se preparaba para hablar del accidente.

Con doña Felicia, Lino solía hablar en francés. Ella se lo había pedido, y al hijo le gustaba complacerla. Menos cuando estaba don Manuel delante, porque parecía que estuvieran escondiéndole algo. Lino temía que ésta fuera la intención de su madre, crear en su marido esa

confusión.

¿Has averiguado algo? preguntaba
doña Felicia.

Dame tiempo, mamá.

Los días corrían como lagartijas al sol,
paradas un instante y de súbito un trazo verde
en la pared.

El Acebuche

Por fin telefoneó Pocavida. Le dijo que
estaba en Córdoba, en una comuna, y le animó a
bajar hacia el sur y pasar un par de días con él.

Merece la pena que conozcas esto. No sé
si te reconocerás en esta fauna de
desencantados. Son un verdadero zoo, en todos
los sentidos, dignos de piedad o de cariño. Me
cuesta ser objetivo con ellos. Y tengo que ser
objetivo, ¿no? Un periodista tiene que ser
objetivo y soltó una carcajada.

Pocavida le propuso bajar a Córdoba al día

siguiente con el fotógrafo del periódico, que iba a hacer su trabajo en el paraíso de los desencantados, y volver a Madrid cuando quisiera. El cortijo se llamaba “El Acebuche”, se lo habían alquilado a un terrateniente que simpatizaba con los hippies, y estaba en el valle cordobés de los Pedroches, cerca de un embalse.

Eternal paranoia is the price of Liberty
recitó Pocavida mientras paseaba a Bombardier por el cortijo.

Se refería a los comuneros. Algunos formaban parejas y tenían niños. La mayoría procedía de Madrid, Bilbao, Barcelona, Zaragoza, y unos pocos de otras ciudades menos industrializadas. Huían de las obligaciones de la modernidad, del funambulismo social, del cambalache, de la transición, del desempleo y de ellos mismos.

La búsqueda de la libertad les ha vuelto paranoicos. Ya lo verás por la tarde, cuando se

juntan todos.

Le hizo escuchar en el magnetofón de trabajo la grabación de una comunera francesa, con su acento nasal y su “pronunciación”.

“...No, la gente nos llevamos bien. No nos odiamos, como se odian en una oficina. Pero tampoco somos sinceros. Al menos, completamente sinceros. Cada cual ha venido aquí a solucionar un problema. Y ninguno tenemos el mismo problema. Ni siquiera tenemos la misma profesión, la misma afición. ¡Cómo vamos a progresar en el campo!”

Pocavida preguntaba a la chica si se iba a volver a Francia. “Francia es una mierda, tío. Se han vuelto todos ejecutivos obsesionados por la eficacia y la venta de ideas, no importa qué ideas. Parecen muñequitos de giñol representando una comedia escrita por guionistas yanquis. Los que tienen trabajo son como borregos, y en el tiempo libre en lugar de pensar, balan.”

El fotógrafo había tenido algunos encontronazos con comuneros que se resistían a ser retratados.

Son problemas que tú estás acostumbrado a resolver mejor que yo le dijo Pocavida . Si has fotografiado en pelotas a la mitad de las actrices de cine españolas, macho... No me jodas.

Pero ellas se dejan, porque les pagan.

En ese momento se acercó a los hombres una mujer de anchas caderas.

Mira dijo Pocavida a Bombardier, dando la espalda al fotógrafo . Esa es Pilar, la de la grabación.

Al tenerla frente a él, el neo canadiense sufrió un sobresalto. Era Pilar Peláez, la estudiante de periodismo de Lille. Ella no pareció reconocerle. En el año 73 llevaba barba, que se afeitó antes de viajar a Canadá y ya nunca dejó crecer. Se saludaron, y tras intercambiar

unas palabras con Pocavida, la mujer se marchó.

¿Qué hace esa mujer aquí?

Pasar el rato, como los demás. Hace cestos de esparto. Y también da clases de francés. Aquí se hacen un montón de talleres, desde agricultura a matemáticas. Son personas muy ilustradas. Intercambian conocimientos. Quieren ser hombres y mujeres universales. Pocavida no había empleado un tono burlón, solo humorístico. Creo que Pilar trabajaba en un periódico de Lille. Le propusieron ser redactora jefe, pero le dio miedo. Está convencida de que los redactores jefe llegan a serlo no por sus méritos o su competencia, sino por su grado de hijoputez. No quiso ser una hija de puta. Estuvo casada con un vasco y tiene un niño... No me he acostado con ella, eh.

Yo sí, estuvo a punto de decir Bombardier, pero prefirió no revelar nada. El encuentro le había provocado una sensación de alivio y de disgusto, como si una maceta hubiera caído

desde una ventana a sus pies.

Escucha esto, para hacerte una idea de qué tipo de persona es.

Volvió a poner en marcha la grabadora. “¿Sabes qué me pasa? Las palabras de amor me suenan a hueco. No me ilusiona nada. No creo en la sociedad. El marxismo-leninismo me ha enseñado a desconfiar de todo, te obliga a destruirlo todo. Yo estoy convencida de que el hecho de no tener padre no me ha amargado directamente la vida. Solo me echó en las redes del marxismo-leninismo. Yo creía en Dios y en un mundo que no era justo por los pecados de los hombres. Y el marxismo-leninismo me enseñó a creer en la redención de la humanidad por medio de la violencia, pero sin utilizar la violencia, porque podías acabar en la prisión, porque Francia es una democracia burguesa con una policía burguesa y una justicia burguesa. Yo he sido guardia roja luego de ser católica. Ahora solo me preocupa mi hijo. Es la única persona

que amo. Los hombres me importan un huevo.”

Dice que las mujeres tampoco le importan. Pero yo sé que se ha metido en la cama con al menos dos tíos y luego con una tía.

¿Es mentira eso de que fue marxista-leninista? ¿Y lo del periódico de Lille también?

Ni idea. Pero me da igual. Sus palabras están llenas de fuerza, de verdad, aunque sean un embuste fabricado. Me vienen de puta madre para el reportaje.

Bombardier se tuvo que morder la lengua para no contar a Pocavida lo que sabía de la francesa desengañada.

Velada de reproches

Por la noche, en torno a una gran mesa de encina, se entabló la tertulia. Había doce o catorce personas, incluida la Prensa y el forastero. Se sentaban en sillones desvencijados, en colchones cubiertos con

mantas y colchas, o sobre alfombras fabricadas por ellos mismos, que tapaban las centenarias baldosas resquebrajadas.

Enumeraron las razones que habían conducido a unos y a otros a “El Acebuche”. Uno de los hombres de Madrid, algo más joven que Bombardier, dijo:

Nos decían que el matrimonio era el mejor estado del hombre, una meta. Y nosotros nos poníamos a buscar novias, a enamorarnos de ellas y a tratar de no ser tan hipócritas como nuestros padres. Pero no caíamos en la cuenta de que aquello era también una falacia. Porque ellos, que se llevaban peor que los demonios, negaban su virtuosa teoría con el ejemplo. Y nosotros estábamos forzando nuestro sentimiento con un amor dulce, pero tan pesado como una rueda de molino.

¿Qué quieres decir? Explícate saltó Pilar Peláez, cuya experiencia familiar se parecía poco a la de los españoles presentes y ausentes,

y tenía lagunas en su castellano.

Pues que el que se ata al cuello una rueda de molino, se va al fondo del mar.

¡Pero qué mar, so cabestro! ¿Dónde está el mar, a ver? Era otra chica la que intervino, la mujer del que criticaba el matrimonio, según informó Pocavida a la oreja de Bombardier.

Pero eso pasa siempre, tío. Le pasa a todo el mundo. ¿O es que tu mujer y tú sois dos almas virginales? comentó otro comunero.

¿No veis que le sale de dentro? Si habla por propia experiencia. Era de nuevo la mujer del de la rueda de molino . Pues, cuando quieras, te vas a tomar viento fresco y nos dejas en paz a mí y a tus hijos.

Se elevó de casi todos una carcajada. Enseguida tomó la palabra una muchacha gorda como un tonel, de ojos muy bonitos.

También nos dijeron que el trabajo era esencial para vivir, que nos debíamos entregar a

él. Eso lo decían hasta los progres. Yo era una de ellos. Me puse a trabajar en una fábrica de componentes electrónicos de Villaverde para estar cerca del proletariado, para ser una proletaria y hacer la revolución desde la base. Pasé diez años aguantando a los progres y a los fachas.

¿Es que tú no has sido progre? saltó como un tigre alguien delgado como un alambre y con acento catalán.

Te lo acabo de decir, so melón. ¿Qué pasa? ¿Una no puede cagarse en su pasado? Sí, hombre, que una se da cuenta de que ni los progres ni los fachas hablan sinceramente, que lo único que quieren es la silla, la poltrona, y señalaba una sucia y muy vieja de anea que sostenía al delgado . ¿No los ves ahora, sentados tan ricamente y con el carnet del PSOE en el bolsillo de la camisa? Todos llorando para que les votemos. Por mí que les den por culo. A la derecha, con una hoz. A la

izquierda, con un martillo. Con el mango, para que no se hagan daño, que no les tengo rencor.

La conversación derivó a otro tipo de agravios, la educación fue el más debatido.

... Y el principal y único trauma no es el de los curas. En algún sitio teníamos que hacer el bachillerato. El principal y único trauma es que no ligábamos con las tías. Las tías no se dejaban ligar. Yo todavía no he resuelto eso, no me he recuperado del trauma.

Así se expresó uno que decía ser navarro. Hubo un turno de matizaciones, que cerró una mujer de cuerpo delgado, pero pechos excepcionales y casi al descubierto.

La clave de nuestros traumas y fracasos, aún por resolver, es el contacto físico. La gente sale por ahí a charlar y a buscar ligues. Pero no pasan de la palabra si no es para agredirse. A mí, los tíos, normalmente, me agreden. Hoy en día, ligar decentemente es tan difícil como antes.

Uno calvo que echaba chispitas de ferocidad por sus ojos mansos, intervino.

Yo no te agredo. ¿Te agredo yo? Yo no agredo.

Así te va suspiró la gorda, que llevaba callada un rato.

Bombardier oyó un chasquido cerca de él. Era la grabadora de Pocavida, que había llegado al final de la cinta.

Los dos periodistas y el forastero durmieron en una especie de granero ventilado. No hacía frío, pero tampoco calor. Les dieron unas mantas y unas sábanas limpias. Pocavida fumaba apoyado en una viga. El fotógrafo había desaparecido.

Estará follando con alguna aventuró José Luís Caunedo.

Contó que había “estandarizado” su vida. No pensaba establecerse en “El País”, y esto le daba una seguridad y una fortaleza que en otros

redactores ambiciosos era rara.

Me voy a dedicar al cine. Conozco a gente que hace películas, que están teniendo éxito de taquilla entre nuestra generación. Estoy escribiendo un guión para un director de esos. Me estoy documentando aquí. Es la generación del desencanto, la que se ha apartado de la competición. No tardarán en regresar a la ciudad. Va de eso, un tío y una tía desencantados que se encuentran en una comuna, y en la comuna se desencantan todavía más. Son titulados, un arquitecto y una médico, algo así.

Bombardier esperó a que Pocavida le preguntara por su existencia en Montreal. Vio que le costaba hacerlo.

¿Que tal tú y Sonia? ¿Bien?

Sí. Sí.

Bombardier se dio cuenta de que algo se quedaba atascado en el interior del periodista.

No ha cambiado nada. La ciencia no ha descubierto nada en esos terrenos pantanosos. Ahora vivo más en familia. Para mí la familia tiene un valor. No soy como esos —dirigió la mano hacia abajo, más o menos donde se encontraban los dormitorios de los comuneros artesanos y labradores sin vocación—. No te escribí... porque no sabía que decirte sobre tu rollo con Loretta. ¿Lo mantienes?

Bombardier tardó en contestar.

Vivo solo.

El fotógrafo asomó por la escalera. Pocavida aplastó el cigarrillo y echó la colilla apagada a un rincón. Se acostaron, y dejaron que pasara el tiempo hasta que la noche se los zampó uno tras otro.

Poco antes de partir, Bombardier se encontró delante de Pilar Peláez. Ella le cogió de un brazo y se lo llevó bajo una encina que

dominaba el patio.

¿Desde cuándo conoces a Jose Luís?
le preguntó en francés.

Cinco años contestó Bombardier con
sequedad, exagerando el acento quebequés.

¿Sabes de quién es esta finca?

Poc... Jose me ha dicho que de un
terrateniente medio hippy.

Está equivocado. Está muy equivocado.
Cree que hará un reportaje soberbio, pero le
están engañando.

¿Tú también? ¿Te hiciste prochina?

Pilar sonrió.

¿Cómo te ha ido por el Canadá?

Por Québec. Me he movido poco de
Montreal. Mucho frío. Estoy casado. Vivo en
una isla. Tengo gemelos.

Iba a echarse a reír, pero le pareció que la
antigua estudiante de periodismo le tomaba en

serio. Quizá el laconismo a lo Humphrey Bogart que le había salido causó efecto en una mente predispuesta a la falacia.

¿Te acuerdas de Jacoba Frías?

¿La que tuvo una aventura con un terrorista palestino?

“El Acebuche” es de ella. ¿Quieres que vayamos a verla? Vive en Villanueva.

Me tengo que volver a Madrid con el fotógrafo.

Te acerco luego a Córdoba, y coges el tren.

¿Se casó con su novio?

Y tuvo tres hijos. Y se quedó viuda. Tiene una buena historia.

Que se la cuente a Poca... a Jose Luís.

Ya se la ha contado. Pero pensé que te gustaría volverla a encontrar. A ella, seguro. Le caíste muy bien. Cuando le dije que vivías en

Canadá...

En Quebec Bombardier simulaba ser nacionalista, se dejaba llevar por la intuición de que cuanto más engañara a Pilar, más le creería.

Cuando le dije que vivías en Montreal, me dijo que si sabía de ti se lo dijera para escribirte e invitarte a venir. Ya estás aquí. Es como un milagro, ¿verdad?

¿Estás haciendo de alcahueta?

¿De qué? Bombardier había usado la palabra española.

De nada, de Celestina. ¿Sabes quién fue Celestina?

¿Una andaluza?

Creo que era de Toledo o de Salamanca. Una ciudad con río. Pero me vas a perdonar. Tengo que volver a Madrid hoy.

Se despidió sin acercarse a Pilar, pero ella le echó los brazos sobre los hombros, le atrajo y le dió un beso en la boca. Ni siquiera era un

beso de mujer fatal.

El reconocido fotógrafo le esperaba subido al automóvil con otra sorpresa. No regresaba a Madrid. Y ni siquiera pasaba por la Nacional de Andalucía. Se encaminaba hacia Almadén por otro recorrido. Había recibido un encargo imprevisto del diario.

No quiero que Pilar se entere de que no he ido a Madrid se apresuró a advertir Bombardier a Pocavida, a la vez que le pedía ayuda para salir del apuro.

El único coche disponible en ese momento en la comuna era el de Pilar. Pero Pocavida y Bombardier lo ignoraban. Así que cuando se corrió la voz de quién podría llevar al forastero a Córdoba, se presentó Pilar con sonrisa de oreja a oreja.

Pues no te voy a llevar a ningún sitio dijo con una chunga más andaluza que francesa . Jacoba Frías está de camino y no tardará en llegar. Ella te llevará a Córdoba, porque tiene

que hacer allí no sé qué cosas.

Diez años después de haber sido mujer noticia en Lille, Jacoba Frías conservaba su belleza, ya no juvenil y con algunos kilos de sobra, pero admirable. Sin embargo, lo que más impresionó a Bombardier fue su biotipo, ahora que no llevaba ni abrigo ni ropa gruesa sobre su cuerpo. Era robusta, más alta que lo habitual en las mujeres ibéricas, con facetas rurales, eso sí, manos grandes, rostro ancho, igual que la nariz. Los rizos de su pelo claro combinaban con el azul de sus ojos. Y la piel, blanca y pecosa, era el complemento natural de una fisonomía ajena a la andaluza morena y bajita.

El biotipo de Jacoba era el biotipo de la madre de Bombardier, doña Felicia, y también el de Loreto. ¿Serían descendientes las tres de alguna familia o tribu germánica perdida en la Sierra Morena?

¿Tú antes llevabas barba? ¿No es verdad, niño?

Bombardier se dejó abrazar y besar. Jacoba era impetuosa. Pilar se quitó de en medio, y Pocavida se despidió de él de un modo inequívoco, manifestando que sería raro volverse a encontrar, pero sin decir una palabra. Entonces, Jacoba le cogió una mano, y le pidió que se quedara unos días con ella en su casa de Villanueva de Córdoba.

Bombardier sintió el acoso de la hembra, y reunió fuerzas para resistirse. Comprendió que si no lo hacía rápido y con contundencia, caería atrapado. En fracciones de segundo rememoró la historia de Jacoba con el terrorista sirio-palestino, y cayó en la cuenta de que era demasiado elaborada para ser cierta, al menos con pelos y señales. Además, la andaluza la había relatado como si leyera un guión escrito. ¿Por ella o por otro? Este sendero de ideas llevaba a un callejón sin salida. Con los términos más firmes que encontró, y también con un tono de gratitud, rechazó la oferta.

Me vuelvo a Montreal la semana que viene, y tengo que pasar más tiempo con mi padre, que está en silla de ruedas. Tuvo un accidente de coche.

Y con tu madre también, ¿no?

Bombardier no entendió si era una pregunta o una reconvención.

Claro.

Se metieron en el coche, una ranchera de apariencia sólida, y al poco rato rodaban por el valle del Guadalquivir, ancho, luminoso, verde y ocre, al sur de la región montañosa y llena de pantanos que recogían el agua de los valles sombríos de los Pedroches y el Guadiato.

Me ha dicho Pilar que eres viuda.

Me casé con Orosio nada más volver. Y tuvimos tres hijos. Nos ha ido muy bien en casi todo. Orosio era un hombre trabajador hasta la extenuación, un buen marido y un buen padre. Todo no se puede tener. Ocurrió una desgracia.

Hace dos años entraron a robar en la finca de Villanueva donde vivimos, él se resistió y le pegaron un tiro. No fue delante de mí ni de sus hijos. Orosio era bueno y valiente. No se merecía lo que le pasó.

Nadie se merece eso comentó Bombardier impresionado.

¿Sabes que volví a ver a Némer Alcayun?

No, claro que no lo sabía replicó.

Bombardier habría querido interponer algún objeto, una barrera defensiva, entre él y la impetuosa Jacoba.

Pensaba que Pilar te lo había contado. Fue en París. En una feria internacional de alimentación. No sé qué hacía Némer en ella. Me acosté con él. Te parecerá un ultraje a Orosio, porque íbamos juntos a la feria. Te aseguro que no lo fue. Orosio me conocía bien. Le había contado mi aventura en Berlín Oriental. Pero no le dije que había visto a

Némer en la feria. Orosio pasaba tardes enteras reunido con gente del negocio. Si quieres saber por qué lo hice...

Jacoba interrumpió su discurso. A Bombardier le resultó ofensivo contestar que no le interesaba. Forzó un carraspeo. En el fondo le interesaba, pero por mera curiosidad morbosa, no por el tipo de razones que adujera la adúltera. La adúltera. Loreto también era técnicamente adúltera. Del mismo biotipo. Pero no era igual. Ni las circunstancias ni las razones ni las mujeres eran semejantes.

Por lascivia. Necesitaba más de lo que Orosio me daba.

¿Y ahora que eres viuda? Bombardier había hecho la pregunta con deliberación, pero sin pensar que podría tener consecuencias. Es decir, seguro de que a pocos kilómetros de Córdoba, en un coche desvencijado que rodaba por la autovía, no existía ninguna posibilidad de que aquella pregunta tuviera consecuencias.

Por eso te invitaba a pasar unos días conmigo en Villanueva. ¿Estás casado?

Supongo que te dará igual.

No, no. A quien le tenía que dar igual es a ti. ¿Estás casado?

Sí. Y tengo dos hijos.

Viaje de vuelta

En el asiento de primera clase (no había otro libre) del vagón que le conducía a Madrid Atocha, Bombardier recordó el permiso explícito que le había dado Loreto. Y también las palabras que él pronunció, que le resultaría difícil encontrar otra mujer con ella. “Yo te amo a ti. No me satisface nada echar un polvo, aunque sea con una mujer como Jacoba”, le dijo a la acadiana en silencio.

Se metió el convoy entre los túneles y los barrancos de Despeñaperros. La travesía se hizo interminable para el viajero, que observaba el

paisaje como un reflejo de su estado de ánimo. Oscuras encinas erguidas sobre terraplenes, olivos agrestes, arroyos al fondo de gargantas, paredes de roca con forma de acordeón, ventas que evocaban bandidos a caballo, con trabucos enfundados en la montura, pantalones zahones y sombrero calañés. Y de pronto, Almuradiel, La Mancha abierta al Norte, todavía con colinas boscosas.

Sacó de su bolsa un libro que había comprado en el aeropuerto Dorval, la última novela de Michel Tremblay, “La nuit des princes charmantes”. Estaba llegando al final de la historia, un homosexual adolescente que se embarca en su primera noche de amor físico. A Bombardier le había impresionado el paralelismo emocional de las familias quebequesas y las españolas. Suponía que por compartir el mismo fondo católico. “La noche de los príncipes azules” era un testimonio contundente sobre la influencia de las madres en la vida de los hijos varones. El protagonista

de la novela recorre varios garitos de *chansonniers* y de gays de Montreal, algunos de los cuales conocía Bombardier de oídas. Acaba en una pensión cutre con otro chico como él. Y al despertar ambos al día siguiente sufren la misma turbación por lo que contarán a sus madres, que ignoran su condición y que podrían sufrir un síncope si llegaran a saberlo. Tienen miedo de enfrentarse a ellas porque les gustaría confesarlo todo, pero saben que no van a hacerlo porque “las matarían”. “*On nous anéantisse tour les deux dans l'enfer de l'incompréhension, de l'injustice et de l'irreparable malentendu*”, explica el muchacho al lector.

¿Cómo reaccionaría doña Felicia si supiera que su hijo mayor compartía con otro hombre una mujer? ¿La aniquilaría la noticia, y les arrojaría a Bombardier y a ella en el infierno de la incomprensión, de la injusticia y del malentendido irreparable?

Al pasar el tren de largo por Santa Cruz de Mudela, el libro se le cayó de las manos, se durmió, y le asaltaron sueños intranquilos.

Primero se vio con barba y fumando un cigarrillo, ambas cosas abandonadas hacía una década. ¿Había dado la vuelta el tiempo? Doña Felicia, que conducía el tren, le ofrecía tabaco con una sonrisa de complicidad.

De un salto imperceptible, fue a parar al taller de Hubert Arnaud en la Rue Lajeunesse de Montreal. El carpintero cepillaba una tabla con una vieja garlopa de palo y cuchilla. Muy serio, le hacía una advertencia: “¿Estás cumpliendo con Loreto? Mira que Loreto es muy exigente, y si no cumples te llevarás una sorpresa.” “¿Me llevaré una sorpresa que lamentaré?” “Quejarse no sirve para nada, Lino”. Se materializaba una figura femenina semidesnuda. Era Loreto, que aparecía en el mismo lugar que había ocupado su marido, pero sin garlopa, solo acariciando con una mano una

tabla recién cepillada, comprobando su tersura. Luego se acercaba a Lino y se ofrecía a él. Su belleza era casi dolorosa para su amante. “Debes cumplir conmigo, Lino. Si no, me buscaré otro hombre, como Jacoba Frías. Me lo ha contado todo.” “¡Es una maldita adúltera!”

“Acompáñame a Beas, Lino.” Ahora era su madre. Doña Felicia se había disfrazado de Celestina, pero no tenía ademanes de vieja, sino de bruja joven. “Vas a conocer a tu hermana perdida. Quiero que te cases con ella y te la llesves a Canadá. Ella te dará una satisfacción más plena que la de cualquier otra mujer. Pero a cambio tú debes cumplir con ella. *Mettez-vous d'accord!*”

Ahora la transfiguración se convirtió en el tío Felipe de Roubaix. “Has perdido la guerra, como yo. Y eso que no eres comunista. Aprender de la Unión Soviética es aprender a vencer. Pero Lenin no nos enseñó estrategias en la guerra con las mujeres. Su naturaleza es

intuitivamente bolchevique, emplean con sabiduría todas las armas. Nos acorralan. Nos exprimen. Cuidado con las mujeres, Lino”. Y de súbito surgía de la nada Carmela con una estatuilla de la Virgen de Linarejos en la mano, que en realidad era un “Mundo Obrero” enrollado, y le sacudía a su marido en la cabeza, exclamando, “Machista de pacotilla. ¡El viaje se ha acabado!”

Despertó Bombardier con esa impresión, porque el tren terminaba de detenerse con un chirrido metálico y un tirón. Sonó en su cabeza una cancioncilla que tarareaba un compañero de mili en el campamento de Talarn. “*En la Mancha manchéga hay mucho vínooo, mucho pán, mucho acéite y mucho tocínooo*”. Estaba en el corazón de la Mancha. El perfil de don Quijote a caballo, lanza en ristre, lucía en todas las paredes. Bombardier salía del sueño con lentitud exasperante. Al otro lado del cristal de la ventana, podía leerse en la pared, debajo del alero sobre el andén, “Alcázar de San Juan”.

Una noticia triste

Una noticia triste le esperaba en Madrid. Se la contó su madre con voz compungida.

Ha muerto el tío Felipe. Me ha llamado hace un rato su hijo. A Carmela la va a internar en una residencia, porque la mujer de Paquito doña Felicia le había conocido con este nombre y no le había vuelto a ver más no la aguantaría en casa. Yo le he dicho que si necesita ayuda económica, que cuente conmigo. ¿Te parece bien?

Bombardier sintió una congoja subirle por la garganta. Su madre lo percibió y le abrazó, sollozando. Desconcertante territorio el del sentimiento.

El último sábado de Bombardier en Europa Carlos invitó a su hermano a un concierto en la sala *Clamores*, cerca de la Glorieta de Bilbao. El neo canadiense no la

conocía, y su hermano la calificó de “fantástico antro moderno de la música popular y del jazz”. Les acompañaron dos amigas del ex-comunista, dos chicas de Alcalá de Henares. Una era secretaria en el Ayuntamiento, regordeta y bajita, vestida con una elegancia funcionarial, de voz engolada por algún defecto físico, no por pedantería. La otra era una empleada de banca en Madrid, más alta que la primera, con una gran nariz. Ambas pechugonas, como Lluïsa, la ex mujer de Carlos.

¿Por qué nos acompañan dos chicas al concierto? quiso saber Lino.

Porque a estos lugares se va acompañado. Luego nos tomamos unas copas, y cada uno a su casa. Yo las llevo a Alcalá, no te preocupes.

Los dos hermanos habían hablado poco de sus parcelas sentimentales. Lino temía que el tema fuera doloroso para Carlos. Y Carlos se había limitado a preguntarle si tenía pareja, sin

insistir ante las vaguedades del hermano mayor. A Lino le habría gustado saber quién de las dos chicas era la novia o el ligue de Carlos. Durante la velada en el asfixiante local, hundido en el subsuelo de la calle Alburquerque como un refugio antiaéreo, no advirtió ningún escarceo entre su hermano y la bajita o la alta.

Protagonizó el concierto Chicho Sánchez Ferlosio, un cantautor libertario, temido y menospreciado por la izquierda constituida y constituyente, un hombre con aspecto de vagabundo, delgado, con llamativas ausencias en las encías. Lino nunca había oído hablar de él, y menos, cantar. Tenía una voz chillona, de falsete, que a veces parecía impostada por algún sentido del humor subterráneo como la sala *Clamores*. Le sorprendió que las letras tenían sentido, que no eran baladas convencionales. Carlos le explicó quién era Chicho, el hijo de un poeta falangista y una italiana. Como sus

hermanos menores, un escritor polémico y un matemático, había recibido una educación sólida y esmerada. Algunas de las letras eran del padre, y otras suyas y de un profesor de latín de la Complutense, Agustín García Calvo.

Al salir, compró un disco a la venta en la sala, “A contratiempo”, impresionado por la calidad y la fuerza de las composiciones. Pensaba regalárselo a Germain, con la traducción de las letras, impresas en la carpeta, que tenía una carátula con diez fotos de rostros masculinos, probablemente montajes. La canción que más le conmovió fue “Si las cosas no fueran”, en la que el autor lamenta los celos que complican las relaciones entre los seres humanos, sobre todo entre hombres y mujeres, que “siguen en sus trece año tras año, aún sabiendo en el fondo que es un engaño”.

Enigmas al descubierto

Cuando estaba ocupado en preparar la maleta para el viaje, doña Felicia se introdujo en su antiguo cuarto de estudiante, e insistió en el enigma del accidente de don Manuel en Ponferrada. Lino no había puesto mucho empeño en averiguaciones, por respeto a su padre, que se mostraba remiso.

Mamá, es que es algo totalmente desconocido para mí. No tengo ni idea de qué misterio hay entre vosotros. Y me encantaría conocerlo. Me encantaría ayudarte. Pero no sé cómo hacerlo. No sé por dónde entrarle a papá. Si me abrieras un poquito la puerta. Me voy a ir a Montreal con la preocupación. Mira, te estoy copiando.

¿Cómo que me estás copiando?

Lino había hablado despacio, construyendo en su cabeza los argumentos antes de emitirlos. Pero al final estuvo a punto de decir, “estoy utilizando el chantaje como tú”.

¿Me ayudas un poquito? Abre una

rendija, por favor.

Doña Felicia se volvió hacia la puerta, que estaba entreabierta, y la cerró.

Hay una chica por ahí... Tu padre...

A Lino Granda Bombardier se le heló la sangre. Los cuernos, el deporte nacional de Francia, en la liga española, en su propia familia...

Tu abuelo tuvo un hijo con otra mujer, no con esa abuela que no conociste, igual que tampoco conociste a mi madre.

El hombre se relajó un poco, y se preparó a que le cayera encima una saga.

¿Se había muerto ya mi abuela cuando mi abuelo tuvo ese hijo?

No. Ese hijo es mayor que tu padre. Nació en el 19, creo. En 1919. Tu padre es del 21. Como te puedes imaginar ese chico tuvo una infancia muy mala, aunque tu abuelo ayudó a la madre. Vivían en Asturias y, cuando la guerra,

el chico se metió con los mineros... Cosas tremendas... Después de la guerra se hizo guerrillero. Tu abuelo se empeñó en encontrarlo antes que otros guardia civiles, y lo consiguió.

Doña Felicia se había sentado en la cama al lado de Lino. Éste notaba la tensión muscular de su madre.

Le encerraron en la cárcel de Santoña sin juicio. El fiscal esperó a que su padre proporcionara algunos cargos menores. Le juzgaron por un delito de contrabando, sin mencionar su compromiso político. Yo creo que no se equivocaron. El chico no era ni un bandido ni un terrorista. Cuando salió de la cárcel le enviaron a África a hacer la mili. Tu abuelo le seguía la pista con discreción. Más o menos cuando naciste tú, el chico volvió a casa. Es un decir, porque no tenía domicilio ni familia, su madre había muerto de enfermedad, igual que la mía. Tu abuelo era ya un capitán

viudo. El muchacho se estableció en Ponferrada con una niña que se trajo de Melilla. Tu abuelo supuso que sería nieta suya y de alguna mora. Luego, el chico...

¿Cómo se llama? Tendrá un nombre, ¿no? dijo Lino, excitado por la historia.

Pelayo. Pelayo era su nombre.

¿Era?

No te me adelantes, hijo. La niña se llamaba... No me acuerdo. Y entonces sobrevino lo que todo el mundo temía: tu abuelo el guardia civil ascendido ya a comandante, mi padre, el abuelo Bombardier, tu padre y yo. Sobre todo yo, que vivía con el corazón en un puño, porque revivía el miedo mudo, reprimido para que no se notara, de la guerra civil. Y Pelayo cayó en la trampa. Es lo que dijeron, que había sido una trampa que alguien le tendió. Según los amigos del comandante, un capitán también chusquero como él que se había quedado sin la estrella de ocho puntas y estaba

resentido. Esta vez Pelayo sí se dedicaba al contrabando, aprovechando el tráfico pesquero de Santoña, donde tenía amigos de la época del presidio. Le pescaron y le dieron una paliza. Tu abuelo casi se bate en duelo con su colega. Se pasó de rosca. Le llamaron al orden. En la guardia civil el orden lo es todo. La disciplina. A Pelayo le juzgaron por una falta leve, y pasó un mes en la cárcel. Al comandante le ascendieron a teniente coronel, y le retiraron del cuerpo.

No fue una tragedia, entonces, ¿no?

Tu padre y yo lo vivimos como una tragedia. En los pueblos se sabe todo. Yo tenía miedo. ¿Miedo de qué, dirás? Pues tienes razón. A distancia, una ve que el miedo era reflejo del pavor de la infancia, cuando la vida de mi padre pendía de un hilo. Yo imaginaba que una noche se presentaría en el cortijo un gañán con una escopeta y nos sacaría a tiros a todos, a tu padre, a mí, a ti y a Carlitos, que acababa de nacer.

¿Y papá? ¿También estaba asustado?

Estaba confuso. Mi miedo se le contagió, del mismo modo indefinido, impreciso. Al final decidió abandonar el puesto que tenía en el Servicio de Extensión Agraria de Jaén, y buscó una colocación en unos laboratorios de fertilizantes y plaguicidas, que empezaban a implantarse poco a poco en esos tiempos. En realidad fue su padre quien le facilitó el trabajo. Ya sabes, los militares tienen influencias. Nos vinimos a Madrid. Tú deberías tener seis o siete años. Luego, cuando el abuelo Bombardier murió de un síncope, tu padre y yo dejamos de hablarnos por una temporada. Después murió el abuelo Granda, y parece que el empate de orfandad nos reconcilió un poco.

Mas bien poco no pudo contenerse Lino . Entonces, no hay ningún misterio. ¿Qué es lo que quieres que yo averigüe de papá que tú no sepas?

Tu padre ha mantenido una relación con su hermanastro Pelayo. A lo mejor es algo

que el teniente coronel le impuso en su lecho de muerte. No lo sé. Pero se han visto de tarde en tarde. A mis espaldas. Sí, sí. Ya sé que tu padre lo hacía para no molestarme, para no asustarme. Pero me asustaba más todavía, porque no sabía qué tratos había entre ellos. Un ingeniero agrónomo y un contrabandista. Durante años conseguir productos químicos para al agricultura era algo muy caro. Había mucho trapicheo.

Doña Felicia parecía bastante dueña de sí misma, aunque el tono de voz era melodramático. Estaba interpretando el papel que se había asignado a sí misma, víctima inocente de un complot quimérico.

Y de pronto, apareces tú en el escenario.

¿Yo? saltó literalmente de la cama Lino, plantándose delante de su madre.

Tu padre me lo confesó.

Lino abrió los ojos como platos, privado

de la palabra.

Tuviste un escarceo con tu hermana.

¡Con qué hermana!

Con tu prima hermana corrigió automáticamente . Sin saberlo.

A esta absolución siguió un silencio de los que llaman impropriamente ominoso, queriendo decir lóbrego, escalofriante.

Así que yo no sabía nada... Ni siquiera que me había metido en la cama con una chica, porque, para tu información, la primera con quien me acosté era francesa. He sido un hijo muy pacato. Me acuerdo cómo me advertiste cuando fui a Lille que tuviera cuidado con las mujeres, que a no sé qué familiar lejano tuyo le habían contagiado no sé qué enfermedad venérea en no sé qué pueblo de Alemania.

Y tan lejano, hijo. ¿Cuándo te dije yo eso? replicó doña Felicia ofendida.

Alguna mujer me lo dijo. Y la única

mujer en mi vida hasta los veintitrés años fuiste tú.

No digas atrocidades.

Por alguna razón impenetrable, a doña Felicia le salió un fuerte acento jienense. *No digah atrocidadeh.*

Bueno, disculpa. Tienes suerte de que no haya ido todavía a ningún psicoanalista. Ahora explícame, por favor, quién es esa prima hermana mía y la relación que tiene con el enigma que tú quieres que yo le saque a papá.

Quiero saber a qué fue tu padre a Ponferrada. En Ponferrada vive su hermanastro y supongo que su hija también.

La chica con la que yo me he acostado sin saberlo.

No te has acostado, boca sucia. Tuviste con ella un escarceo en Londres.

Un relámpago iluminó la conciencia aturdida de Lino.

¡Azucena! ¡La isla de Wight!

Eso es. Así se llama la morita, Azucena.

Pues no tenía aspecto de mora, que yo recuerde. ¿Cómo os enterasteis?

Pelayo se lo contó a tu padre. Estaba tan sorprendido por la casualidad que imaginó un complot o algo así. Os conocisteis en Londres, o en la isla de Wight, ¿no?

Lino asintió, patidifuso.

Yo tengo una hipótesis sobre el accidente prosiguió doña Felicia . Que tu padre acudía a un entierro. Posiblemente el de su hermanastro. Pero no llegó. Se salió de la carretera y se empotró contra un árbol. No quiere hablar del tema. Ni una palabra.

Mamá. Te voy a decir lo que pienso, ¿vale? Sinceramente, brutalmente si quieres, pero es preciso que alguien lo diga en esta familia... Habla con papá. Hablad, por favor.

¡No podemos! ¡No sabemos!

Ahora el dramatismo era cierto.

Pues, aprended.

Se volvió a sentar en la cama a su lado, y la abrazó con ternura. Las lágrimas de su madre empaparon sus mejillas y su cuello, y Marcelino Granda Bombardier se sintió su abuelo consolando a la pequeña empavorecida.

Un tío con barba

Lino acompañó a su madre hasta la cocina, y la dejó allí haciendo sus cosas, que tampoco eran tantas, porque tenían chacha. Su padre leía el periódico en el salón comedor, sentado en una butaca de orejas recién tapizada, después de veinte años de uso exclusivo por el ingeniero agrónomo.

¿Por qué no vamos a dar un paseo por el Retiro, Lino?

Pensaba afeitarme... se dio cuenta de que estaba poniendo una excusa. Quería dejar al

matrimonio a solas. Pero no tenía ninguna garantía de que el consejo que acababa de dar a su madre surtiera efecto.

La barba no te sienta mal.

Desde el sábado de *Clamores* no se había afeitado, y estaban a miércoles. El viaje de vuelta a Montréal vía París estaba fijado al siguiente sábado. Una barba de siete días podía ser un buen inicio para otro de los cambios que le pedía la vida.

¿No has visto a esos hombres que se dejan una barba de tres o cuatro días, y la mantienen así? insistió don Manuel . Se pondrá de moda en cuanto empiece a salir en los anuncios de colonias. Ya he visto a alguno. ¿Qué me dices?

Pues, mira, te voy a hacer caso. Me dejo la barba y nos vamos al Retiro. Las dos cosas. ¿Cogemos un taxi?

Dame media horita para vestirme. ¡Feli!

¡El niño y yo nos vamos al Retiro! ¿Me ayudas a ponerme guapo?

Lino se admiró de las cosas extraordinarias que se sucedían. El humor perdido de don Manuel volvía a emerger del pozo de tristeza en el que le encontró al llegar a España.

Hizo al taxista dar la vuelta a la Puerta de Alcalá para depositarlos en la entrada del Paseo de Coches del Retiro. Don Manuel echó a andar con sus muletas con una precipitación infantil. Lino le contuvo.

Te invito a dar un paseo en barca propuso su padre al llegar al monumento a Cuba.

¿A remar?

¿Por qué no? insistió jovial el hombre.

Pero, ¿cómo vas a entrar en la barca con las muletas?

Está bien. Vamos a tomarnos una

cervecita a los veladores que hay al lado del estanque.

¿No es mucho camino para ti?

Pero, ¿no queréis que ande? refunfuñó don Manuel . Hala, vamos a los veladores de la Casa de Fieras.

Recorrieron el trecho con calma. Al llegar a la altura de la estatua ecuestre de Martínez Campos, Lino se decidió.

Yo tengo un tío que se llama Pelayo, ¿verdad?

Don Manuel pareció empeñarse en acelerar el paso. Pero al cabo de unos trancos se detuvo y habló a su hijo con la mirada puesta en el infinito que se perdía por el paseo de Fernández Núñez (¿quién diantres fue Fernández Núñez?) o Paseo de Coches.

¿Ya te lo ha contado tu madre? Me he imaginado que estaríais hablando de eso encerrados en tu cuarto. Tenías un tío. Se

murió en abril. Yo iba a su entierro.

Lino buscó uno de los asientos de piedra que suelen colocar en los jardines. Había varios en la placita del monumento, a la sombra de inmensos castaños. Señaló el más próximo, pero su padre se empeñó en seguir andando hasta el primer velador, que no estaba muy lejos, frente a la antigua Casa de Fieras.

Pidieron dos vermouths caseros. No tenían más que de marca. Y unas patatas fritas. Tardaron una eternidad en servirles. Cuando se acercó el camarero haciendo equilibrios con la inmensa bandeja redonda de aluminio repleta de vasos, botellines, platos y bolsitas de patatas, don Manuel estaba terminando la historia de sus relaciones con su hermano. En resumen: después de la muerte del teniente coronel, Pelayo sentó la cabeza. Se puso a trabajar en una industria lechera. Se casó. No tuvo más hijos que la niña morita.

¿Azucena?

Cuando su hija le contó que había conocido a un chavalito en Londres que se apellidaba Granda, que vivía en Madrid pero que había nacido en Jaén, casi le da un pasmo. Me llamó. Estaba hecho una furia. Estuve a punto de enviarle a freír monas. Le dije que las casualidades son así, que atacan por sorpresa. Le pregunté si su hija y tú os habíais hecho novios o habíais pasado a mayores...

¿Por qué no me dijiste nada?

No tenía ningún sentido. ¿Qué habría podido hacer? ¿Echarte una bronca por haber sobado a una chavala? ¿Revelarte que te habías recreado con una prima hermana? No tenía la más mínima importancia, fuera de la mera casualidad. Te observé durante un tiempo para ver si viajabas a Ponferrada o mantenías reuniones secretas con alguna chica de fuera. En seguida vi que no había pasado del escaqueo casual. Espero que lo pasaras bien.

Nos quedamos a medias. En aquella

época en España todo se quedaba a medias.

¿Quieres decir que ahora, en Canadá, te dedicas al donjuaneo?

¡Papá! Que solo tengo treinta y cinco años.

“Solo”, dice. Yo tengo sesenta y cuatro. Mi hermano tenía sesenta y seis, y se murió de un cáncer de páncreas. Mi padre, y el suyo, murió algo mayor que él, también de cáncer. ¿De qué me voy a morir yo? ¿Cuándo? Sabes, me preocupa... A veces me deprimó. Temí no salir del accidente.

Tuviste suerte.

Me refiero a que perdí las fuerzas y las ganas de vivir. Me veía en silla de ruedas hasta el final... Tu visita me ha salvado.

¿Y ahora que me voy?

Estoy recuperado. Pronto me darán el alta. Me jubilo dentro de diez meses, y lo agradezco. Porque mi trabajo se ha convertido

en un juego sucio, vender productos químicos, y arruinar a los agricultores y a la tierra. Se me da muy mal. Ya no soy jefe, lo sabías, ¿no? Lino negó . Tu generación viene arreando, y tiene menos escrúpulos que la mía.

¿Y cuando te jubiles? Quiero decir, ¿qué pasará cuando tengas que quedarte en casa?

A tu madre le quedan un par de años en el DNI. Se entretendrá con sus desatinos y sus achaques. Ya no tiene que vigilarme. Te iremos a ver a Canadá cuando te cases.

¿Y si no me caso?

¿Tú tienes una casa donde meternos, no?

Sí. En una isla. *L'Île des Soeurs*.

Le diré a tu madre que me dé clases de francés.

La jovialidad de don Manuel sufrió un descenso al día siguiente, pero volvió a ascender antes del sábado. Lino se dio cuenta de que su

padre y su madre estaban haciendo un esfuerzo de convivencia, quizá una simulación en beneficio del peregrino, quizá una etapa nueva ante la jubilación inminente que les amenazaba.

A Lino Granda Bombardier le quedaban dos preguntas pendientes. Eran importantes, y a la vez superfluas. La primera era, ¿por qué seguían juntos? La segunda, si hubieran podido divorciarse, ¿lo habrían hecho?

Noticia bomba desde Montréal

Tres días antes del viaje, su padre le dijo que habían telefoneado desde Montreal. Un tal Hubert. No había entendido nada digno de comunicar. Doña Felicia estaba en el mercado, y no pudo servir de intérprete. Creía haber dejado claro al tal Hubert que a las nueve de la tarde hora de Madrid, Lino estaría en casa.

El neo canadiense se inquietó. Aunque su trabajo en una compañía de teléfonos le había

acostumbrado al uso del medio para las cosas más triviales, todavía pertenecía a una generación para la que un telefonema inesperado era mal indicio.

A las veintiuna en punto de Madrid, quince horas en Montreal, el timbre del aparato avisó de un acontecimiento.

¿Lo cojo yo? dijo su madre, mirando el cacharro de baquelita negra que conservaban de los años cincuenta.

Lino no le dio el gusto. Se acercó en dos zancadas, y agarró el auricular.

Allo!

Hola, soy Hubert. ¿Cómo va todo por ahí?

Muy bien, Hubert. No esperaba esta llamada... dijo Lino con voz vacilante.

Yo tampoco.

Durante los segundos que duró el calentamiento de dos voces que se comunican a

cinco mil quinientos kilómetros de distancia, doña Felicia permaneció al acecho. Sabía quién era Hubert. Solo eso. Pero su intuición de mujer y de madre le señalaba que había algo más, mucho más que una relación amistosa.

Te paso a Loreto, que te quiere decir algo.

Hubert no había dicho Loretta, sino Loreto. La inquietud de Bombardier ascendió a las nubes.

Hola, Lino. ¿Cómo estás?

Muy bien, gatita.

Nada más soltar el hipocorístico cayó en la cuenta de que su madre le había entendido. Le había salido en francés, *ma minoune*, término familiar de afecto fácil de interpretar para un francoparlante. El pánico se apoderó de él, y temió ser incapaz de seguir hablando en ningún idioma.

A la vez, intentó sortear el campo de minas

sembrado entre dos rivales, una madre y la mujer o novia o lo que fuera de su hijo.

Estoy embarazada, Lino.

¡Enhorabuena!

Es fantástico, extraordinario, fabuloso
Lino no entendía . A Hubert le hicieron una vasectomía. Es tuyo, Lino. Estoy feliz. Y Hubert también, te lo aseguro se escuchó la voz del carpintero confirmando.

Lino sintió que se ponía pálido. Su madre también lo advirtió.

¿Estás contento? Urgía Loreto por la dilación en la respuesta.

Sí, sí. Claro. *But I can't express myself just now. You know what I mean?* —dijo, con el acento más gringo que le salió.

— Tu familia. Están ahí. Pero, ¿entienden el francés?

Yes, she does. No he contado nada de mi vida privada en Montreal. Discúlpame.

No hace falta que te disculpes.

Dame una hora y telefono desde otro sitio.

Se despidieron precipitadamente, con desconcierto para todos, los que hablaban y los que escuchaban. Lino Granda Bombardier estaba furioso consigo mismo.

¿Por qué hablabas en inglés? inquirió la madre.

Porque soy un imbécil. Voy a tener un hijo.

¡Estás casado! exclamó doña Felicia.

No. Me he propuesto no casarme nunca. Pero se puede tener un hijo sin estar casado, ¿no?

Claro que sí intervino don Manuel . Feli, ¿qué te parece si nos vamos a la cocina y preparamos la cena entre los dos?

Pero luego nos cuentas algo, Lino, por favor.

La conferencia entre Lino, Loreto y Hubert duró casi una hora. Nada más colgar pidió a su padre que le enviara el recibo, y aseguró a su madre que le daría todos los detalles desde Montreal.

En ese momento, se presentó Carlos, que venía a cenar. Doña Felicia se adelantó a Lino con la noticia. Y rubricó la concisa información con un estrambote.

A ver si tú le sacas algo a tu hermano.
Que parece una caja fuerte.

Pero si me acabo de enterar protestó
Lino.

Le había dado tiempo a urdir una historia. Habló de Loreto, de sus virtudes, de su relación con ella a lo largo del tiempo, de sus dos hijos. Pero no nombró a Hubert.

¿Está viuda? interrogó doña Felicia.

No.

¿Está separada? insistió la mujer

determinada a averiguar.

Esta vez venció el pudor.

Algo así.

Don Manuel dio muestras de nerviosismo por la curiosidad incisiva de su esposa. Carlos aprovechó el compás de espera para intervenir.

Por eso dices que no te quieres casar, porque no puedes, ¿no?

No. No. Yo no me quería casar, y sigo sin quererme casar ahora mismo, aunque pudiera.

¿Por qué? dijo doña Felicia desconcertada, sin alzar la voz.

Por razones evidentes replicó el aludido bufando, con los brazos separados del cuerpo, como si se librara de unas amarras. El matrimonio es un desastre.

¡Menuda ocurrencia! soltó la madre.

El matrimonio es un contrato

excepcional. Una vez que lo firmas, no puedes echarte para atrás añadió don Manuel, autoconvenciéndose de lo que decía.

¿Y si se acaba el amor o la confianza? se cruzó Carlos, antes de que su madre recogiera el guante que le había ofrecido su marido.

Pues uno se aguanta... dijo la madre sin ira ni resentimiento.

El divorcio lo han legislado para algo, ¿no? se resistió Carlos, por lo que a él le afectaba.

El que quiera divorciarse, puede divorciarse dijo don Manuel. Pero no siempre es la solución.

¿La solución a qué? insistió Carlos, amoscado.

A un callejón sin salida, supongo dijo Lino para echarle una mano.

Pero es que en los callejones sin salida

se mete uno porque quiere o por ignorancia aportó de nuevo don Manuel.

¿Y una vez que estás dentro? preguntó Lino, no muy convencido de recibir razones.

El único callejón sin salida es la muerte respondió don Manuel muy tranquilo.

La mayoría de los problemas de los hombres y las mujeres vienen de la rabia y la mala leche dijo doña Felicia.

Mamá atajó Lino , me gusta tu vena andaluza.

La que tú tienes, hijo. Mezclada con vena leonesa.

El matrimonio se miró. ¿Era un armisticio o un tratado de paz?

Si alguna vez te casas, aunque sea por lo civil, no te olvides de convidarnos sentenció doña Felicia Y a ver si ese niño no sale muy *bregoso*.

Que no dé mucha guerra tradujo don

Manuel . Y ese Hubert, ¿quién es?

Nadie pareció haber escuchado la pregunta. Pero Lino descubrió en la mirada de su hermano una sombra de perplejidad.

Antes de salir hacia el aeropuerto, doña Felicia llevó a la alcoba del matrimonio a su hijo pródigo. Sacó del cajón de la mesilla de noche un pasaporte y se lo tendió. Era belga, y estaba a nombre de Felicia Bombardier. Le explicó que su nacionalidad le había salvado la vida durante la guerra civil española, y que había renovado con puntualidad su pasaporte en la embajada. Seguía siendo belga, aunque solo había estado dos veces en aquel país. No le gustó, porque estaba partido en dos trozos que solo se toleraban.

Bombardier cayó en la cuenta de la cantidad de conflictos que poblaban el mundo, y que él había ido esquivando con feliz intuición. Ahora que volvía a casa, a Montreal, necesitaría más habilidad de la que su intuición

le prestaba para no caer en ninguna trampa. Una confianza irracional le mantenía seguro. Esperaba mantenerla.

Preguntó a su madre por qué no le había inscrito a él en la embajada belga como hijo de una ciudadana.

Par paresse, mon fils.

A Contratiempo

En las maletas de Bombardier se apretaban varios regalos para su familia quebequesa.

Doña Felicia había sacado de un remoto cajón un sonajero de caña envuelto en fieltro, y se lo había entregado a su hijo para que lo agitara el nieto en sus primeros meses. Estaba rajado, pero bien reparado. Había pertenecido a los dos hermanos Granda.

A Hubert le llevaba una caja lacada con cuatro sargentos muy antiguos de madera, que

había comprado en el Rastro. Un testimonio artesanal del Viejo Mundo.

A los niños, unos Juegos Reunidos casi intactos que conservaba Carlos, coleccionista de rarezas. Más unos descoloridos libros infantiles en francés del abuelo Bombardier, guardados también en remotos cajones por doña Felicia, que le habían servido para aprender a leer en la lengua de su padre.

Y a Loreto, un abanico de nácar con ilustraciones dieciochescas comprado en una tienda de la calle del Prado. Más una mantilla blanca de calado exquisito y una peineta, pertenecientes asimismo a doña Felicia. Se las había entregado con la condición de que se las pusiera Loreto el día de la boda. “Entonces, te lo agradezco, mamá. Pero a lo mejor no se dan las circunstancias.” “Bueno, pues que se las ponga un día que se os ocurra ir a misa. Porque será católica, ¿no?” “Sí. Pero no lo practica mucho”. “Pues un día os vais a misa a la

catedral y rezáis por mí.”

Se llevaba fragmentos fundamentales de la herencia familiar, como hicieron los peregrinos europeos embarcados para las colonias americanas.

Al pasar el control de pasaportes en Barajas sintió la pesadumbre de la soledad. Había dejado a sus padres lagrimeando en la otra orilla, y a su hermano envidioso de su extravagante suerte. Él avanzaba por un laberinto de estanterías atiborradas de bellos objetos inservibles. Además de pesadumbre, le sobrecogía el miedo. Regresaba a Ítaca, a su isla. Y en ella le esperaba la incertidumbre de un callejón con salidas. Un compromiso pavoroso. Temía el instante en que pisara tierra americana, y echara a andar hacia su destino ineludible. Temía sufrir un ataque de pánico que anulara su sentido de la responsabilidad.

En la sala de espera del vuelo de París alguien le tocó el hombro. Se volvió y reconoció

una cara, pero no pudo fijar el lugar y las circunstancias en las que la había visto por primera vez. Quizá porque no era esa misma cara, sino una quince años más joven. ¡Era Pérez Novillo! Compañero del Obispo Perelló y de guateques en la Colonia de San Vicente.

Se saludaron, y el antiguo alumno le presentó a su mujer y a su hija pequeña.

¿Vas a París? preguntó Pérez Novillo.

Sí, pero luego sigo.

Nosotros también. Vamos a Melbourne.

No le pareció a Bombardier que aquella familia volviera a casa en Australia. Pérez Novillo le explicó que emigraban. No confiaban en la prosperidad de su país. Habían obtenido permiso de trabajo y residencia, y querían emprender una nueva vida. Cuando les explicó que él llevaba en Canadá diez años (dijo “Canadá”, no “Quebec”), empezaron a acosarle a preguntas sobre cómo se había adaptado y otros

detalles técnicos muy útiles para unos emigrantes. Bombardier intentó tranquilizarles, y les pintó un panorama luminoso de la ex-colonia de presidiarios, como si hubiera estado en ella. Insistió en las ventajas de instalarse en un país tropical, sobre las desventajas de uno ártico. Les contó cosas prácticas que conocía de las Helen australianas.

Durante el vuelo meditó sobre la aventura de la familia Pérez Novillo. El ex alumno le había contado que tomaban en París un vuelo con destino a Papeete, en la Polinesia francesa, que hacía paradas en Singapur y en Sydney. También recreó a la familia que le esperaba en el aeropuerto Dorval antes de que acabara el día.

Cerró los ojos, y se dejó aliviar por otra fantasía tentadora pero absurda. Tomaba el avión hacia el Pacífico, y desembarcaba en Tahití. Y empezaba de nuevo. De pronto, el sueño se convirtió en tentación. Y entonces, se

durmió de verdad. La voz chillona de un anciano mellado susurraba en su oreja:

*Carabelas de Colón,
todavía estáis a tiempo,
antes de que el día os coja
virad en redondo presto,
pegadle al timón un vuelco,
y de cara a la mañana
desandad el derrotero.
¡Atrás, a Contratiempo!*

Al despertar por un tumbo del aeroplano estuvo unos segundos confundido. ¿Quién era él? ¿A dónde iba? ¿De dónde venía?

Abrió y cerró los ojos varias veces. De pronto se sintió seguro, firme. Se había recuperado a sí mismo de un modo misterioso. Notaba un contento que se había marchado de él los últimos días de su estancia en la casa de su infancia en Madrid. El optimismo había

regresado, y se lo llevaba de vuelta a Montréal bien almacenado en la bodega de su conciencia.

Estuvo despierto todo el viaje entre París y Montreal. Se durmió media hora antes del aterrizaje. Y al sentir el choque del avión sobre la pista explotó en su interior el júbilo.

Desde ese instante, no vio ni control de emigración ni tráfago de pasajeros. Solo cuatro figuras, dos grandes y dos medianas, plantadas ante la puerta de “Llegadas”, sonriéndole.

Allí estaban, observándole incrédulos, porque era Lino, aunque llevaba barba.

Epílogo veinte veinte (2020)

El declive del Imperio Americano

El once de septiembre de 2001 mis abuelos octogenarios estaban en Nueva York con una excursión de jubilados. Yo tenía diecisiete años, y me había citado con ellos en el hotel para recogerlos y conducirlos en coche a

Montreal. Ser testigo de aquella catástrofe marcó mi vida, igual que los últimos años de mis abuelos españoles.

Hoy, en lo más duro del invierno de Quebec del año 2020 evoco lo que mi padre Lino Bombardier llama “el declive del imperio americano”. Tío Hubert me dice, “Manolete, no te lo tomes muy en serio. Pero hay algo de eso”. Mi madre Loreto murió de repente hace unos meses, y nunca se me ocurrió preguntarle sobre el asunto. Para mi padre y mi tío la pérdida de Loretta fue algo devastador. A mi hermana María, que es astrofísica y vive en el desierto de Atacama, en Chile, le aconsejamos que no hiciera el viaje, porque solo iba a encontrarse con las cenizas de Loretta en una urna. Mi hermano Jean Philippe es profesor de Bellas Artes en Siena, y tampoco vino.

El declive del Imperio Americano es algo insidioso, porque todo el mundo lo advierte, pero nadie se resiste a él.

Antes de que yo naciera fue anunciado a bombo y platillo en todas las latitudes, desde Vietnam hasta Afganistán. Fabulosas imágenes recreadas con tecnología punta lo siguen hoy proclamando día a día en calles y hogares, en medio de la indiferencia general.

Las personas más atrapadas en la prosperidad son las más afectadas por el derrumbamiento. Muchos de ellos buscan en su interior un contrapeso al despilfarro, pero no encuentran nada. Pagan seminarios de autoayuda, a maestros de yoga, y a *coachers*, se zambullen en abismos de desarrollo personal, se drogan de *mindfulness*. Nada obtienen.

Mi hermana María me dijo una vez que lo más sencillo era lo más difícil, renunciar a la ambición y a la riqueza. Es lo que habían hecho su padre Hubert y su madre Loretta. De mi padre Lino Bombardier no dijo nada. Pero yo considero que si hay tres personas que se han librado del desmoronamiento son ellos. No ser

ricos, ni ambiciosos, ni ilustrados idólatras ayudó a Hubert, a Loreto y a Lino a vadear ese río revuelto de mierda y desesperación que nos arrastra a casi todos desde el cambio de siglo.

A veces, no obstante, estuvieron a punto de naufragar en la corriente. Como cuando Jean Philippe se marchó de casa con diecisiete años, porque no soportaba que su madre viviera con dos hombres, es decir, cuando sucumbió a la carcoma de su indescriptible entorno. O como cuando Germain Lachance, el padre canadiense de mi padre (aunque nunca ejerció conmigo de abuelo) se descerrajó un tiro en el paladar. O como cuando mi abuela Felicia desapareció de su casa en Madrid y amaneció en Beas de Segura varios días después, sin saber cómo había llegado, porque su demencia senil o lo que fuera le había robado la memoria. O como cuando mi tío Carlos se libró por los pelos de un proceso por corrupción en Alcalá de Henares, donde tuvo que dimitir de concejal. O como cuando tío Hubert estuvo a punto de

quedarse sin los dedos de una mano porque saltó de su anclaje una sierra. O cuando yo me perdí por unos barrancos de la sierra de Córdoba, y me encontró la guardia civil muerto de sueño y de hambre. O cuando Azucena, la prima de mi padre, se plantó en el mismito Montreal reclamando la parte de la herencia que le correspondía (según ella) a la muerte de mi abuelo Manuel, cuyo nombre yo llevo.

Según mi padre, “siempre es así. No se entiende nada, y una noche uno acaba muriendo”. Es una frase de la película “Alphaville”, de Jean Luc Goddard, que Lino tiene como una obra maestra, una *chef-d'oeuvre*, una *masterpiece*. En Quebec muchos somos trilingües.

Yo trabajo en el viejo taller de tío Hubert de la Rue Lajeunesse de la ciudad de Montreal. Fabrico artefactos y, no sé cómo, consigo venderlos. Vivo de eso. Tengo poco caché, pero el suficiente para haber expuesto en mi ciudad,

en Miami, en París, en Basilea, en Madrid, en Jaén. Internet hace mucho. El mercado global. *Le déclin de l'Empire Americaine*. Mi profesión se la debo a tío Hubert y a los consejos de mi padre, que ahora lamenta no tener una pieza suya en el metro de Montreal. Dice que se equivocó, que debería haber seguido al senda de los *instruits*. Sinceramente, no le entiendo.

Durante una etapa de mi vida, a los veinte años, pasé temporadas en el cortijo de mis abuelos en Beas de Segura, Jaén. Me hice agricultor. En invierno cogía troncos de olivo, los desbastaba y hacía con ellos piezas que llamaban la atención. Me las compraron a buen precio. Tuve una crisis, y fue cuando me perdí en los barrancos. Luego intenté encontrar los orígenes jienenses de mi bisabuelo el marino, el padre de la madre de Loretta. Había nacido en Linares, muy cerca de Beas, y en los albores del siglo XX se había ido a Málaga a ganarse la vida. Acabó en un barco de pesca de altura.

Satisfecho con esta información de mi sangre doblemente ibérica volví a Quebec. Desde entonces vivo en Montreal, incluso en invierno, cuando todos los que pueden se largan a Florida o al Caribe. Aguanto aquí por mero empecinamiento, porque no quiero dejarme derrotar por el declive del imperio americano. Montreal, como todas las grandes ciudades norteamericanas es un puerco espín de cristal, acero y hojalata. Solo son bonitas vistas a lo lejos, en postales o en fotos aéreas. Son una burla de las películas de anticipación de mediados del siglo XX. Han superado todo el pesimismo de la ciencia ficción. Una vez mi padre, que tampoco tiene el propósito de mudarse, me dijo que quedarnos era una muestra de que en el mundo debe haber ilusos que sirvan de ejemplo a quienes ven la vida como un teatro, cuando el poder de la técnica campe por sus respetos, *un théâtre ou la force technique et le triomphe de cette force menent librement leur jeux*. No sé, igual Godard tenía

razón.

Lille, diciembre de 2017

Nota.- Las líneas mencionadas de la novela *La nuit des princes charmants* del autor quebequés Michel Tremblay fueron escritas y publicadas en 1995, por tanto es imposible que Lino Granda Bombardier la leyera en 1984. Se trata de una licencia literaria.